

## SUSCRICION

EN

## MADRID.

UN MES. . . 8 rs.  
TRES MESES. 20  
SEIS MESES. 40  
UN AÑO. . . 80

30 por 100 de indemnización á los suscritores.

## SUSCRICION

EN

## PROVINCIAS.

UN MES. . . 40 rs.  
TRES MESES. 24  
SEIS MESES. 48  
UN AÑO. . . 96

30 por 100 de indemnización á los suscritores.

# LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

## SUMARIO.

**HISTORIA DE LA SEMANA.**—REVISTA DE MADRID: Noticias de Madrid.—SEMANA RELIGIOSA; Efemérides; San Francisco Javier, apóstol de las Indias; Noticias religiosas.—SEMANA HISTORICA; Historia contemporánea; María Estuardo; Luneville.—SEMANA INDUSTRIAL; Observaciones acerca de la sardina y de la anchoa.—SEMANA LITERARIA; La venganza de los difuntos, novela fantástica (conclusion).—SEMANA JUDICIAL; Causa contra Antonio Perez, ministro de Felipe II.—SEMANA MOSAICO; El Agradecimiento, anécdotas, máximas, noticias, modas, gaceta devota, calendario de la semana, logogrifo, solución del anterior, etc.

Este número lleva once grabados

## HISTORIA DE LA SEMANA.

**ESTERIOR.** En Francia el presidente de la república ha tenido que mostrar su severidad contra otro de sus primos. Poco tiempo hace tuvo que separar de la embajada de Madrid de donde había salido sin permiso del gobierno y marchado á Paris, á su primo Napoleon Bonaparte, hijo de Gerónimo, antiguo rey de Westfalia. Ahora ha tenido que borrar del cuadro del ejército francés á su otro primo Pedro Bonaparte, hijo de Luciano, que ha abandonado la Algeria, y donde, como gefe de batallón, debía tomar parte en una expedición contra una de las tribus del interior y sitiá á Zaatcha. Pedro Bonaparte ha venido sin licencia á ocupar su asiento en la asamblea legislativa. Como militar ha faltado gravemente á la disciplina, pues en Argel era un comandante y no un representante del pueblo. La asamblea legislativa no ha ofrecido en sus sesiones nada de particular.

Ha sido nombrado ministro de Negocios extranjeros, por haber rehusado esta cartera Mr. Rayneval, el general Lahite, que no pertenece á la asamblea nacional.

Ha habido grandes cambios en el personal de los empleos públicos.

La asamblea nacional de Turin ha rehusado ratificar las convenciones pecuniarias concluidas por el gobierno sardo con el Austria, después de la derrota de Novara que costó el trono, y mas tarde, de pesar, la vida á Carlos Alberto, y que puso la Cerdeña toda á merced y discreción de Radezky victorioso. A creer á los diputados sardos sería preciso comenzar de nuevo la lucha contra el Austria, y apelar otra vez á la suerte de las armas, con la certidumbre, en caso muy probable de un revés, de que este reino quedase absorbido en el Lombardo Veneto. El ministerio sardo ha disuelto la cámara y consultado al país por medio de nuevas elecciones.

Reina mala inteligencia entre los gabinetes de Viena y de Londres á consecuencia de la cuestión de los refugiados húngaros en Turquía, y por la actitud que ha tomado la escuadra inglesa en las inmediaciones de los Dardanelos. En este momento, las dos cortes, retirados sus embajadores recíprocamente, solo se entienden por simples encargados de negocios. Estamos muy inclinados á creer que esta diferencia se terminará prontamente.

La Dinamarca mas que nunca se muestra hostil con los ducados de Schleswig-Holstein, y habla de conquistarlos definitivamente en este invierno. Lo que le infunde tanto valor es el socorro enérgico que está dispuesto á prestarle el gabinete de Viena de acuerdo con la Rusia. El Austria negando los derechos imprescriptibles de las nacionalidades es consiguiente con su sistema en Lombardia y en Hungría, y no iría á defenderlas en el norte de Alemania. Muévele además su antagonismo latente pero constante, contra la Prusia, y no dejará de contrariar la política favorable á los ducados por la que mostraba ciertas tendencias el gabinete de Berlín.

La Gaceta de Colonia última habla del próximo arreglo de esta cuestión entre los dos gobiernos de Copenhague y de Kiel, empero no es creíble, y los ducados aparentan no temer á los dinamarqueses, pues disponen de un ejército aguerrido animado del mejor

TOMO I.

espíritu, expresión de los sentimientos mas íntimos del pueblo, y cuantas veces los dinamarqueses han intentado invadir el territorio de Schleswig-Holstein han recibido de este ejército, y de los pueblos levantados en masa, lecciones demasiado severas para que intenten nuevas experiencias de invasión y de conquista.

El pontífice Pio IX, continua en Pórtici. La mudanza del general francés, gefe de la expedición en Roma, puede contribuir á retardar su vuelta.

En muchas ciudades de Hungría reina una hambre espantosa. La guerra que tan valiente como desgraciadamente ha sostenido esta heroica nación por su nacionalidad ha consumido las provisiones del invierno. ¡Desgraciado pueblo afligido por la triple calamidad de la guerra, el hambre y el cólera!

**INTERIOR.** Reina la mayor tranquilidad en todas las provincias de la monarquía. En Sevilla se ha celebrado el día 23 con la mayor solemnidad el aniversario de la reconquista de aquella ciudad por el santo rey don Fernando, cuyos restos reposan en aquella magnífica catedral, sobre cuya torre árabe colocó el estandarte de la cruz hace seiscientos y un año. Sevilla ha celebrado aquel gran triunfo, que preparó la espulsión total de los árabes de España. El duque de Montpensier llevó en sus manos las insignias del rey Santo.

El Congreso ha celebrado tres sesiones únicamente en esta semana en los días 26, 27 y 28, ocupándose de una cuestión eminentemente social, de dar fuerza á la autoridad, poniéndola á cubierto de los ataques que pudiera sufrir.—Un caballero de Sevilla, don Jorge Díez Martínez, con motivo de no haber sido recibido en su casa, por el presidente del consejo de ministros el duque de Valencia, de quien había solicitado una audiencia, y que por sus ocupaciones no pudo tener efecto en los días en que se presentó Díez Martínez, le dirigió una carta en queja. No contestada esta carta le dirigió otra en términos insultantes y provocándole á un duelo. El presidente del consejo, consultó el caso con el ministerio, que creyó conveniente someter la cuestión á los tribunales, para que procedieran á lo que correspondiese en justicia y según las leyes.

El diputado Moyano hizo una interpelación sobre este lamentable suceso. El presidente del consejo con una moderación inimitable, sin agravar en nada la situación del que le injurió y se halla bajo la acción de la ley, contestó, leyó las cartas, y no es acto menor de valor en su gloriosa vida militar y política el haber leído fría y mesuradamente aquellas cartas en que se le llama *cobarde*, á él que desde muy joven había vertido su sangre en los campos de batalla, y había tenido mas de un duelo en su agitada vida.

El diputado Armero emprendió la defensa de don Jorge Martínez, á quien llamaba su cliente: al señor Armero le sobraba amistad y celo, empero le faltaba todo.

Terminada la interpelación, se presentó una proposición firmada por los señores Calderon Collantes, conde de Fabraquer Muñoz Maldonado, Belda, Alfaro, Mata y Alos, y Calonge concebida en estos términos.

«El congreso de los diputados considerando como un deber imprescindible en el gobierno, amparar y defender por los medios legales á las autoridades y poderes constituidos contra toda clase de agresiones, á fin de que puedan funcionar con la independencia necesaria en beneficio del país, aprueba la conducta que ha observado en el asunto á que se refiere la interpelación del señor Moyano.»

Al ir á apoyar esta proposición el señor Collantes, ambas oposiciones, la progresista y la conservadora, por medio de proposiciones intentaron que el Congreso declarase que no había lugar á deliberar sobre ella. Los señores Olózaga y Nocedal usaron de la palabra á nombre de sus respectivas fracciones, y contestados por el ministro de Hacienda se retiró la proposición.

El día 27 apoyó fácil y elocuentemente la proposición de aprobación de la conducta del gobierno el señor Calderon Collantes, y fué tomada en consideración por 152 votos contra 48.

La oposición conservadora quiso aun tentar fortuna y exigir que no había lugar á deliberar. El señor Campoy tomó á su cargo sostener este empeño, pero el Congreso desechó su propuesta.

Hablaron contra la proposición de los señores Calderon Collantes, conde de Fabraquer, y además el diputado Pole, á quien contestó el señor ministro de Estado, con tal convicción, que excitó con sus movimientos oratorios la atención y entusiasmo de la cámara.

En la sesión del 28, volvió á usar dos veces de la palabra en defensa de don Jorge Martínez el señor Armero, y en contra de la conducta observada por el gobierno en esta cuestión, pasándola á los tribunales, el señor Nocedal.—Hablaron en favor el diputado Roncali, y Fernandez de la Hoz. El general Narvaez, duque de Valencia, contestando al discurso fuerte y personal del señor Nocedal, se elevó á la mayor altura como hombre político y como orador. El general Narvaez rechazó noble y patrióticamente la idea que se le suponía de ser hombre necesario, y su peroración tuvo momentos de sublime inspiración. El señor Nocedal tomó la palabra después, felicitándose por haber dado ocasión con su discurso á las esplicaciones hechas por el duque de Valencia. La cuestión había sido completamente debatida; había llegado á su mayor elevación, y el Congreso, conmovido aun con los acentos del presidente del consejo de ministros, votó la proposición por ciento cuarenta y siete votos contra cuarenta y dos. Estas tres sesiones han sido eminentemente animadas y dramáticas.

El Congreso de la nación española, no ha prejuzgado la causa de un hombre sujeto á la ley, y así es que en los momentos mismos en que el último día se agitaba la cuestión, este hombre recobraba bajo fianza su libertad por sentencia de su juez, el Congreso español ha sancionado un gran principio, el que los encargados del poder y de la autoridad pública, deben estar amparados contra toda agresión, y que no les es lícito descender al terreno que la ley misma prohíbe al simple particular, que desafiando á la vez el hierro de un rival y la espada de la justicia, remite á su propia fuerza la satisfacción de sus injurias.

En la sesión del día 26, leyó el ministro de Obras públicas una ley para la construcción de carreteras en todo el reino.

El Senado ha celebrado una sesión para aprobar las calidades de los senadores nuevamente nombrados por la corona.

### ACTOS DEL GOBIERNO.

La Gaceta ha publicado en toda la semana última: Dos reales órdenes del ministerio de la Gobernación fecha 22 de noviembre, mandando establecer por medio de vapores un correo semanal entre Cádiz y Canarias, dos entre Barcelona y Mallorca y uno entre Mahon, Palma é Ibiza. Gaceta del 25:

Otra real orden del mismo ministerio, fecha 28 de noviembre, dictando algunas disposiciones para que tenga efecto la pena de sujeción á vigilancia de la autoridad consignada en el Código penal. Gaceta del 30:

Otra id. del ministerio de Comercio, Instrucción y Obras públicas, fecha 30 de noviembre, mandando pasar los trabajos de la Junta General de Agricultura, al real consejo de Agricultura, Industria y Comercio. Gaceta del 1.º de diciembre:

Otra id. del mismo ministerio y de igual fecha, dictando varias reglas sobre la expedición de guías para el transporte y extracción de minerales y metales en pasta. Gaceta del 1.º de diciembre.

### Revista de Madrid.

Hace mucho tiempo que abrigamos nosotros una convicción profunda, convicción que nos ha recordado, para afirmarnos en ella mas y mas, una chistosa ocurrencia que ha tenido lugar pocos momentos antes de comenzar la anterior semana. Creemos que la crítica contemporánea es á veces sobradamente caprichosa é injusta cuando juzga de la civilización y de las costumbres de los tiempos que nos han precedido.

Hay sobre todo entre ellos unos cuantos siglos llamados bárbaros por excelencia, contra los cuales se han empleado sucesivamente todas las frases injurio-



sas y denigrantes que se ha dignado admitir el rico vocabulario del idioma castellano.—¿Qué tiempos aquellos de tinieblas y de ignorancia, de oscurantismo y de barbarie, de humillación y de vergüenza, de vilipendio y de baldon para la humanidad, esclaman á una voz los moralistas y filósofos modernos: aquellos en que la justicia no era nada: en que la violencia lo era todo: en que la razón enmudecía: en que la fuerza hablaba: en que las diferencias personales, los mas sagrados derechos, las cuestiones mas importantes, sacadas de los límites de la discusión donde solo se encuentra la verdad, se referían á los indignamente llamados juicios de Dios, en que peleando un hombre con otro hombre, se decidía por el éxito del combate, el punto á donde se inclinaban la razón y la justicia!

Hasta cierto punto van acordes con nosotros los moralistas y filósofos: el combate personal, á que hoy día se llama duelo, es de procedencia completamente bárbara. Las civilizaciones griega y romana no conocieron este hecho: el duelo vino al mundo con la irrupción de los pueblos bárbaros del Norte, y en especial de los habitantes de Escandinavia, que no conocían otro medio de sostener sus pretensiones: el duelo pues, una de las instituciones que marcan mas distintamente el espíritu de la edad media, es el hijo predilecto y legítimo de la barbarie.

Pero nosotros sostenemos, sin embargo, que los tiempos que se llaman civilizados son injustos al acusar á los anteriores de ignorancia y de barbarie: sostenemos mas todavía: que hecha comparación por este respecto entre los siglos de ignorancia y los siglos de las luces, era menester cambiarles completamente los nombres. Vamos á demostrarlo.

En los tiempos bárbaros no se apelaba jamás al combate personal sino por muy graves, muy justos y muy fundados motivos. En los tiempos actuales, el combate personal, completamente admitido por la civilización moderna, es un recurso á que se apela todos los días, á todas horas y por el mas frívolo é insignificante pretexto.

En los tiempos bárbaros se igualaban con el mayor cuidado las condiciones de los combatientes, para que bajo todos conceptos hubiese verdad y justicia en el lance. Hoy día se baten los altos con los bajos, los grandes con los pequeños, los que manejan las armas con los que no las conocen, y los hombres que tienen que perder con los hombres perdidos.

En los siglos bárbaros se verificaba el combate personal sin violación de la ley, porque esta lo toleraba en casos extremos. Hoy día se verifica el duelo violando la ley que lo prohíbe, y los combatientes cargan sus pistolas á las barbas de la autoridad encargada de castigarlos é impedirlos.

En los siglos bárbaros resultaba del duelo un vencedor y un vencido: el vencedor ganaba prezo y lauro, y el vencido era declarado infame. Hoy día no hay vencedor ni vencido, porque las respectivas balas, cuando las hay, no tocan jamás al cuerpo. A pesar de esto, los dos combatientes quedan declarados héroes desde el momento en que ha terminado el combate.

En los siglos bárbaros se decidía una cuestión por medio del duelo. En la actualidad el duelo lo termina todo; pero no decide nada.

Por último, en los siglos bárbaros se batían en duelo los hombres. Hoy día se baten ya las mugeres.

Y no podía suceder de otra manera. Desde que el duelo es un pasatiempo para los ociosos, una diversión para los niños y una especulación para los fondistas, se ha convertido en una agradable frivolidad, y como frivolidad corresponde exclusivamente al dominio de las mugeres.

Nuestros lectores no desconocerán probablemente el hecho que motiva estas líneas: todos los periódicos han dicho en estos últimos días que dos señoritas de Madrid se han batido á pistola para disputarse la posesión de un amante. Si el hecho es exacto, fuerza será convenir en que los duelos han recibido ya el golpe de gracia: en verdad no habían menester para su descrédito de tan espantoso ridículo. Pero nosotros preferimos creer que nos han engañado los periódicos. ¿Es posible, por ventura, que vengan nuestras hermosas á recoger la herencia de los bárbaros del Norte?

Y véase lo que son las cosas de este mundo. Mientras se baten en duelo dos mugeres por la posesión de un hombre, conocemos nosotros una tercera, joven y bella como un ángel, alegre y coqueta como pocas, que se ha encontrado con dos relaciones amorosas de la manera mas original y novelesca que darse puede. Vamos á referir á nuestros lectores esta curiosa aventura, y solo reservaremos en ella los nombres y las señas que pudieran descubrir indiscretamente á las personas interesadas.

No ha muchos días que un joven bastante conocido en Madrid, unido con intimas relaciones de parentesco á cierto personaje, en cuya casa vive actualmente, iba muy despacio por la calle de las Huertas en dirección á la del Príncipe. La hora del teatro era ya llegada; pero la luna no derramaba entonces por las calles de Madrid esa plateada luz con que nos ha obsequiado en las noches de la anterior semana. Una muger había seguido breve rato los pasos de este joven con el deseo de reconocerle. Cansada al fin de inútiles pesquisas se decidió por ver si era aquel el que ella buscaba.

—Don Pepito, don Pepito: le dijo, dirigiéndose á él en ademán no muy resuelto.

El joven en cuestión no lleva por nombre José; pero

es hombre que no siente que lo equivoquen con otro cuando es una muger la que le busca.

—¿Qué se le ofrece á vd? le contestó resuelta-

mente.

—¿No es vd. don Pepito?

—Si señora.

—¿El que está empleado en el ministerio de Hacienda?

—El mismo.

—¿El que vá á la calle de.... núm...?

—Justamente.

—¿En casa de la señorita de X...?

—Cabal.

Y al sostener este diálogo, el interpelado se cubría la cara lo mejor posible y se tapaba las orejas con el cuello del gaban.

—Pues sepa vd., añadió la interlocutora, que he estado hasta ahora mismo en su casa para darle una buena noticia. La señorita dice que podrá verlo á vd. esta noche á la una en punto. Que espere vd. en la acera de enfrente, y ella le echará á vd. desde la reja la llave de la puerta.

Y dicho esto se despidió de él sin añadir una sola palabra.

El joven en cuestión acababa de obtener cita de una persona, cuyo nombre y cuyas señas le eran enteramente desconocidas: para otro hombre hubiera sido aquel un lance crítico y apurado: para él era un hilo de oro que le llevaba en busca de maravillosas y galantes aventuras.

A la una de la noche estaba nuestro héroe envuelto en su capa, frente á la reja que se le había indicado: á la una y media se abrió la reja y caía una llave al medio de la calle: al acercarse á recogerla una voz femenil le añadía estas palabras:

—Abre sin hacer ruido: mira que está muy oscuro el portal: yo saldré á recibirte á la escalera.

Nuestro joven abrió la puerta sin ruido, subió unos cuantos escalones y tropezó en el descanso de la escalera con el bulto de la desconocida.

Cuando los amantes se reciben á deshoras y pueden procurarse esas entrevistas por largo tiempo anheladas, suelen ocurrir entre ellos algunas casualidades inevitables.

Una de estas casualidades vino á ser en la ocasión presente el que los labios de los dos jóvenes se acercaran lo bastante para que la bella desconocida descubriese su error. Su amante es barbilampión, y el héroe de esta aventura lleva bigotes. Un agudo chillido vino á poner término á esta muda y amorosa escena.

Una luz traída en el momento por la indiscreta criada, autora de aquel enredo, vino á iluminar bien pronto el lugar de la catástrofe. Pero cuán grande fué la sorpresa de nuestro joven, cuando al dirigirse con el auxilio de la luz á ofrecer sus disculpas á la bella desconocida, que llena de miedo se había ocultado en un rincón de la antesala, se encontró cara á cara con una niña de negros ojos, cuyas dulcisimas miradas favorecen en el Prado á un infinito número de adoradores, y muy señaladamente al héroe de esta chistosa aventura!

La escena pasó en un momento del susto y de las reconversiones á una armonía deliciosa y perfecta. La niña convino en dar á nuestro joven el suspirado sí, con tal que reconociese como condeño de su corazón al pobre don Pepito. Al despedirse dió nuestro héroe á la criada media onza de gratificación en premio de su torpeza, con la condición de que no volviera á equivocarse jamás. Fuera de sí de gozo la afortunada Maritornes, esperó sin acostarse el siguiente día para tener el placer de referir esta aventura á una amiga, que la ha contado despues en confianza á todas las suyas.

Entre tanto el joven en cuestión sigue perdidamente enamorado de su nueva conquista. Dice que la adora con frenesí, y que no quiere consentir por mas tiempo aquella comunidad de bienes con don Pepito. Esto probablemente dará origen á algun lance trágico, y habrá de suministrar materia á las gaceticillas de los periódicos, porque los dos jóvenes en cuestión y la amable señorita son personas muy conocidas en Madrid.

Pero dejemos al tiempo que se encargue de resolver esta cuestión importantísima, y digamos dos palabras sobre los acontecimientos mas notables de la semana anterior. Verdad es que dos palabras serán muy bastantes á hacer de ellos una descripción exacta y completa.

El domingo 23 de noviembre, á la una de la tarde, tuvo lugar en el Teatro Español el primer concierto del señor Bazzini. La concurrencia quedó muy satisfecha del buen gusto é inteligencia del señor Bazzini: ejecutó perfectamente una sinfonía sobre motivos de la *Sonámbula*, y lució su admirable maestría en el cuarteto de los *Paritinos*, que tocó sin acompañamiento de orquesta. La señorita Luchesi tocó tambien en el piano con sumo gusto y maestría un sueño ó fantasía compuesta por ella misma. La señorita Landi cantó muy bien la cavatina de la *Gazza Ladra*.

Otra novedad de mas importancia nos tenia preparada el Teatro Español para el viernes de la semana pasada, en que debía poner en escena la comedia *¿Quién es ella?* manantial inagotable de dudas y confusiones sobre su procedencia, aun en los momentos en que escribimos estas líneas; pero el estreno de la comedia se ha suspendido por indisposición del señor Valero.

Esto no obstante, las noticias de la anterior se-

mana relativas al Teatro Español han sido muy gratas y muy bien recibidas del público. La *crisis* ha terminado felizmente por la mediación del joven y distinguido escritor dramático, señor Rubí, que recibió amplios poderes del señor conde de San Luis para transigir estas diferencias, despues de haber leído en casa del mismo señor su nuevo drama titulado *Isabel la Católica*, en cuyo acto recibió del señor Sartorius, juntamente con sus cordiales felicitaciones, el diploma de comendador de la orden de Carlos III. Esta justísima recompensa al mérito y á los aventajados talentos del señor Rubí, honra tanto al señor ministro de la Gobernación como sus acertadas disposiciones para el arreglo de la cuestión teatral, que hubiera podido traer en pos de sí funestas consecuencias para el arte dramático.

El teatro de la Cruz nos ha ofrecido en la anterior semana el tremebundo drama titulado *La Campanilla del Diablo*. Este drama se divide en ocho cuadros contando con el prólogo, y de ellos el primero se titula *La Cámara infernal*; el tercero, *El Diablo en el convento*; el cuarto, *Bromas de Satanás*; el séptimo, *Satanás*. Aterrorizados con tanto Satanás y tanto infierno, se han caído una noche un telón y otra un bastidor del decorado, produciendo descalabraduras y sustos. Dios nos tenga de su mano. Siguen entre tanto los ensayos de *La mensajera* y del *Diablo á cuatro*, aunque, segun malas lenguas, no llegarán á ponerse en escena uno ni otro.

En el teatro del Instituto tuvo lugar el lunes pasado el beneficio del señor Alverá, poniéndose en escena la comedia del señor Montemar, titulada *La Ilusión ministerial*, y la zarzuela en un acto que lleva por título *La paga de Navidad*. Ambas producciones son ya de mucho tiempo conocidas del público.

El teatro de Variedades sigue sumando representaciones del Duende. Uno de estos días debe completar el número *sesenta*.

La semana anterior nos ha ofrecido tambien una brillante ceremonia fúnebre. Nosotros, que no queremos ser estrujados por pelotones de curiosos, no asistimos al funeral que se celebró el martes por la noche en la iglesia del Carmen por el alma de la malograda condesa de Vistahermosa; pero sabemos, sin embargo, que las solemnes exequias correspondieron en un todo á la elevada posición de la difunta. He aquí lo que acerca de ellas hemos leído en un periódico. «El templo estaba adornado con colgaduras negras, en el centro se elevaba un grandioso catafalco, alumbrado, como las capillas y altares, por infinidad de hachas y blandones, y sus espaciosas naves estaban ocupadas por una concurrencia inmensa. La parte musical de esta fúnebre función fué dirigida por el conocido maestro Daroca, figurando en la orquesta y entre los cantantes los mas distinguidos profesores de la capital.»

Trabajo nos cuesta pasar de cosas tan serias á otras cosas eminentemente ridiculas; pero no queremos dejar de noticiar á nuestros lectores que se prepara, al decir de los periódicos, un nuevo combate de fieras (asi lo llaman, al menos) en que luchará un leon con un hombre. Los empresarios de las luchas de fieras deben tener muy presentes los recuerdos que estas han dejado en el público de Madrid. En la primera hubo una silba unánime y espantosa. En la segunda los asistentes destrozaron de rabia todo el atalage de madera que habia en el circo. Si el entusiasmo popular continua en esta progresión creciente, la nueva lucha de fieras podrá ofrecernos un espectáculo digno por muchos conceptos de ser visto... desde lejos.

## Noticias sueltas.

El día 9 del presente mes de diciembre, saldrá de esta corte la correspondencia pública y de oficio para las islas Canarias, Puerto-Rico y Cuba, y á su llegada á Cádiz se dará á la vela el buque-correo que la debe conducir.

Los fondos públicos han mejorado notablemente en la semana pasada. A 29 1/2 se ha cotizado el 3 por 100, que en la anterior no pasó de 23 3/8, subiendo por 100, é igualmente han mejorado el 4 y 5 por 100, cotizándose á 11 1/2 y 11 3/8 en vez de 11 1/4 que anteriormente se cotizaban. La deuda sin interés no ha tenido alteración alguna, ni tampoco los cambios trangeros que siguen á 3 frs. 32 c. por ps. f. sobre rís á 8 días, y á 50 30 por ps. f. sobre Londres á 10 días.

## CAMBIOS.

Alicante, 1/2 d. pap.	Málaga, 1/2 d.
Barcelona, 1/4 b. d.	Santander, 3/4 d.
Bilbao, 1/2 d. pap.	Santiago, 1 d.
Cádiz, 1/2 d.	Sevilla, 3/8 d.
Coruña, 3/4 d. pap.	Valencia, 1/2 d.
Granada, 3/4 á 1 d.	Zaragoza, 3/4 d. d. im.

Descuento de letras á 6 por 100 al año.



## SEMANA RELIGIOSA.

## Efemérides religiosas.

**Día 3 de 1592.** Tal día como hoy murió el duque de Parma don Alejandro Farnesio, generalísimo del ejército de Felipe II, que se unió con el papa Clemente VIII contra los herejes calvinistas de Francia.

**Id. 1724.** En igual día el papa Benedicto XIII asistió con gran veneración a la solemnidad de San Francisco Javier, que se celebró en la iglesia de la Compañía de Jesús, en Roma, y de allí por la tarde pasó a hacer oración a la capilla de San Felipe Neri.

**Día 4 de 1489.** Después de un porfiado sitio de siete meses, tomaron los reyes católicos a los moros la ciudad de Baza en Andalucía, y a su ejemplo se rindieron luego las de Almería, Guadix y otras villas, a cuya conquista asistió el obispo de Jaén don Luis Osorio.

**Id. 1642.** Muerte del cardenal de Richelieu, primer ministro que fué de Luis XIII, rey de Francia.

**Día 5. 1456.** En este día en el reino de Nápoles empezó un temblor de tierra que causó multitud de estragos, que aunque por entonces no eran considerables, a causa de continuar el mismo movimiento casi todo el mes, se aumentaron infinito los daños en edificios y personas. Luego se propagó furiosamente por las tierras de Labor, del Abruzzo, donde se arruinaron infinidad de casas, pereciendo mas de tres mil entre personas y ganados. Ultimamente de la villa de Boyano solo quedó el sitio de su fundación, salvándose solamente por milagro del cielo, algunos templos que habían sido amenazados por dicha convulsión.

**Id. 1563.** En este día terminó la obra del Santo Concilio de Trento.

**Día 6 de 768.** Murió en París el rey Pipino de Francia, que entró a reinar por deposición de Childerico III, el año 752. Este favoreció mucho a la iglesia, sujetó al rey de los longobardos, y defendió a los pontífices de los griegos y demás enemigos, y al emperador de Oriente Constantino. Sucedióle en la corona su hijo Carlo-Magno.

**Día 7 de 962.** Por muerte de Oton II sucedió en la corona de Alemania su hijo Oton III, uno de los mejores príncipes que ha tenido aquel imperio y la religión católica.

**Id. 1498.** En este día se hizo voto por la villa de Madrid de guardar abstinencia la víspera de la Purísima Concepción, celebrando procesion general. Esta ceremonia se practicó en la parroquia de San Andrés, el mismo día y año. En 1621, se renovó en Santa María, y se ratificó en 1633 en San Isidro el Real, con la obligación de hacer día festivo el día de la Concepción de Nuestra Señora.

**Id. 1708.** El papa Clemente XI en este día espidió su bula para que fuese fiesta solemne de precepto la inmaculada Concepción de Nuestra Señora, y Leon X decretó a la iglesia de Molina de Aragón para que pueda cantar maitines, laudes y misa mayor a las 12 de la noche tal día como hoy todos los años, en los mismos términos que lo hace la iglesia universal la noche del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.

**Día 8. 1258.** En igual día ocurrió la aparición de Nuestra Señora de las Mercedes al glorioso San Pedro Nolasco, en la ciudad de Barcelona, en la que le reveló el día de su muerte para el 24 de diciembre de aquel año.

**Id. 1438.** Murió en este día en Alemania el emperador Segismundo, hijo del emperador Carlos IV, después de haber castigado severamente a los herejes de su tiempo.

**Id. 1727.** En igual día asistió de pontifical el papa San Benedicto XIII, a la basílica de San Pedro en Roma, a solemnizar la fiesta de la Concepción de María Santísima; en unión del sacro colegio de cardenales, y por la tarde fué a visitar la iglesia de religiosas benedictinas de Campo Marzio, donde se celebraba también la misma festividad; y vistió el hábito a una hija del conde Ursino, romano, cuya casa menos opulenta, reconocía su santidad ser descendiente de la suya, por lo que hacia de ella la debida estimación.

**Id. 1785.** En este mismo día se colocó el Santísimo en el nuevo retablo del altar mayor del convento que era de capuchinos del Prado de esta corte: por cuyo motivo se celebró solemne función de acción de gracias, celebrando la misa el R. P. guardián, y el sermón el P. definidor, que era fray Francisco Villalpando (ponderó en su oración panegírica la gloria superior del altar nuevamente erigido) sobre la rotación de Carlos III a las ciencias y artes, como igualmente de la piedad y afecto de la casa de los escelentísimos señores duques de Medinaceli a los PP. capuchinos, acreditada con infinidad de testimonios. Asistió la capilla de música de las Descalzas Reales.

**Día 9 de 1042.** En este día fué coronado por rey de Inglaterra San Eduardo, sucesor de Hardicanuto, hijo de San Canuto su antecesor. El santo fué casado con madama Godiuno, hija de un conde inglés, con la cual conservó perpétua abstinencia: nació en 4 de enero año de 1020; y murió en 5 del mismo mes de 1066.

**Id. de 1266.** Muerte del papa Pio IV.

## San Francisco Javier, apóstol de las Indias.

3 DE DICIEMBRE.

La reforma de Lutero.—Los jesuitas.—Caracteres de uno y otros.—Misión evangélica en las Indias.

El día 7 de abril del año de 1506, en el castillo de Javier, que se halla al pie de los Pirineos, nació un niño a quien pusieron por nombre Francisco.

La noble familia que habitaba aquel castillo traía su origen de la sangre real de Navarra. Aquel niño formó en su infancia el encanto de su familia, siendo el orgullo de la misma en su juventud, por los pasmosos progresos que hizo en las artes y en las ciencias, en la universidad de París, que era entonces la academia de toda la nobleza de Europa, y en la que recibiendo el grado de maestro en artes a los 25 años enseñaba con general aplauso la filosofía.

El siglo XVI fué un siglo de perturbación moral para el mundo. Lutero, hijo de un pobre trabajador de las minas de Eysenach, había agitado la Alemania, y con su inmenso estremecimiento conmovió al mundo entero. Había pasado los primeros años de su vida en luchas terribles que Dios parece haber hecho necesarias a los hombres que destina a dar grandes golpes en el mundo. Cuando iba a la escuela de Eysenach no vivía sino del pan que ganaba cantando delante de las casas de las familias mas ricas. Cuando frecuentó la universidad de Erfurt debió sus estudios a la caridad de una mujer. Cuando entró en el claustro de los agustinos no tenía mas fortuna que su Plauto y su Virgilio.

Cuando fué religioso se dedicó con ardor a los deberes mas penosos; empero en el alma de Lutero ardía la ambición. El orgullo le arrastra; Lutero no formula nada, sin embargo, su alma se halla llena de hiel, y la verterá como un torrente cuando crea poder vengar sobre Roma todas las humillaciones de que su adolescencia y su juventud están llenas; no tendrá reposo sino cuando haya agotado todo lo que su alma ha acumulado de odio contra todos los deberes que no han sido para él si no tiranías; no tendrá reposo, sino cuando sienta reinar su propia personalidad sobre los restos de todas las grandezas que la Europa entera ha reverenciado después de quince siglos.

En Lutero respira un hombre tanto mas temible cuanto mas largo tiempo ha estado comprimido; en Lutero renacen todas las antipatías, todos los odios, todos los celos de Arminio, de Witikind, y de todos los emperadores sajones; en Lutero se encarna todo ese movimiento filosófico y místico, alimentado con la melancolía del genio nacional, con el racionalismo pagano, y con las vagas esperanzas que surgen en todas partes; en Lutero hay un Hércules que reduce a polvo en un porvenir próximo, todas las potestades de quienes tiene queja; en Lutero ruge una revolución entera, una revolución terrible que estallará como un huracán sobre todas las catedrales, sobre todos los tronos del mundo occidental.

Toda la Alemania se levanta, pues, a la voz de Lutero; y la resistencia y el ardor que había desplegado en los días de sus combates formidables contra la Roma consular é imperial, la despliega ahora contra la Roma de los pontífices católicos. Así una idea de reforma mal comprendida, un hombre mas orgulloso que razonable, mas egoísta que social, fueron el punto de partida de las graves turbaciones de la Alemania y del mundo a principios del siglo XVI.

La política prestó una poderosa mano a la extensión de la heregia. Mientras el movimiento luterano no fué mas que objeto de religion, ese movimiento apenas progresó; empero la audacia de las innovaciones de Lutero eran medios maravillosamente apropiados para las ideas de los príncipes que se hallaban oprimidos.

Después de la muerte de Maximiliano, Carlos V, heredero del trono de España, había añadido a la corona de los dos mundos la diadema imperial; había logrado hacerse elegir emperador, y desde lo alto de su posición podía absorber toda la confederación germánica.

No fué preciso mas para que muchos príncipes se colocasen al rededor del estandarte de Lutero, porque este estandarte era el que las poblaciones alemanas miraban como el precursor de un cambio deseado con tanto mas ardor, cuanto que se dirigía a veces al interés material, y sobre todo el orgullo nacional largo tiempo herido en la conciencia del país. Así es que la época de la reforma fué una época de fiebre, una época en que la Alemania se vió acometida de un vértigo inmenso. Engañados por algunas mejoras de un orden secundario, los hijos de la raza germánica, en otro tiempo tan felices con haber sustituido a sus dioses la religion de Cristo, entraban a banderas desplegadas en la heregia, renegaban de la Cruz, que los había civilizado, para confiarse a la vanidad y a la jactancia de algunos individuos; renegaban de la Cruz, que les había protegido tanto contra la hidra feudal, para reconstituir una feudalidad especulativa, mil veces mas onerosa y mas degradante que la de sus viejos condes y barones; renegaban de la Cruz y del pontificado romano, para humillarse delante de un poder filosófico...

Grandes desórdenes se habían introducido en la iglesia; pero estos desórdenes que hacían necesaria una reforma, no exigían los medios empleados por la heregia de Lutero.

Mientras este desplegaba todo lo que tenía de valor y de energía para destruir la iglesia católica, un hombre joven aun, entraba en la iglesia de Monserrat, en Cataluña, para consagrarse a Dios. No era hijo de un miserable como el fraile agustino, era hijo de altos y ricos personajes que contaban un poder inmemorial en el país; no había crecido como Lutero en la humillación, ni había sido alimentado por la limosna pública, era el page de una corte, y de una corte brillante, un capitán: no había consagrado sus primeros años al misticismo de los conventos y a los estudios teológicos, los había pasado en los azares de la guerra y en los devaneos del amor. Este page era infinitamente mas social que el piadoso estudiante de Eysenach; el antiguo page es un prodigio de edificación general para el mundo. Abandonó la carrera militar, después de haber sido gloriosamente herido en el sitio de Fuenterrabía, tomó un vestido grosero, y se condenó a mendigar de puerta en puerta; él, que había vivido tanto tiempo en los palacios, y en la elegante casa de sus padres, adoptó una caverna por morada, y lloró en ella como si fuese el solidario responsable de todas las faltas del Occidente, como si pesasen sobre él todas las culpas de la Europa. Marcha a Palestina, con los pies y la cabeza desnuda, el báculo del peregrino en la mano, sin mas tesoro que sus oraciones, sin mas esperanza que su fé, la que quiere purificar en aquellos lugares donde se revelaron tantos misterios, donde se había obrado la redención del hombre!

Vuelve a Europa, siempre pobre, siempre desnudo; conságrase a los estudios, y aprende la gramática a los 30 años de su edad; va a la universidad de París, y oye a los primeros profesores de aquel emporio de las ciencias. Francisco Javier brillaba en ellas; Francisco Javier atrae la atención de Ignacio de Loyola; y el joven Javier que anunciaba ser uno de los personajes mas célebres de su siglo, se asocia a la grande obra de la Compañía de Jesús.

Siete hombres reunidos en Montmartre se juntan el día de la Asunción del año de 1534, y hacen voto de pobreza absoluta, obligándose a trabajar gratuitamente, en todas partes donde fuese necesaria su presencia. Consagrado su juramento con una palabra sagrada, se juran no tener mas que un solo pensamiento, un solo deseo, y vivir como si no tuviesen mas que un solo y único cuerpo, una sola alma; juraron consagrarse por entero a la extirpación del error y al triunfo de la verdad. Estos siete hombres, entre los que brillaba Javier, eran jóvenes sabios, jóvenes pensadores que Ignacio había encontrado al principio incrédulos, pero cuya incredulidad había vencido. Muy poco después esta reunion se aumentó con otros tres auxiliares; y estos diez hombres, diez católicos, fueron bastantes para acometer una de las misiones mas difíciles y gigantescas de los tiempos modernos; estos diez hombres, estos diez católicos fueron bastantes para envolver la revolución luterana, para confundirla en todas partes donde ellos se presentaron, para obligarla a pedir gracia y perdón y para asentar el Occidente sobre una base que ya vacilaba.

En efecto, apenas constituidos estos diez mendigos voluntarios, se consagran repentinamente a las mas difíciles misiones. El uno se encarga de marchar a Siena; el otro a la isla de Ischia, para reconciliar los principales habitantes; un tercero, un cuarto, se ocupan en negociaciones diplomáticas de la mas alta importancia; Javier con otro abandona la Europa, y se marcha a convertir la India. El mundo entero se levanta bien pronto en señal de respeto a la voz de algunos indigentes que no tienen otro prestigio ni otra fortuna que un inmenso amor de sacrificarse por la humanidad.

Lutero había pretendido ser un reformador, y había escitado y enardecido las pasiones mas antisociales en él y en los demás; había pretendido moralizar el mundo, y había legitimado todas las cópulas mas monstruosas; empero por complaciente que fuese no osó autorizar sino en secreto los apetitos lúbricos del landgrave de Hesse; pretendía remediar los escándalos de la corte romana, y consagró él mismo toda clase de escándalos, casándose públicamente con una religiosa, con Catalina Bora!... Al contrario, los hombres que había reunido en torno de sí Ignacio, y que tomaron el nombre de Compañía de Jesús, sin duda porque aun existían recuerdos militares en el pecho del antiguo capitán de Fuenterrabía, en lugar de escitar las pasiones en sí o en los otros, las hacen una guerra encarnizada, las doman, las quebrantan, las destruyen, y practicando todas las virtudes, tratan de enseñarlas a los pueblos, mas con su ejemplo que con sus palabras.

Lutero no hubiera hecho nada sin el socorro de los príncipes, sin su avaricia, sin su egoísmo. Ignacio de Loyola, al contrario, hizo cuanto quiso con sus solas fuerzas, con su solo valor, sin recurrir ni a los ricos, ni a los príncipes, ni a nadie.

La independencia luterana, era aparentemente mas favorable a la libertad, empero en realidad solo servía a subordinar las masas a los individuos. Ignacio de Loyola se presentaba con menos apariencia de popularidad, pero en realidad era el solo que protegía todas las dignidades humanas; el solo que daba prendas a los pueblos, porque vivía de la fé, del espíritu, del sacrificio que le inspiraban. La palabra de orden de Lutero, era, en fin, la revolución, la de Loyola la obediencia!

JAVIER, uno de los diez compañeros de Ignacio de Loyola, que constituyeron la compañía de Jesús, apro



bada por Paulo III, recibe la mision de pasar á las Indias.

A principios del siglo XVI, acababa de ser descubierta la America, recibe la mision de reparar los males que la ambicion y la sed de oro causaban en el nuevo mundo.

El pasaje á las Indias por el Cabo de Buena Esperanza descubierto al mismo tiempo por los portugueses, dió mas facilidad para penetrar en las partes mas orientales de Asia y en las mas meridionales del Africa.

El rey Juan III de Portugal pide á la Compañía de Jesus dos misioneros, y Javier sale de Roma sin mas equipage que su breviario, despues de recibir la bendicion del vicario de Cristo que le envia de apóstol á aquel nuevo mundo. En vano Juan III quiere detenerlo en Lisboa; allí se embarca el año de 1541, para ir á desempeñar su apostolado, y sufre los frios insoportables del Cabo Verde, y los calores abrasadores de la Guinea. Detiénese un invierno en Mozambique, y su estancia de seis meses es una continua predicacion, un continuado ejercicio de caridad, asistiendo á los enfermos. Por último, á los trece meses despues de su salida de Lisboa llega á Goa, donde despliega su carácter de legado apostólico, y de enviado directamente por el vicario de Jesucristo á aquellos parages.

Los descubridores de las Indias Orientales habian hecho renacer el cristianismo en algunos de aquellos paises, empero ya no quedaba rastro alguno; reinaba en todas partes la idolatría, y el mahometismo, y los mismos portugueses vivian mas como idólatras que como cristianos. Javier, el nuevo apóstol, predica la fé de Jesucristo á aquellos degenerados cristianos, y cambia en breve el aspecto de la ciudad: funda un Seminario para estender las misiones en aquellos paises, y de él son la base dos jesuitas, el padre Camerini, italiano, y el padre Mansilla, portugués.

La religion de Brahma era una de las mas estendidas en aquellos paises, el reino de Trabancor, sin embargo, entra desde luego en la fé cristiana, y abandona el culto de las pagodas. Los badagés caen sobre el reino de Trabancor, resueltos á llevarlo todo á sangre y fuego; empero Javier con un crucifijo en la mano se presenta al numeroso ejército invasor, le prohíbe en nombre de Dios vivo pasar mas adelante, le manda retroceder, y aquella inundacion de bárbaros se sobrecoge, obedece, y huye hácia su pais otra vez en el mayor desorden.

La predicacion de Javier se estiende desde los límites del reino de Trabancor á todas las Indias. Convierte á la fé, y reduce á la civilizacion á los indios que encuentra en todos los paises; raza indolente, estúpida y feroz, que mostraba en toda su fealdad al hombre primitivo, degradado por su caida, y nada prueba mejor la degradacion de la naturaleza humana, que la pequeñez del salvaje en medio de la grandeza del desierto!

No solamente Javier les lleva la luz de la fé, sino que les da la paz en las continuas guerras que tenian entre sí unos reinos con otros. Habiendo recibido un nuevo refuerzo de misioneros, emprende la conversion de todo el Oriente; convierte y bautiza en Ternate á casi toda la familia real, y hace otro tanto en la isla de Ceilan, en los reinos de Candi y de Jafanapathan, en las Molucas, y en todas las islas que hay al rededor de Macasar.

Conquistadas para Jesucristo casi todas las Indias, se dirigió al Japon; despues de muchas tempestades abordó á aquel vasto imperio; plantó allí la cruz de Cristo y la civilizacion, confirmando la verdad reconocida de que con la religion, y no con los principios abstractos de la filosofía, se civilizan los hombres y se fundan los imperios.

Javier, con el breviario bajo el brazo izquierdo, y un crucifijo en la mano derecha, sin mas proteccion que su confianza en Dios, atravesaba los bosques, marchaba por medio de las tierras pantanosas, muchas veces con el agua hasta la cintura; subia las rocas escarpadas, esponiéndose continuamente á encontrar las serpientes y las bestias feroces que habitan los desiertos, mientras buscaba los hombres para atraerlos á la fé del Crucificado.

¡Cuántas veces sus palabras admiraban á las hor-

das de bárbaros! ¡Cuántas veces fijaban aquellos salvajes sus estúpidas miradas sobre el desconocido sacerdote que les hablaba de Dios, y miraban al cielo, que el apóstol les enseñaba!

Otras veces huian de él como de un encantador, apoderándose de ellos un terror pánico; Javier y sus religiosos les tendian las manos en nombre de Jesucristo; si no podian detenerlos, plantaban su cruz en un lugar desierto, y los salvajes se aproximaban poco á poco para examinar el estandarte de la fé elevado en la soledad. Un iman secreto parecia atraerlos á este signo de redencion; entonces Javier, aprovechando su sorpresa, los invitaba á dejar su vida errante y miserable, y á gozar de las dulzuras de la religion y de la sociedad.

Predicada la religion en las Indias y en el Japon, Javier quiere penetrar en la China, porque así como en otro tiempo faltaban reinos á la ambicion de Alejandro, así faltaba tierra á la caridad ardiente del apóstol; empero Dios trata á Javier como en otro tiempo tratara á Moisés, que muere á la vista de la tierra de promision donde tenia la orden de conducir á los israelitas. La mision de la China estaba reservada á sus hermanos, que debian regar mas tarde



URRABIETA COPIO.

San Francisco Javier.

ORTEGA.

abundantemente con su sangre aquel reino, donde aun dominan las tinieblas y las sombras de la muerte.

Durante su travesía por mar un dolor agudo de costado y una grande opresion de pecho, ponen fin á su carrera apostólica á los 46 años de edad, de los cuales once habia empleado en predicar la fé de Jesucristo en las Indias, muriendo el 2 de diciembre del año de 1552. Su cuerpo fué depositado por el capitán del buque en una cabaña en la isla de Lanchon. Dos meses y medio despues de su muerte fué trasladado á Malaca, y desde allí á Goa, con toda la pompa y veneracion que le era debida. Paulo V en el año de 1619, declaró en el número de los santos á este grande apóstol, á este insigne español, que fiel á las órdenes que Cristo habia dado á los doce pobres pescadores, fué á llevar la luz del Evangelio á el Nuevo Mundo, y fué uno de los diez mendigos que en union con otro noble español, Loyola, contuvieron el luteranismo en todas partes donde pudieron medirse con él, y lo comprimieron bajo sus repetidas presiones que nos recuerdan las presiones de esos terribles reptiles tan frecuentes en las Indias, teatro del apostolado de Javier, que aplastan y hacen pedazos contra los troncos de los árboles á los imprudentes viajeros.

Solo él reanimó por su ejemplo y por sus virtudes las mas santas tradiciones del espíritu evangélico; solo

él protestó eficazmente contra los desórdenes que habia que deplorar en la iglesia, y la balanza que vacilaba entre el paganismo y el catolicismo la inclinó definitivamente hácia este; solo él hizo con el principio de obediencia lo que los príncipes ni los reyes hubieran obtenido jamás con su espada y sus ejércitos.

El soldado valiente de Pamplona, unido con diez mendigos que dan principio á la fundacion de su Compañía, han recibido de la posteridad la justicia debida, y la nacion española ha tenido la gloria de dar en uno de sus mas distinguidos y sobresalientes hijos, Javier, una antorcha para la religion y civilizacion de las Indias y un gran santo para la iglesia de Dios.

El nombre de San Javier ha dado origen á un vizcondado, uno de los títulos de Castilla creados por Isabel II y que lleva hoy el que escribe estas ligeras observaciones.

EL CONDE DE F.

### Noticias religiosas.

Escriben de Barcelona, que un joven protestante, de nacion francés y de oficio maquinista, ha sido bautizado en la iglesia parroquial de Santa Mónica, al que se le han puesto los nombres de Narciso Luis, habiéndose sido padrinos el señor Costa, uno de los obreros de dicha parroquia, y la esposa del señor Guerra, primer galan del teatro de Santa Cruz. El acto interesó á cuantas personas tuvieron el gusto de presenciarlo, y fué muy celebrado este nuevo triunfo de nuestra religion, por la entrada del indicado protestante en el gremio de la iglesia católica.

Los dias 26, 27 y 28 de noviembre último, ha confirmado solemnemente el excelentísimo señor arzobispo de Toledo, en esta corte á un considerable número de párvulos y adultos de uno y otro sexo, feligreses todos de la parroquia de San Ildefonso.

### Origen de varias instituciones históricas.

**Orden de San Andrés.** Fué instituida en Rusia por Pedro el Grande en 1698, para animar á la nobleza y oficiales de su ejército á la guerra contra los turcos. El motivo de elegir al santo apóstol por su patron, fué porque segun tradicion, San Andrés fué el que planteó el cristianismo en Rusia. La insignia es una cruz con la imagen del mismo santo. Bajo el espresado título fué creada una orden militar en 1534 por Jaime V, rey de Escocia.

**Cruzadas.** Se dió este nombre á las expediciones que los cristianos emprendieron contra los infieles para la conquista de la Tierra Santa, porque los que iban en ellas llevaban una cruz roja sobre sus vestidos y en los estandartes. La primera cruzada se formó por los años de 1093, siendo uno de los principales caudillos que la dirigieron Godofredo de Bullon, duque de Lorena, que conquistó á Jerusalem y casi toda la Tierra Santa. En el espacio de dos siglos se formaron otras varias cruzadas, siendo la octava y última la que marchó el año de 1270 mandada por San Luis, rey de Francia.

**Solideo.** Los primeros fueron de cuero negro, é inventados por un tal Le Mayre, en 1649. El cardenal de Richelieu fué el primero que en Francia los usó.

### SEMANA HISTORICA.

Aunque ofrecimos en el primer número que á la biografía de Cabrera seguiria la de Zumalacárregui, creemos complacer á nuestros lectores suspendiendo por ahora la vida del caudillo carlista para dar lugar á un interesante episodio de nuestra historia contemporánea, y á la historia de Nicolás I, czar de las Rusias, cuyo imperio absorbe hoy la atencion de la Europa y del mundo. A la del emperador Nicolás, seguirá la de Luis Felipe.

### HISTORIA CONTEMPORANEA.

1827.

I.

El cambio político á que dió lugar en el vecino reino lusitano la muerte de su anciano monarca don Juan VI, y la abdicacion de don Pedro, emperador del Brasil en doña María de la Gloria, vinieron á complicar la situacion en que Fernando VII se habia colocado en España.

El partido que en 1823 vencieron los cien mil hijos de San Luis, no estaba destruido. Contaba con un largo catálogo de mártires, que afirmaba su fé y alentaba su esperanza. El triunfo de sus ideas políticas en Portugal, le presentaba en lontananza uno de esos luminosos destellos, que, como los matinales del Oriente engendran la alegría en el corazon de las criaturas. Esperaba, pues, confiado, y adquiriendo con la fuga de los soldados de Olivenza un vago presentimiento de las simpatías que podria hallar en el ejército.

Temió entonces el rey.

Echado en los brazos de una implacable reaccion parecia el instrumento de que se valia para ahogar



en España los gérmenes de la regeneración de un pueblo. Ennoblecidas con el cadalso las plazas de casi todas las poblaciones; ensangrentadas las murallas de las ciudades por las víctimas inmoladas á su pie, y atestadas las cárceles y castillos de presos, mas se asimilaba España á un país conquistado que á una nación regida por su aclamado y deseado monarca.

El deber, la doctrina política de los españoles estaba reducida á este dogma: *Amar al rey, obedecerle, y morir por su poder absoluto.*

## II.

Tenia, sin embargo, sobrado talento para comprender su posición, y lo que las circunstancias exigían del monarca y del hombre. Consideraba necesario, sino un nuevo orden de cosas, una política hasta cierto punto reparadora y templada. Oía ya con gusto la valiente y célebre esposición que Burgos escribió en París, de la que se reprodujeron al momento millares de copias manuscritas, y le halagaba la idea de utilizar para el estado los servicios de algunos hombres que, no profesando principios decididamente liberales, lo eran en sus sentimientos, que les recomendaban.

Queriendo al mismo tiempo conjurar la tormenta que pudiera venir de Portugal, envió á la frontera un ejército de observación al mando de don Pedro Sarsfield, para que, guardando la mas estricta neutralidad, se limitara á impedir la introducción de fuerza armada en territorio español, y á interceptar las comunicaciones entre ambos reinos.

Consideraba que esto era bastante para asegurar la tranquilidad de España, sostenida en lo interior por el numeroso cuerpo de voluntarios realistas; pero estos, que mas que una garantía del orden, eran la encarnación de un sistema extremo, como han solido ser estas fuerzas populares, gracias á su viciosa organización, solo conservaban el orden en cuanto no afectara la marcha del rey los principios que sostenía esta masa de bayonetas. No se les ocultaron los sentimientos que comenzaba á abrigar el monarca; y si hasta entonces no habían tenido mas voluntad que la suya, pensaron en ir haciendo alarde de su poder; y algunas corporaciones oficialmente constituidas fueron los intérpretes de sus sentimientos, dirigiendo representaciones para el restablecimiento de la Inquisición, con la cual podían imponer al mismo Fernando.

Este se oponía al partido constitucional por lo que cercenaba la autoridad real, pero no era menos opuesto al teocrático, que á mas de tener á su devoción los realistas, era dueño de las conciencias, y poseía una autoridad mas positiva que el trono, encubriendo con este escudo la influencia del Altar. El segundo de estos grandes poderes, en lucha encarnizada tan de antiguo, esgrimió sus armas en el año de que nos ocupamos.

## III.

El clero, este cuerpo social que contaba en su seno las primeras capacidades de España; que superaba á todos en riqueza; que llenaba los vacíos de sus filas con lo mas brillante de la juventud; que se había apoderado de su educación, y la dirigía y la formaba á su placer, cuerpo rico, ilustrado y distinguido, era el mayor enemigo de la riqueza, de la ilustración, y de las distinciones. De la riqueza, porque la monopolizadora amortización de sus bienes ahogaba los gérmenes de la prosperidad nacional: de la ilustración, porque concluían sus lamentables abusos cuando el pueblo fuera instruido, y de las distinciones, porque terminaría su omnimoda influencia cuando se concedieran á otras clases las distinciones que á ella se le habían dispensado.

El propósito del rey de gobernar solo, alarmó al partido apostólico, que por asegurar su porvenir no reparó en faltar á su monarca, conspirando en su contra y decidiéndose á transmitir su cetro á quien por sus creencias religiosas, por su fé política y por su confianza en el clero, no tuviera mas voluntad que la que este le inspirara. Al efecto comenzaron á formarse algunas juntas secretas, en que tomándose en consideración los temores que infundía á los apostólicos el escepticismo político de Fernando, se prepararon á hacer frente á cualquier inesperado acontecimiento que pudiera sobrevenir.

No osaban aun emplear las armas; y para que fuera mas decisivo su uso, en caso de necesitarlas, empezaron á preparar la opinión pública por los infinitos medios que tenían en su mano, sin olvidar el de la imprenta, de la cual eran enemigos cuando se empleaba en combatirlos.

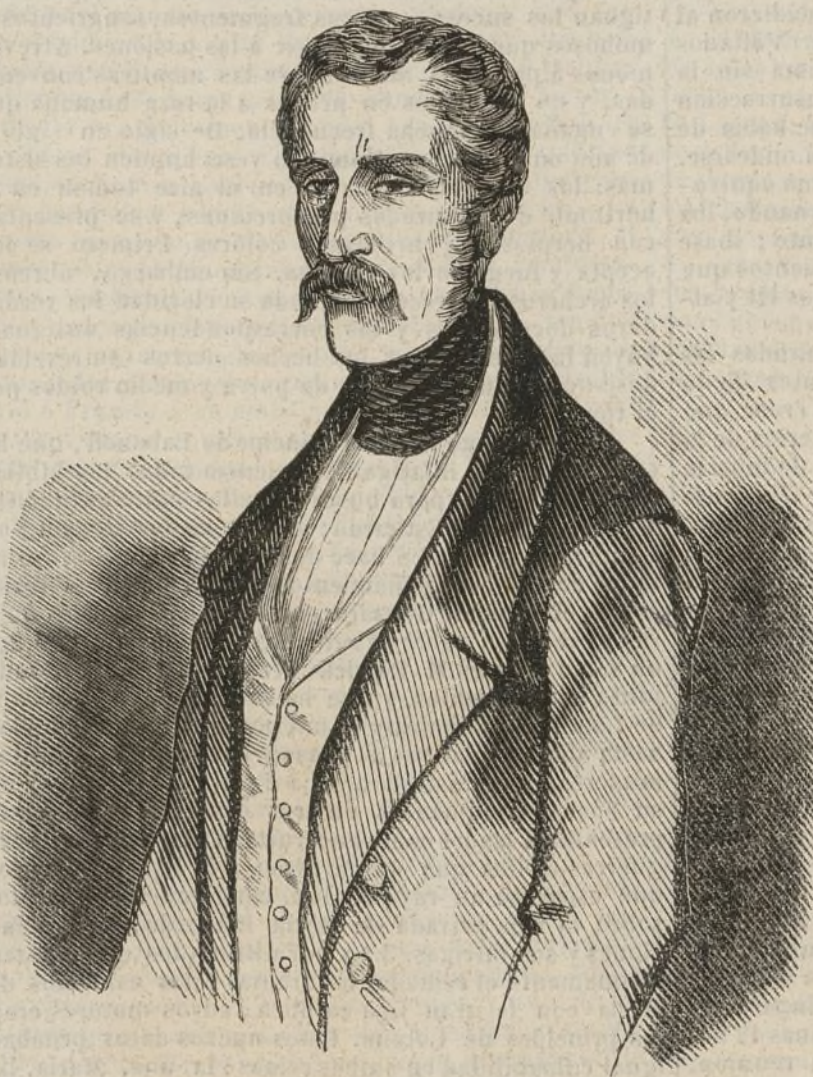
En las juntas que formaron, se escribieron las proclamas y manifiestos que se arrojaban, como otros tantos combustibles que iban á aumentar la grande hoguera de las pasiones; este foco hirviente, cuyos rompimientos han dado en llamar los modernos publicistas *patrióticos desahogos*.

Uno de los escritos mas notables que por entonces circularon, aunque con fecha atrasada, fué un manifiesto que dirigía al pueblo español una federación de realistas puros (1) sobre el estado de la nación y sobre la necesidad de elevar al trono al infante don Carlos. El estilo pastoral de este manifiesto; sus doctrinas

nas y sus tendencias, no dejaban lugar á que pudiera dudarse ser obra del partido teocrático. Importábale al gobierno desvanecer esta creencia; y ya fuera por el temor de chocar con aquel partido, ó ya por prevenir el ánimo de las gentes sencillas, inculcó á los liberales, suponiéndoles el maquiavelismo de encubrirse con agenos nombres para atizar el fuego de la discordia que empezaba á introducirse entre los absolutistas.

## IV.

Háse nombrado á don Carlos, y debemos dar un retrato de este personaje que era la encarnación del partido apostólico. Su nombre solo ha sido el mágico



Don Carlos María Isidro de Borbon.

emblema que ha entusiasmado el corazón de tantos y tantos, que al morir gustosos en su defensa, aclamaban con fé sus moribundos labios.

Amigo mas que hermano de Fernando, le amaba con aquel cariño que engendra en dos personas la mútua participación de unas mismas desgracias. Su alma benévola estaba ademas fortalecida por la arraigada fé que tenía en sus creencias religiosas. Esto le hacía ser bondadoso con sus criados, afable con todos, y revestirse, para mandar, de aquella dulzura que el Evangelio le enseñaba en sus santos varones; si bien era débil su carácter, y rebajaba algunas veces la dignidad de príncipe con ciertos actos propios solo de un monge. El orden que reinaba en su persona y en su cuarto, lo extendía á su familia y á cuanto le rodeaba. Cada uno ocupaba su verdadero lugar; y aunque dispensaba alguna falta, no dejaba de corregirla. Económico sin ser tacaño, y generoso sin ser pródigo, sabía recompensar los servicios dejando obligados siempre á quienes los dispensaba.

El pueblo, para el que nunca son desconocidas las acciones de sus príncipes, apreciaba en su justo valor las de este, y las ensalzaba como acostumbra á hacerlo con cuanto le agrada. Corrian, pues, aumentadas de boca en boca, y llegó á ser mirado don Carlos como uno de los príncipes mas completos de la cristiandad. Tal vez en el trono se habría acercado á Felipe II; pero los hombres sensatos querían mejor que retroceder á aquella época de fanatismo religioso, continuar oscurecidos, aunque no se construyeran maravillas, que el verse alumbrados por las hogueras del Santo tribunal. Don Carlos, no tenía ademas la profunda sabiduría que el inmortal hijo del no menos inmortal monge del monasterio de Yuste, por lo cual consideraban los liberales que imitaria mas bien al fanático y enfermizo monarca *hechizado* que no tuvo voluntad propia, que al fundador del Escorial, cuya voluntad era ley.

Exactas ó no, estas circunstancias no fueron desatendidas por el partido que eligió á don Carlos para su jefe; porque nadie como él respetaría sus inveterados privilegios, y le serviría creyendo servir la causa del mismo Dios.

El físico de don Carlos era agradable en la época á que nos referimos. A una estatura gallarda y sereno continente, añadía una gravedad constante y un andar magestuoso y digno. Sus cabellos casi negros, su frente ancha y despejada, su mirada tranquila, su nariz y barba borbónicas, su bigote rubio y su sonrosada tez, hacían de su rostro ovalado una fisonomía simpática. En el acento de su voz flexible, se notaba la pulcritud de sus sentimientos, expresados siempre con pa-

labras no elegantes pero decorosas, pues se cuidaba mas de la religiosa dignidad de las expresiones que de decorar estas con las galas de una elocuencia que no poseía. Perdonaba mejor una mala acción que una mala palabra; y en su presencia se observaba el mismo decoro que ante la mas recatada doncella.

Esto en cuanto al hombre de paz.

## V.

Grato don Carlos para el partido apostólico, en vano se esfuerza por obtener de él palabras de compromiso, y menos que combata á su hermano de cualquier modo. Le amaba como hermano, le obedecía como súbdito, y si bien le halagaba ser la enseña de una gran porción de españoles, tenía demasiada confianza en Dios, y consideraba como un crimen y un ultraje á sus sentimientos religiosos el faltar á su hermano y á su rey.

Su esposa doña María Francisca, joven de 27 años, hermosa, con una imaginación ardiente y esquisita, y sin poder olvidar que era hija de rey, no tenía mas deseo que el trono, no tanto por reinar, como por sobreponerse á su rival cuñada doña Luisa Carlota, que siempre había mostrado sentimientos liberales. Estas dos infantas, luchando sin tregua, tuvieron en sus manos los destinos de la patria, y sabido es de todos su preponderancia decisiva en ciertas crisis. Arrastrada doña María Francisca por sus deseos, lanzóse con femenil resolución en brazos de los que aclamaban á su esposo, y sin la venia de este, obraba en secreto, temiendo mas la reprobación de don Carlos que el enojo del rey.

La cooperación de la infanta era importante: estaba en palacio; rodeaba al monarca; prevenía los sucesos, y era ademas del escudo de los apostólicos, su guía y su esperanza. Solo así pudieron prepararse los ruidosos acontecimientos de Cataluña, que únicamente consiguieron cansar al ejecutor de la ciudadela de Barcelona, y llenar las cárceles y los presidios de españoles.

No bastaba á los insurrectos ó mal contentos, la pérdida de Bessieres, las frustradas tentativas de Tortosa, de Peñíscola y otros puntos; querían tentar nuevamente la fortuna que consideraban propicia, y madurando bien su plan, escogieron por teatro de sus hazanas el mal conocido Principado; ese país que en na-

da se parece á la metrópoli de que forma parte; porque hasta él mismo es completamente heterogéneo.

Diferentes y hasta enemigos son los habitantes de las ilustradas é industriosas poblaciones de la costa, de aquellos que conservan sus costumbres romanas entre las crestas del Monserrat, mansion de la Madona milagrosa, de los de los valles á lo largo del Segre, del Noguera, del Cinca, los manantiales del Llobregat, y los profundos abismos y barrancos del condado de Pallase. Pocos, ó mas bien ningun hollado camino, conducía á estos sitios solitarios, cuyo perenne silencio interrumpía solo el graznido de algunas formidables aves salvajes, ó el ahogado martilleo de alguna herrería. Hasta el traje de aquellos ciclopes montañeses tenía cierto aspecto guerrero antiguo, pues compoñase de sandalias como las que usaban los romanos, calzones anchos y cortos, presentando desnuda la mitad de la pierna; una chaqueta árabe, una manta al hombro y un gorro frigio, cuya prolongada estiridad caía á la par de las guedejas ásperas y desaseadas que pendían de la cabeza, lacias en unos, y ensortijadas en otros.

Esta raza de hombres no había degenerado de lo que fué en los tiempos de sus belicosos condes, cuando hablaban como señores á los reyes vecinos, y trataban de igual á igual con los emperadores Carolingios.

Estas tradiciones hicieron considerar á propósito á aquella gente para el instrumento de la proyectada insurrección: insurrección que solo podía intentarla y conseguirla el partido teocrático, porque solo él ejerce entre los catalanes una predominante influencia, jamás disputada hasta entonces.

## VI.

Es inmemorial costumbre en Cataluña, y en especialidad en la parte de la montaña, ser los párrocos una especie de jueces árbitros en todos los asuntos domésticos. El padre que piensa casar á su hijo con la hija del amigo ó del vecino, acude primero al sacerdote á manifestarle su intención y pedirle consejo. Si el párroco aprueba, es el que se traslada á la casa de la pretendida, á cuyo padre espone la conveniencia de la boda de que se constituye negociador, siendo generalmente seguro el asentimiento; porque deseando solo estos verdaderos pastores de la iglesia la felicidad de sus feligreses, procuran aumentarla y perpetuarla con estos matrimonios, que, siendo dichosos y tranquilos, como no pueden menos de serlo atendidas sus costumbres sencillas, consideran á los párrocos como los autores de su ventura.

5 x

(1) Esta federación había sido antes una sociedad secreta denominada del *Angel exterminador*.



Lo mismo que con los matrimonios sucedía con las disensiones y todos los demás actos que pudieran perturbar la feliz tranquilidad de las familias. Rectos y justos siempre los párrocos en sus juicios, conquistaban el amor de aquellos que ya les respetaban por la religión. ¿Cuánta no será la influencia del clero sobre aquellas almas religiosas y amantes? ¿Qué otro poder osará sobreponerse, ni aun competir con el suyo? Dueños de la conciencia y del corazón de aquellos altivos y belicosos catalanes, les guiaban como verdaderos rebaños que obedecían sumisos la voz de su pastor evangélico.

## VII.

Insensiblemente hemos ido preparando el terreno y esponsiendo las principales causas que decidieron al partido apostólico a lanzarse a la pelea. Fáltanos sin embargo una circunstancia esencialísima sin la cual es imposible apreciar debidamente la insurrección de 1827. Esta circunstancia es el lema que había de llevar escrito la bandera ostensible que iba a ondearse. No se cuestionaba solo por un nombre, como equivocadamente se ha supuesto. Al destituir a Fernando, iba a derrocar todo un orden de cosas existente; ibase a retroceder un siglo, y a arrancar los cimientos que para la prosperidad nacional pusieron Carlos III y algunos de sus sabios ministros.

El temor con que siempre habían sido miradas las sociedades secretas las hacía mas prepotentes de lo que eran en realidad, y esto les indujo a creer que habían llegado a iniciar al rey en los misterios de la franc-masonería. Creían entonces amenazado de muerte el absolutismo; se asustan al oírle llamar *ilustrado* por Zea, rechazan el *justo medio* de Burgos y Oñate, y creen no tener otra esperanza que la insurrección para entronizar a don Carlos; para exigir la rigurosa observación del real decreto de 1.º de octubre de 1823 que declaraba nulos todos los actos del gobierno constitucional; para extinguir el ejército; formar causa al ministerio, reunir un concilio, establecer el tribunal de la Inquisición con *exclusión de los jansenistas*, y para otras medidas que espondremos documentadas mas adelante.

Trasladémonos en tanto a Cataluña, teatro de la insurrección.

## VIII.

En febrero de 1827 se presentó en Girona don Francisco Ferricabras, teniente ilimitado, con una comisión de Busons y de Planas, para citar a los oficiales ilimitados a una reunión que había de tener lugar en el pueblo de Tona, distante de aquella plaza unas 17 horas. A fines del espresado mes tuvo efecto la reunión, si bien con menor número del que esperaban, por imposibilitar las nieves la asistencia de muchos. Al frente de los que acudieron se hallaba el citado Planas, autorizado por don Pedro Queralt, y le acompañaban Vilella, Puigbó, Codina, ex-gobernador de las Medas, Abrés y otros.

En aquella reunión de hombres valientes, pero temerosos de su situación, que aunque algún tanto desesperada, no lo era hasta el punto de que desearan morir gustosos, tomaron la palabra Vilella y Planas, y para alentar el ánimo de sus compañeros, les manifestaron que se iba a publicar la Constitución, y que era necesario *ganar de mano a los revolucionarios*. Para darles también una segura garantía, declararon, y era cierto, que había a la cabeza personas de dignidad y de carácter, entre las cuales se contaban militares de alta graduación, y sujetos que habían prestado eminentes servicios en las juntas de las últimas guerras. Conformes todos, comprometieron su palabra, juraron la insurrección, y con ese temblor nervioso que produce la impaciencia de una cosa que se teme, o se desea, se retiraron a esperar órdenes a sus respectivos destinos.

El fértil campo de Tarragona se agitaba al mismo tiempo por iguales agentes; en la montaña se sentía el hervor del volcán que abrigaban sus entrañas; en los semblantes de los ampurdaneses se leía la agitación, la esperanza y la duda; y esta conmoción, estos débiles gritos de alarma, llevaron el vago eco de su ruido hasta los muros de Barcelona, que también se alteraba.

Entre tanto abrigaba esta ciudad a una mujer joven, célebre por su belleza y por su fanatismo, y a la cual estaba reservado uno de los principales papeles en esta misteriosa insurrección.

A. P.

## María Estuardo.

- I.—Papeles de Estado. (*State papers office*).
- II.—Manuscritos sacados de las bibliotecas de Francia, por Von Raumer.
- III.—Historia de Escocia, por Patrick Fraser Tytler.
- IV.—Documentos relativos a la Historia de Felipe II, por Gonzalez. (*Apuntamientos*, etc.)
- V.—Cartas inéditas de María Estuardo, publicadas por el príncipe Alejandro de Labanoff.

La vida de María Estuardo es demasiado conocida para que pensemos reproducirla. Nos contentaremos,

pues, con reunir los nuevos datos, que el trascurso del tiempo y las recientes indagaciones han proporcionado sobre este sangriento drama. Destruyen algunas quimeras, y recorren muchos velos: añaden mas de una falta y mas de un crimen, a las faltas y a los crímenes de la humanidad. Pero la verdad es un culto muy noble, y la historia se revela con lentitud.

En medio de los anatemas de Buchanan y de las apologías de Brantome, elevada por los católicos hasta la apoteosis, y desgarrada, cual otra Jezabel, por los protestantes, María Estuardo no es ya en el día un personaje de la historia, es un símbolo. En ella se han analizado y completado los trabajos de dos siglos. Destruyamos esa trama popular, busquemos esos hechos que manifiestan el carácter, esos datos que atestiguan los sucesos, y esos fragmentos sangrientos ó mohosos que suelen descubrir a las pasiones. Atrevámonos a poner la mano sobre las mentiras convenidas, y no vacilemos en probar a la raza humana que se engaña con mucha frecuencia. De siglo en siglo y de año en año nacen, dominan y se hunden los sistemas: los castillos formados en el aire toman en el horizonte desmesuradas proporciones, y se presentan con hermosos y brillantes colores. Primero se los acepta y luego se los rechaza. Sin embargo, ábrese los archivos, aparecen con toda su claridad los verdaderos documentos y las correspondencias antiguas, huyen las mentiras, y los hechos ciertos van revelándose uno a uno cubiertos de polvo y medio roídos por el tiempo.

Un personaje ruso, el príncipe de Labanoff, que ha consultado con infatigable paciencia todas las bibliotecas de Europa, para buscar en ellas noticias inéditas acerca de María Estuardo; el historiador alemán Von Raumer, que publicó hace dos años los curiosos resultados de sus escudriñamientos en los archivos franceses; el español Gonzalez, que ha dado noticias nuevas y preciosas sobre el reinado de Felipe II; y en fin, un sabio escocés M. Patrick Fraser Tytler, colocado junto a las fuentes, y que ha sacado de los archivos de Londres y Edimburgo, mil pormenores, ignorados hasta ahora, relativos a la sangrienta rivalidad de dos mugeres, suministran acerca de María Estuardo y de su época, documentos de tres especies: 1.º los que presentan a Isabel como encarnizada instigadora de las guerras civiles que desgarraron a la Escocia; 2.º los que esparcen un rayo de luz, con frecuencia funesto, sobre la vida privada de María Estuardo, sus intenciones y sus intrigas; 3.º y por último, los que enlazan íntimamente el reinado, las tramas y los esfuerzos de María con la gran liga católica, cuyos motores eran los príncipes de Lorena. Estos nuevos datos prueban igual culpabilidad en ambas reinas: la una, María, ligera, apasionada, violenta; la otra, pérfida y cruel, envidiosa y sanguinaria: esta, hábil; aquella, imprudente; y las dos, sin costumbres, sin fé, sin principios, y sin escrúpulo.

Verdad es que en sus faltas, ó por mejor decir en sus crímenes, tenían participación otras muchas personas que se los aconsejaban. Ambas soberanas eran gefes de partido: María servía a sus pasiones y a la ambición de los Guisas. Isabel tenía detras de sí a todo un pueblo, y a la Europa protestante. Antes de someter a examen los descubrimientos mas ó menos importantes de que acabamos de hablar, es necesario volver a colocar bajo su verdadero punto de vista, la cuestión política de aquel tiempo, olvidada en el día.

En 1547, la reforma, sublevación del espíritu septentrional contra el Mediodía, y de la independencia



María Estuardo.

teutónica contra la fórmula católica romana, penetró en Alemania, Escocia, Dinamarca, Suecia, Suiza, é Inglaterra. Las naciones teutónicas se confederaban con ardor para aquella nueva guerra contra Roma. Considerábanla como el restablecimiento de la sencillez del culto, la proclamación de la independencia del espíritu, la reivindicación de la libertad intelectual, la insurrección evangélica contra la autoridad, la tradición y el poder: de este modo quedaban satisfechas las pasiones septentrionales. El odio a Roma existía en el fon-

do de aquel movimiento, que era muy agradable para unos pueblos rudos, originales, que hablaban la lengua de Arminio, y que se creían afortunados con poderse declarar otra vez enemigos de la lengua y de los pueblos romanos. Ya hacia largo tiempo, que guiados por la envidia censuraban a todo el Mediodía, aunque no podían menos de admirarle: aborrecían la pompa medio árabe de la España, la voluptuosidad de la Italia, y el gracejo de la Francia. La protesta contra Roma fermentaba en el espíritu teutónico, aun antes de entrar en la organización protestante. Mas cuando Lutero y Calvino sancionaron aquel odio apoyándole en el Evangelio, la escisión entre el Norte y el Mediodía fue completa, y el rompimiento muy rápido. El Norte y el protestantismo eligieron como patrimonio suyo las virtudes sencillas, el hogar doméstico, el amor de la familia, la severidad de las costumbres, la adoración íntima, la oración personal, el culto del alma, y combatieron la magnificencia exterior del Mediodía, sus ritos tradicionales, sus ofrendas populares, y sus sacrificios públicos. Cisma interminable! En esta marcha extraordinaria del Norte contra el Mediodía, del examen contra la fé, del análisis contra la síntesis, del juicio contra la autoridad, de la personalidad contra la generalidad, y de la crítica contra la tradición, marcha que todavía no se ha concluido, la Escocia desempeñó en el siglo XVI un papel terrible. Entonces fue la espresión mas vehemente del norte evangélico. Este pueblo avanzó con el estandarte de Knox, como un montañés feudal, medio desnudo y sin embargo ataviado, con la espada en la mano, rompiendo los símbolos materiales, y tiñendo con sangre el Evangelio de paz. La corrupción peor, es la que una civilización extranjera comunica a las naciones bárbaras, corrupción tan feroz como la raza inoculada, y vil como la raza corruptora. La Escocia del siglo XVI salvaje por su esencia, recibía por segunda mano los vicios de la Italia, que la comunicaban la Francia y la Inglaterra. Tomaba prestado de la civilización del Mediodía, cuanto podía convenirla, la ambición, la perfidia, y el uso del veneno cuando el hierro no era suficiente: el doblez, las intrigas y las tramas. Pero no podía imitar los vicios elegantes y voluptuosos que exigen mayor aprendizaje de las artes, y una vida menos áspera: así es que reservaba su rencor para la elegancia. Los placeres estaban condenados por aquellas mismas gentes que vertían la sangre humana, como arrojan el agua las fuentes, y que prodigaban el perjurio y el homicidio.

Tal era el estado moral de la Escocia, cuando el catolicismo romano trató de reconquistarla a mediados del siglo XVI. La empresa era árdua y difícil, porque contrariaba el espíritu mismo de la raza.

A la cabeza de aquella gran cohorte católica cuyo centro estaba en Roma se veía a los príncipes loreneses, los Guisas tan orgullosos como prudentes, poderosos, astutos y valientes. Alentados y seguidos por las poblaciones de España, de Italia, del Mediodía de la Francia, y por los habitantes de París y de la Flandes, su temible vanguardia, y por el numeroso ejército de los frailes, se apoyaban en el colegio de los cardenales romanos y en su colaborador Felipe II. A la cabeza del partido protestante no había nadie: aquella opinión no consiente un señor único. Pero a falta de un gefe tenía mil, por que sus raíces y sus ramas eran muy numerosas. La savia protestante circulaba por todas las razas germanas y penetraba en el Norte de la Francia. Guisas y representantes parciales dirigían los batallones sueltos del protestantismo Calvino en Ginebra, Hutten y Zwinglio en Suiza, y Knox en Escocia. Los campeones del Mediodía y del papa, los Guisas, tenían de su parte la ventaja que da la autoridad centralizada, regular, segura de la obediencia, y que dispone de fuerzas sabiamente disciplinadas. Pero en cambio encontraban por todas partes en el Norte de Europa, grupos resistentes y populares, pequeños centros bien organizados, y exaltados por el fanatismo: si el aislamiento de aquellos grupos era una debilidad, se hallaba compensada por la profunda simpatía de las razas del Norte con las opiniones protestantes.

Knox, el Mirabeau de la reforma religiosa en Escocia, verdadero revolucionario, mas feroz que Calvino mas indomable que Lutero, de una elocuencia dura y contundente, y de una perseverancia que nada era capaz de contener, comenzó a luchar por el Norte y el calvinismo, contra los Guisas y el catolicismo. El fue quien opuso obstáculos a la regencia de María de Lorena, madre de María Estuardo, y el que ayudado por Isabel, hizo rodar la cabeza de aquella extraordinaria y desgraciada princesa. No se ha observado como debiera este antagonismo: los historiadores no han visto segun su costumbre, mas que los intereses de cada día, y las movibles pasiones de los actores: se han detenido con asombro, a vista de los enigmas que ofrece esta época, que se explican si se coloca a aquellos personajes en su verdadero orden: aquí, a los Guisas, el papa, Felipe II, María de Lorena, y María Estuardo: allí, al amigo de Calvino, Juan Knox, y detras de él todo el pueblo: mas lejos a los señores codiciosos de esplotar los acontecimientos y de arrojar su espada en la balanza del buen éxito: en fin, a Isabel de Inglaterra, temiendo a los católicos, detestando a los Guisas, desconfiando de los calvinistas, y atizando la guerra civil en un reino que esperaba ó arruinar ó tomar.

Pero María Estuardo descuella entre todos aquellos grupos: María es el Mediodía mismo armado con sus mas poderosas seducciones, y sosteniendo contra la resistencia y la cruel severidad del Norte, el mas ini-



til y dramático de todos los combates. Acompañanla el amor, la belleza, las artes, la elocuencia, la emoción, la violencia de los instintos, la gracia de las maneras, el don de las lágrimas, y la imprevisión de las pasiones. En el espantoso choque de estos dos genios, representado el uno por Knox, hombre de corazón helado, y el otro que se resume en María Estuardo, la hija de Lorena no retrocede, ni de un dogma, de un capricho, de un deleite, ni de un crimen. En la sencilla crónica siguiente cuyos minuciosos pormenores están sacados escrupulosamente de los documentos de que he hablado, vereis cuanto escude en interés y crimen la tragedia de la humanidad á Walter Scott, Homero y Shakspeare.

En 1548, Knox, de edad de cuarenta y un años, se refugió con los gefes de la rebelion calvinista en el castillo de San Andrés. Una escuadra francesa y católica fué á cañonear el castillo. Al acercarse los enemigos, Knox elevó su voz de trueno. «Habeis sido unos pillos, disolutos, licenciosos é impíos; habeis asolado el pais y cometido asesinatos y abominaciones execrables. Os anuncio el próximo juicio del Dios justiciero, un duro cautiverio, y miserias sin cuento.» Los soldados, que estaban comiendo, continúan bebiendo y se rien de sus amenazas, confiando en que Enrique VIII no tardaria en librarlos, y en que sus fortificaciones bastarian para protegerlos. «No, no, continúa el reformador; vuestros pecados os condenan; vuestras murallas van á quedar reducidas á escombros, y vuestros cuerpos van á ser aherrojados (1).» La profecía no tardó mucho en cumplirse; fué preciso rendirse; la fortaleza quedó desmantelada, y los prisioneros con el mismo Knox, fueron destinados á remar en las galeras del rey de Francia.

En la misma época se criaba en una pequeña isla, situada en el centro del agreste lago de Menteith, una jóven heredera de la temible corona de Escocia; era María Estuardo. Su madre, María de Lorena, católica, la habia llevado al aislado monasterio de Inchmahome, para ponerla á cubierto de los peligros que la guerra civil y la rebelion protestante hacian temer en aquel miserable pais (2). «Estando su madre dándole de mamar, dice Brantome, fué á ocultarla en tierra de Escocia por miedo á los ingleses.» Mientras que el futuro propagador de la herejía calvinista remaba en las galeras de Francia, la que debía sostener contra él el combate del catolicismo, y sucumbir en él, ocultaba su cuna en un antiguo convento, en medio de un lago. Tenia cinco años y medio. Para asegurar en su frente infantil la diadema católica, los Guisas y su madre la prometieron por esposa al delin de Francia, hijo de Catalina de Médicis. El 13 de agosto de 1548, cuatro galeras, mandadas por Villegaignon, entraron en el puerto de Brest, y desembarcaron en él cuatro niñas todas de una misma edad. María Fleucing, María Seton, María Livingston, y María Estuardo. Condujose á Saint-Germain en Laye á las cuatro niñas, de las cuales una debía ser la esposa de Francisco II; la Francia, que llegó á ser de este modo la aliada íntima del partido católico en Escocia, envió tropas á la reina viuda, para sostener contra el calvinismo del Norte, el trono, la autoridad francesa y al papa. Desde entonces comenzó á desarrollarse el violento odio de la Escocia contra los Guisas, que trataron de sujetarla. Mientras que María Estuardo recibia en San German la educacion italiana que la corte de Francia amaba con pasión, y aprendia la música, el baile (3) el italiano, el latín, y el arte de versificar. María de Lorena se apoderaba de la regencia, se rodeaba de cortesanos franceses é italianos, seguia correspondencia con el papa y la España, y procuraba evitar á fuerza de destreza, prudencia y penetracion, el descontento que escitaba en derredor suyo la invasion de la política meridional. Su gran talento, la benévola calma de su espíritu, y el conocimiento que habia adquirido de las costumbres escocesas, salvaban lo presente y ofrecian garantías de seguridad para el trono; hija de la casa de Guisa, enlazada con la de Francia y aliada del papa y de la España, desplegó en situacion tan difícil una rara habilidad. Knox se escapó de las galeras de Francia, volvió á Inglaterra en 1550; prestó su cooperacion al reformador Cranmer, y despues de permanecer algunos meses en casa de su colaborador Calvino, regresó á Escocia, que en 1553 encontró mas decidida que nunca á continuar la obra de la reforma. Una conmocion protestante fué uno de los primeros espectáculos que presenció: «He visto, dice en sus memorias, hecho pedazos por el suelo al ídolo de Dagon (el crucifijo); sacerdotes y frailes, que huían á todo correr; mitras y báculos episcopales rotos; sobrepellices por tierra, y solidos hechos trizas. Frailes descoloridos de tanto abrir la boca, otros negros de tanto inflar sus carrillos, y sacristanes que temian el volar como cornejas. Y dichosos los que podian llegar á su casa, porque jamás se ha visto un terror pánicosemejante entre esa generacion del Antecristo (4).» Esta especie de sarcasmo revolucionario, era una advertencia para los Guisas y sus amigos, pero fué despreciada. Una muger de un verdadero talento, y cuya

penetracion corria parejas con su audacia y su astucia, Isabel, protestante, pero mas ambiciosa que protestante, acababa de subir al trono de Inglaterra, en el que reemplazó á la católica María Tudor. La conspiracion del Norte reformado iba ganando terreno no solo entre el pueblo, (la autoridad del protestantismo no se habia puesto nunca en duda) sino tambien en los palacios. El ejército católico y sus gefes los Guisas redoblaron sus esfuerzos.

«María completaba su educacion italiana en el Louvre y en San German.» A la edad de trece ó catorce años, dice Brantome, sostuvo públicamente en los salones del Louvre una tesis con la que se propuso probar que es muy decoroso y conveniente á las mugeros el estudio de las ciencias. Ved que cosa tan rara y admirable... y se hizo tan elocuente como si hubiese nacido en la misma Francia. Todos los dias destinaba dos horas para el estudio y la lectura. María no era únicamente sabia: era ademas hija de los Guisas, de quienes Castelnau ha dicho: «que sus designios fueron inmensos, y que solo consiguieron hacer bambolear á la Europa, arruinando su casa.» La primera aparicion de María Estuardo en la historia, el primer rasgo de su carácter, la descubren completamente: violencia, instinto é impotencia para dominar la emocion. Con aprobacion de su tio, tomó el título y las armas de Isabel, reina de Inglaterra. Knox y los calvinistas acrecentaron su poder. Isabel envió á Francia á su embajador Throckmorton, para invitar á María á que ratificase el tratado de Edimburgo que destruía las pretensiones de María á la corona de Inglaterra. He aqui lo que le contestó la reina de diez y seis años. «Mis súbditos de Escocia se conducen muy mal: me llaman su reina y no me tratan como tal. No ratificaré ese tratado y enseñaré su deber á mis escoceses.» Throckmorton que refiere estas palabras en una carta á Isabel (1) dice que la indignacion de María era estremada. «Señora, contestó el embajador, siento que no queráis renunciar á usar abiertamente el escudo de armas de mi soberana; y ciertamente no podrá menos de concebir sospechas acerca de vuestra buena voluntad con respecto á ella.—Mis tios, replicó, han contestado ya á este particular. No quiero escucharlos.»

Isabel no lo olvidó. Esta conversacion que no reproducimos entera, manifiesta demasiado ardor y una firmeza apasionada en aquella muger de diez y seis años. Murió Francisco II, y apenas hubo cumplido sus últimos deberes con aquel marido adorado, volvió á recobrar su valor: veíase reina, viuda y uno de los instrumentos necesarios al partido á que habia consagrado su vida. En la correspondencia manuscrita de Throckmorton, no puede menos de causar admiracion, la singular energía é infatigable actividad, con que apenas quedó viuda dispuso sus planes, dió sus audiencias, multiplicó su correspondencia, y desde los primeros dias del luto, se dedicó enteramente á la empresa que se proponia: la restauracion del poder real y del catolicismo en Escocia. Ha querido formarse de ella una poetisa: era una reina. Los versos suyos que nos restan, no valen mucho mas que los sonetos de su temible y pérdida rival.

—Si mis vasallos no se mantienen tranquilos, decia Isabel en uno de aquellos malos poemas, sabré muy bien hacerles saltar la tapa de los sesos, *Vil untup their heads*, lo cual es un poco fuerte para un soneto. Tampoco se encuentra mas poesia en los versos que María Estuardo compuso á la memoria de su primer marido Francisco II: la espresion es dura, y el pensamiento vulgar.

En mi triste cancion  
Con tono lamentable,  
Fijo siempre la vista  
En mi pérdida incomparable,  
Y entre ayes y sollozos  
Paso unos años harto dolorosos.

Estas rimas bárbaras no pueden compararse á los encantadores ensayos de Luisa Labé, la cordelera Lyonesa. Isabel y María marchan directamente á la accion, sin detenerse en el pensamiento. La estrofa siguiente no es tampoco una composicion muy elegante.

¿Acaso hay mas desgracia  
Destino cruel impio?...  
¿Ni dolor tan intenso  
Que igualar pueda al mio?  
Ver á mi bien, mi alma  
En el féretro frio...

En las otras nueve estrofas se advierte mucha pretension y esfuerzo. Solo una que espresa claramente, no un sentimiento sino una sensacion, puede pasar.

Si buscando el reposo  
Me acuesto en blando lecho  
Su voz y hasta su tacto  
Me siguen en mi sueño.  
Do quiera que me encuentre  
Conmigo está mi dueño.

Isabel y María Estuardo no son almas poéticas. La poesia se rodea de visiones que hacen olvidar los ma-

(1) Archivos de Inglaterra: Throckmorton á Isabel, 17 de noviembre de 1563.

les terrestres, y se adormece y descuida los asuntos de este mundo, feliz con las ficciones que la mecen. Para su riqueza basta la llave de oro que la abre un cielo de encantadoras ilusiones, lejos de este globo y de sus intereses borrascosos. No son los poetas, sino otros espíritus ambiciosos y activos, los que con nada se contentan mas que con el poder, la dominacion y la opulencia. Necesitan un objeto palpable, viven del movimiento positivo y de la pasion real: no se remontan de la tierra, se adhieren, se encadenan á ella, y la satisfaccion de su egoismo bajo la forma de victoria ó de placer, concentra todos sus pensamientos. La verdadera María Estuardo, que veremos bien pronto, no la de la tradicion, no la víctima débil y voluptuosa de la leyenda popular, ni la víctima santa de Brantome, ni la Mesalina de Buchanan, sino otra María, la de las actas y de los hechos, la que sentia circular por sus venas la verdadera sangre de los Guisas, la altiva hija de Lorena, la discípula de Catalina de Médicis, llena de ardor y de energía, esclava de su instinto, incapaz de dominar sus pasiones, que no veia los obstáculos y marchaba derecha al precipicio infatigable en sus intrigas, irreducible en su obstinacion, atractiva, elocuente, vana, franca, intrigante, imperiosa, urdiendo con sus propias manos la trama que debía perderla, viéndose el abismo y lanzándose en él; siempre arrebatada y arrebatadora, seductora y seducida, es indudablemente tan interesante como un poeta.

(Se continuará.)

## Luneville.

ESTANISLAO LECKZINSKI.

En el camino de París á Estrasburgo, un poco mas allá del Meurthe y del Vezouze, y á unas seis leguas de Nancy, se encuentra la bonita ciudad de Luneville, con sus anchas calles, rectas y bien edificadas. Luneville es célebre por el tratado concluido en 1801 entre Francia y Austria, y por la residencia que hizo allí Estanislao Leckzinski, ex-rey de Polonia, suegro de Luis XV, aquel príncipe que por la dulzura de su gobierno y por sus novelescas aventuras ha vivido en la memoria del pueblo de Lorena.

Si ha de darse crédito al testimonio de algunos autores antiguos, Luneville debe su nombre al culto de la luna ó de Diana que celebraban allí en otro tiempo (Lunavilla). De cualquier modo que sea, parece que en el siglo XI no era mas que una aldea, que llegó á ser andando el tiempo cabeza de partido de un condao importante, y luego se trasformó en una pequeña plaza fuerte. A principios del siglo último, Leopoldo, duque de Lorena, embelleció este sitio de una manera notable, y trazó algunas calles con bastante regularidad, y edificó un hermoso palacio que se halla convertido hoy en un magnífico cuartel de caballería. (Véase el grabado).

Despues de Leopoldo, los duques de Lorena hicieron de este palacio su residencia, y cuando Estanislao tomó posesion del ducado, vino á habitarle á su regreso. Los servicios hechos á la Lorena por este príncipe amable y benéfico, el brillo que apareció en su corte, la dichosa influencia que ejerció sobre los talentos, han dejado huellas imborrables en la memoria de los habitantes y no nos permiten separar su historia de la de Luneville.

Las desgracias de este príncipe se ligan fácilmente con la historia de las invasiones de Rusia; invasiones contra las cuales la Polonia ha luchado mucho tiempo y que al fin la han devorado. Descendiente de una de las primeras familias de este desventurado pais, Estanislao Leckzinski fué proclamado rey de esta república por la dieta de Varsovia, despues de la decadencia de Federico Augusto, elector de Sajonia: este príncipe habia sido elegido siete años antes; pero su alianza con el czar Pedro el Grande le habia hecho odioso á los suecos. Instruido en las letras y en las ciencias, elocuente Estanislao en las asambleas de la dieta, habia fijado las miradas de la nobleza polaca, y el apoyo del rey de Suecia, de Carlos XII, implacable enemigo de Pedro el Grande, habian determinado su elevacion al trono de Polonia.

Ademas del apoyo de la Rusia y de los recursos que sacaba de la Sajonia, sostenido por un partido poco numeroso en Polonia, Federico Augusto no habia renunciado todavía á la corona: luchó con las armas en la mano durante algun tiempo; fué batido él y sus aliados los rusos, y en fin perseguido hasta en el interior de la Sajonia, por lo cual reconoció la eleccion de su rival y abdicó en su favor.

Pero la principal cuestion no se disputaba entre estos dos pretendientes: encima de la esfera en que se agitaban campeaban los dos genios rivales, Carlos XII y Pedro el Grande; el primero no pretendia nada menos que la conquista de Rusia, y el segundo proyectaba ya la inmensa estension de este naciente imperio. La Polonia era uno de sus campos de batalla; el protegido del czar abandona la empresa, este imagina separar tambien por la dieta polaca al protegido del rey de Suecia, y al instante entra en Polonia á la cabeza de un ejército de sesenta mil hombres, convoca las asambleas de la nacion, y en efecto, la dieta excluyó á la vez á Augusto y á Estanislao, al primero por causa de su abdicacion, y al segundo por algunos motivos frívolos acerca de su eleccion, que dan una idea muy mala de la civilizacion de la Polonia: la

(1) Anderson, *Ms. History*, tomo 11, pág. 94.

(2) *State papers office Glencairn to the Protector*, 23 de octubre de 1547.

(3) Carta de Enrique II á M. de Humieres, Museo británico, coleccion de Egerton, número 2.—10 de enero de 1549.

—Primo mio, porque el dador de esta es buen bailarín, y según mi corto entender me parece bueno y honrado, he decidido nombrarle maestro de baile de mi hijo el delin, é igualmente de mi hija la reina de Escocia, etc.

(4) Knox, página 104.



eleccion, decian los enemigos de Estanislao, se ha ejecutado en sábado, día fatal para la Polonia, y despues de haberse puesto el sol, que es un signo de mal agüero.

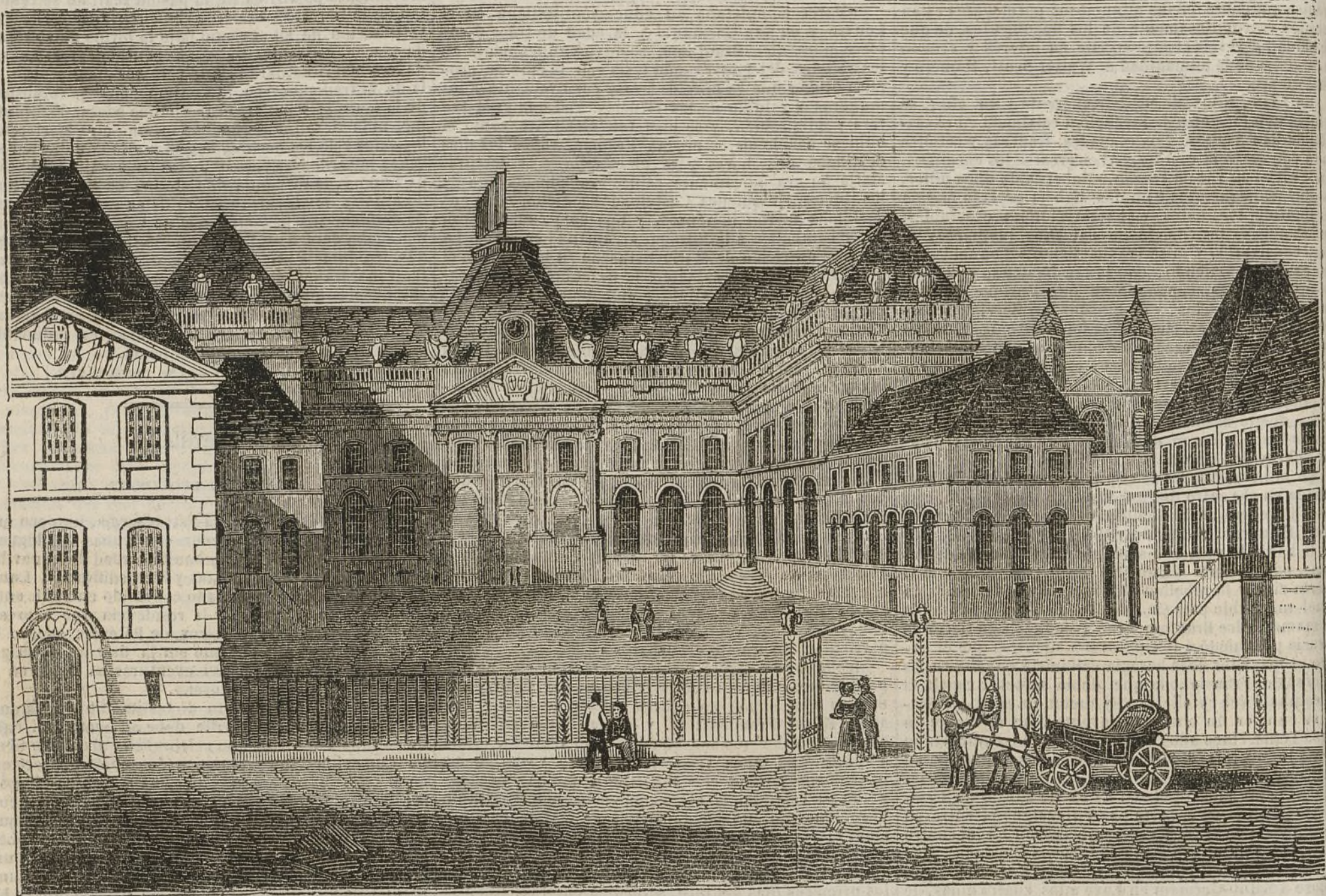
Una vez declarado el interregno, los rusos devastaron el pais, pero tambien Carlos XII dió á Estanislao soldados, dinero y á su mejor general Reuscheld, vencedor de los rusos con tanta frecuencia. Merced á las balas suecas y á la seducción de su carácter, Estanislao

La derrota de los suecos, hizo vacilar nuevamente el trono de Estanislao, quien ofreció á la dieta polaca descender del trono si el bien de su patria lo exigia; pero la dieta rechazó su abdicacion, y Estanislao entró de nuevo en campaña contra los rusos, los sajones y los daneses reunidos.

Aquí comienzan á aparecer las páginas mas dramáticas de la vida de Estanislao. Carlos XII se habia retira-

un disfraz hácia el principado de Dos Puentes, que Carlos le cedió y donde fué instalado por Poniatowski.

Apenas se estableció en su nueva residencia, donde llamó á toda su familia, cuando Estanislao experimentó nuevas inquietudes: algunos asesinos atentaron contra su vida; tiraron á su carruaje varios tiros de pistola; el principal agente de esta conspiración



Vista del palacio de Luneville.

purgó su pais de cosacos y se conquistó nuevos partidarios; todo en él presagiaba un porvenir dichoso y un reinado apacible; pero hubiera sido preciso que el

do á la sazón á Turquía; Estanislao le escribió suplicándole permitiese entrar en acomodos con su rival Augusto, y el rey de Suecia habiéndose manifestado muy escandalizado por este acto de debilidad resolvió Estanislao pasar á Turquía para hablarle. Se escapó una noche de su campo, seguido solamente de dos oficiales. Estanislao llega á Jassy, y se presenta al comandante como oficial francés al servicio del rey de Suecia, y añade en cuanto á su grado, *major sum.*—*Imo maximus es,* responde el comandante, que le conocia, y le cuenta la trágica aventura de Carlos XII. Estanislao ignoraba que su aliado, abandonado por la Puerta, se hubiese batido solamente con sus criados, contra todo un ejército turco, y que estaba prisionero: se apoderó igualmente de él, pero bien pronto la Puerta le puso en libertad y le trató con decorosa magnificencia; ademas el sultan mandó que se le diesen ochenta mil hombres para llevarle á sus estados y que un ejército mas numeroso todavía estuviese dispuesto á marchar poco tiempo despues bajo las órdenes de Carlos XII; pero en el momento en que ambos prisioneros fugitivos iban á emprender el camino con dirección á sus estados con tan respetable séquito de otomanos, la Puerta cambió de resolución. El embajador de Pedro el Grande habia seducido al gran visir; y Estanislao se vió á obligado á devorar su pesar por espacio de nueve

logró escaparse, y el príncipe perdonó á sus cómplices. Muere Carlos XII, y Estanislao se ve obligado á evacuar los Dos Puentes y á buscar otro asilo. El duque de Orleans, regente de Francia, permitió al ex-rey que se retirase á Weissemburgo, y le ofreció una guardia de honor, que éste rehusó, no queriendo, decia, para guardarle mas que el honor y el afecto de los franceses. En Weissemburgo, Estanislao fué tambien perseguido por sus enemigos, los que proyectaron en-



Estanislao Leckzinski.

rey de Suecia consintiese en vivir apaciblemente en medio de sus súbditos, y los consejos de Estanislao no pudieron impedir á su bullicioso aliado, que se lanzase en Rusia. Se sabe la desgraciada consecuencia de esta invasión á la cual puso fin la batalla de Pultava.

En fin, fatigado con tantos trabajos y desgracias, Estanislao renunció á ganar su corona con las armas en la mano; dejó al infatigable Carlos, el cuidado de conquistar sus estados, y partió de incógnito, bajo



Maria Leckzinski.

venenarle con tabaco, y faltó muy poco para que este complot no se ejecutara.

No era necesario tanto para abatir el ánimo de un príncipe tan bueno; Estanislao cayó en un desaliento tal, que le puso á las puertas del sepulcro, cuando



de pronto Luis XV, rey de Francia, le pidió á su hija Maria Leckzinska en casamiento; esta union parecia asegurar su quietud; dichoso con la fortuna de su hija, rodeado de todos los honores debidos al padre de un poderoso soberano, Estanislao debia prometerse una vejezenta de zozobras, cuando la muerte de Augusto, quien habia despues de él ocupado el trono polaco, despertó las esperanzas de sus partidarios, y decidió la corte de Francia armar una expedicion en favor suyo. La Rusia se manifestaba vigilante en los mares, y esperaba sepultar á Estanislao en la travesia; recurrieron al ardid; la familia real condujo á Estanislao hasta Berny, y se despidieron de él; despues, un caballero francés, que se parecia un poco al rey de Polonia, endosó su traje, se puso otro en su lugar, y se embarcó en Brest. Durante este tiempo, el verdadero Estanislao acudia á su puesto, bajo otro nombre, ciñendo un ropage modesto, y pasó á Polonia no sin experimentar bastantes dificultades.

Demasiado débil para resistir á los suecos y á todos sus enemigos, Estanislao no podia mantenerse en campaña, y se encerró en la ciudad de Dantzic, con una guarnicion bien decidida, esperando la llegada de la expedicion francesa; mas esta expedicion faltó á su compromiso, y á pesar de todo el valor de los habitantes de Dantzic, llegó el momento en que Estanislao se vió obligado á desalojar la plaza.

Este nuevo viage, fué todavía mas penoso y mas lleno de aventuras que los demas. Corriendo al través de los campos con dos oficiales de su comitiva, precisado á desviarse de los caminos reales y á caminar de noche por sitios pantanosos ó pedregosos, temiendo ser descubierto y entregado á los enemigos, tuvo necesidad de buscar un refugio en una casa de pobre apariencia, cuyo dueño le conoció, pero no le hizo traicion. Estanislao ha dejado una relacion de su fuga de Dantzic, que está llena de interés.

Ningun rey de Francia podria ponerse en parangon con él. Se ocupó del bienestar de su pueblo, de su porvenir; creó una multitud de instituciones caritativas para los ancianos, para los niños, para los enfermos, para los pobres, sostenidas con los ahorros de su módico tesoro; levantó monumentos, dió impulso á las letras, á las ciencias, á la agricultura, al comercio, y dió el ejemplo de las virtudes cristianas. Nancy le debe los monumentos de sus plazas y de sus fuentes, que hacen de ella una de las mas bonitas ciudades de Europa; allí fundó una rica biblioteca, un jardin botánico, y lo que es preciso no olvidar, una academia bastante distinguida para que los primeros escritores del siglo tuviesen á gloria el ser miembros de ella.

En su palacio de Luneville, donde residia, se veia rodeado de una brillante corte, á la cual pertenecian los talentos mas distinguidos. Voltaire se presentó en ella y fué muy bien acogido por el rey, quien despues se alejó de él por causa de la vanidad, un tanto arrogante del filósofo, que llegó á ponerse intolerable.

En medio de toda su felicidad, Estanislao no podia creer que su vida debiese concluir sin un nuevo accidente. «Despues de tantas desgracias, decia riéndose á sus servidores, no me queda mas que morir quemado.»

El anciano hablaba con mas exactitud de lo que pensaba. El 9 de febrero de 1766, habiéndose acercado mucho á la chimenea en su palacio de Luneville, el fuego prendió en su bata, y habiéndose inclinado para apagarle, cayó, y en su caída, su brazo da contra un leño encendido; el rey tenia entonces cerca de noventa años. Bien por efecto del mucho dolor, bien por la debilidad consiguiente á sus muchos años, no pudo ni levantarse ni pedir socorro. El olor que al punto cundió á carne quemada, llamó la atencion de un guardia de corps, colocado de centinela á unos ochenta pasos de distancia; y no determinándose á entrar en

dos los habitantes de ambos ducados. Los caminos se cubrieron de gentes de las aldeas y de las ciudades, que venian de todas partes, y muchos despues de haber andado quince leguas á pié, para saber, en el mismo Luneville, el estado de este príncipe tan amado, cuyo palacio cercaban dia y noche.

En fin, Estanislao espiró el 20 de febrero de 1766. Despues de la muerte de este príncipe, se recogieron y publicaron en algunos tomos sus obras completas, escritas en francés, y entre las cuales se leerán siempre con gusto las *Memorias acerca de las constituciones de un estado libre*. I. A. B.

## SEMANA INDUSTRIAL.

### Observaciones

#### ACERCA DE LA SARDINA Y DE LA ANCHOA.

Las sardinas se asemejan mucho á los arenques, y por eso las vemos colocadas en el mismo género que estos últimos; pero este pez es mas pequeño y mas estrecho; su mandíbula inferior, mas avanzada que la superior y encorvada en la parte de arriba; su cabeza es puntiaguda, bastante gruesa y á menudo dorada; su frente negruzca, sus ojos grandes, sus opérculos argentados y su lomo un poco azulado. Las sardinas son muy numerosas; bogan juntas en escasesivo número como los arenques, y se las encuentra en el Océano Atlántico boreal, en el mar Báltico y en el Mediterráneo. Parece que se encontraron por primera vez en las costas de la Cerdeña, y de aquí aseguran que procede el nombre que llevan; pero no son bastante



Preparacion de las anchoas.

Despues de esta última prueba, este príncipe renunció enteramente el trono de Polonia, y un convenio concluido entre la Alemania y la Francia, le cedió por via de indemnizacion, y conservándole el título de rey de Polonia, la posesion en vida del ducado de Lorena y de Bar, cuyos ducados vendrian á ser, despues de su muerte, una parte de Francia que los habia conquistado tres años antes.

La existencia de Estanislao, hasta entonces tan borrascosa y tan llena de incidentes desagradables vino á ser dichosa y apacible; todo cuanto su buen natural, su brillante educacion y la esperiencia que habia adquirido podian sugerirle de bueno y generoso, se reveló durante el periodo de treinta años que reinó en la Lorena.

al aposento del rey á causa de la consigna que tenia, llamó á las gentes de servicio que se habian ausentado de la antecámara. Durante todo este tiempo, el anciano príncipe sufría horribles torturas, y cuando acudieron se encontraron dos de sus huesos calcinados, y una gran parte de su cuerpo trasformada en una horrible llaga. El rey sobrevivió quince dias á este horroroso suplicio; á pesar de sus horribles sufrimientos se mostró tranquilo, resignado, piadoso y hasta amable con las personas que le asistian y le visitaban, y aun en las cartas que mandó escribir á su familia.

Los habitantes de Luneville, de Nancy, de Bar, de Epinal y de toda la Lorena, refieren todavía, como si ellos hubiesen sido testigos, el dolor profundo de to-

abundantes allí para pensar que es á su número en estas costas al que se debe su denominacion.

Durante tres estaciones del año las sardinas se mantienen en el fondo del mar; pero en otoño se aproximan á las costas y entonces los pescadores verifican su recoleccion, que llega á ser muy lucrativa.

Con este objeto echan sus redes á largas distancias cuyas mallas son mas cerradas que las de las redes destinadas á la pesca del arenque. Atan piedras en el extremo inferior y otros cuerpos pesados, para que la red descienda lo mas hondo posible; la parte superior, al contrario, se mantiene en la superficie del agua con ayuda de toneles vacios. Se advierte la presencia de la sardina en las costas por la nube de aves marinas que acuden á cazarlas, y entonces es cuando se echan



las redes, pero se procura que sea mas bien de noche, porque la pesca es mas abundante que de día; los pescadores por consecuencia encienden linternas ó fogatas, lo mismo en la orilla que en las barcas, y las sardinas acuden en multitud hacia las luces, y al punto son cogidas en las redes.

De todas las costas de España, las de Galicia son las mas abundantes en sardinas, y por eso la pesca de estos animales es para los habitantes de aquellos países un manantial de riqueza.

Luego que se ha levantado la red que contiene la sardina, hay precision de salarlas al momento, y aun antes de llegar á tierra, pues es de todos los peces el que esta dotado de menos conservacion; al momento que sale del agua, muere, y no tarda en ser atacada por la putrefaccion; es verdad que la acumulacion de cantidad de individuos facilita hasta cierto punto esta tan grande descomposicion, y por esta misma razon los pescadores tienen cuidado á medida que vacian las redes, de llenarlas de sal con abundancia, y á pesar de esta precaucion, son susceptibles de echarse á perder con mucha facilidad.

Las sardinas se preparan como los arenques, salándolas y ahumándolas. Las sardinas del Norte son mucho mas estimadas, porque en la salmuera se añaden aromas y especias que las dan un gusto muy agradable al paladar; pero estas sardinas no se conservan mucho tiempo. Suponen, no sin razon, que se echan menos á perder cuando se las oprime un poco, de manera á hacer que esprima un género de aceite que puede arder ó emplearse para los cueros.

Estos peces se alimentan de pequeñas moléculas de pequeños crustáceos y de otras materias alimenticias que contienen los mares, lo cual los hace permanecer muchos meses en las costas, y por eso los pescadores procuran retenerlos allí lo mas posible, echándoles una composicion conocida bajo el nombre de *caviar* hecha con huevos de otros peces.

Es de sentir que las sardinas no puedan conservarse frescas, pues su carne es muy delicada, mucho mas aun que la de los arenques, cuando ha sido salada y ahumada, llega á ser muy pesada y de una digestion menos fácil.

Existe otro pez, que aunque de distinto género, tiene sin embargo cierta semejanza con el descrito mas arriba. Este pez es la anchoa, bastante conocido en casi todas las partes del globo, de color oscuro, verdusco en el lomo y nacarado en el vientre; tiene unas seis pulgadas de longitud todo lo mas; sus escamas están tan unidas y aplastadas al cuerpo, que parece que no las tiene.

Las anchoas viven reunidas en todos los mares de Europa, y por la primavera se presentan en las costas; se pesca gran cantidad de ellas, especialmente en el Mediterráneo; lo mismo que para la sardina, la oscuridad de la noche es muy conveniente para ejecutar su pesca, la cual se practica de la siguiente manera: los pescadores llevan á dos leguas de distancia hornillas en las cuales encienden fogatas que mas bien alumbran que calientan, y las anchoas, igualmente que las sardinas, atraídas por esta luz, se aproximan á ella en grande multitud, y los pescadores las envuelven por medio de una inmensa red; apagan la lumbre y baten el agua; el pez asustado, huye por todas partes y se prende en las mallas de la red.

Para salar las anchoas, los pescadores las cortan primeramente la cabeza, que pasa por ser naturalmente amarga; luego las vacian, las lavan y las arreglan simétricamente en los barriles dispuestos con sal. Los pescadores del Norte cambian de salmuera por tres veces, y por eso las anchoas que ellos preparan son menos acres que las procedentes del Mediodía.

La carne de la anchoa escita el apetito y facilita la digestion. Este pez ha llegado á ser uno de los ornamentos mas indispensables de las mesas bien servidas. Muchos pueblos de la antigüedad hacian poco caso de ella. Este pececito se pesca con mas abundancia en las costas de Génova, de Cataluña y de Provenza. Con las anchoas en salmuera era con lo que se componia el *garum*, aquella salsa tan estimada de los griegos y de los romanos.

Las mejores anchoas son pequeñas y tienen el lomo un poco redondo, cuya forma las distingue de las sardinas. El grabado que acompañamos á este artículo, indica de qué manera preparan las anchoas los pescadores sicilianos.

## SEMANA LITERARIA.

### LA VENGANZA DE LOS DIFUNTOS.

NOVELA FANTÁSTICA.

(Conclusion.)

VI.

Leonor encuentra la tranquilidad.

Don Cristóbal y Leonor habian alquilado una casita en la isla, no lejos de la del padre Sulzer, con quien ya les unian relaciones de amistad. Allí vivian perfectamente felices. Don Sebastian les enviaba sus

rentas por trimestres, y esto que en cualquier otra ciudad seria insignificante, los constituia en Reichenau en una verdadera opulencia, que les dejaba un residuo de que Leonor disponia para sostener algunas familias pobres. Lo necesario les costaba poco, y sus placeres nada. Estas diversiones consistian en la lectura, el paseo y la música. Con mucha frecuencia iban á sentarse al pie de una gran cruz colocada en el punto mas elevado de la isla en medio de las viñas. Desde lo alto de aquella especie de mirador gozaban de la mas hermosa vista; dominaban todo el lago, á cuya estremidad por la parte del Mediodía se descubrian las torres de Constanza inundadas de luz, que parecia una ciudad fantástica perdida entre las nubes: por el otro lado descollaban sobre un fondo claro algunos palacios ó castillos feudales, suspendidos como nidos de buitres en aquellas escarpadas montañas, que se llaman en aleman, el Monte de las Grullas, y los Montes Gemelos: en frente se desplegaban por la ribera risueñas colinas, y en último término á larga distancia se elevaban muchos ventisqueros, cuyas colosales cimas, deslumbrantes con la blancura de la nieve, parecian confundirse con el cielo. Aquella cruz era el punto predilecto de sus paseos bien al rayar la aurora, bien al ponerse el sol. Sentados en un banco de madera, y rodeados de aquella naturaleza tan variada como apacible, se complacian en recordar sus aventuras, y concluian por dar gracias á la providencia que les habia inspirado la idea de ir á refugiarse á la Tierra Santa. Algunas veces llevaban una guitarra, y se divertian en cantar canciones españolas como boleros, tiranas, y seguidillas, entre las que es de suponer que el *marinero del alma*, no se quedaría olvidado. Leonor gustaba tambien de imitar las melodias árabes que las gitanas suelen entonar en los pueblos, á las puertas de las posadas, y que se conocen en España con el nombre de *cañas*. Son unas coplillas tristes, mezcladas bruscamente con algunas notas rápidas á voluntad de la cantora; y ese canto cuyo carácter distintivo es la tristeza ardiente y apasionada, ese canto caprichoso desprovisto de rima ó cadencia, imposible de reducir á notas musicales, se prolonga indefinidamente, variando siempre sobre dos ó cuatro medidas de un acompañamiento invariable y monotonó: ó por mejor decir, no es un canto, son sollozos, gritos, suspiros y aun risotadas, en una palabra, una cosa que conmueve el alma, y de que no puede formarse una idea el que no la haya oido. La hermosa voz de Leonor, ayudada por su esquisito gusto, hacia sentir todas aquellas emociones con un acento irresistible. Los que trabajaban en las viñas se detenian á escuchar, y despues de un minuto ó dos de suspension, volvia á emprender su interrumpido trabajo, diciendo: «Esos son los españoles.»

Don Cristóbal habia sido muy apasionado por la botánica, y aquella aficion se despertó con una vegetacion que le prometia satisfacerla cumplidamente. Don Cristóbal y el canónigo Sulzer, que á pesar de su avanzada edad estaba todavia robusto y ágil, hacian largas escursiones por la isla, y por los terrenos inmediatos. Leonor los acompañaba al principio, pero el nacimiento de un hijo imponiéndola nuevos deberes, la impidió el buscar distracciones fuera de su casa. Todos los placeres se hallaban reunidos para ella en derredor de su cuna: en ella se habia fundado una familia: el virtuoso Sulzer habia sido el padrino del pequeño Carlos, y el buen anciano estaba loco con su ahijado. Debemos renunciar á describir la triunfante alegría de don Cristóbal: el nacimiento de aquel niño, era, como decia el P. Sulzer, una bendicion visible del cielo, que le enviaba á sus padres como una prenda de perdon, y la promesa de una larga felicidad para el porvenir.

En la época á que hemos llegado, el niño Carlos tendria unos diez meses, y ya andaba. Una mañana, le llevó su madre á un cercado que habia junto al testero de la iglesia, á donde iba con frecuencia á tomar el sol, resguardada con los estribos ó machones del coro, con un libro ó su labor en la mano mientras el niño jugueteaba entre la yerba y cogia florecillas. Aquel sitio parecia haber servido de cementerio á los antiguos monges, por que todavia se veia alguna losa sepulcral colocada á nivel del suelo, y cuya inscripcion habia borrado el musgo. Aquel día, pues, Leonor en ausencia de su marido que herborizaba con Sulzer, se hallaba en su retrete, como ella le llamaba, tenia á su hijo en su falda y le hacia jugar, cuando oyó que la llamaban á voces desde la puerta de la cerca. Reconoció la voz del mensajero que traia las cartas de Constanza: como esperaba noticias de don Sebastian, dejó el niño en el suelo, y corrió hacia donde habia oido la voz. Efectivamente era una carta, pero en cuanto la pobre señora fijó su vista en el sobre y reconoció la letra, se puso pálida y temblaba de tal modo, que tuvo que apoyarse en la pared. Tardó algun tiempo en abrirla porque la parecia que aquel siniestro papel no contenia mas que dolores y amargura, mas decidiéndose al fin, vió que decia:

«Sobrina mia (aunque seas indigna de este nombre).

«Habeis manchado el honor de nuestra familia.

«Habeis abandonado y sumido en el dolor al que os habia criado y hecho las veces de padre.

«Habeis hecho traicion á vuestro Dios!..

«No os lisongeis con que tantos crímenes quedarán impunes.

«La providencia no ha querido que dejase la vida antes de descubrir el asilo en donde ocultais vuestra

ignominia. He aqui mi última voluntad. Confio al cielo el cuidado de ejecutarla.

«Vos, vuestro cómplice y vuestros hijos si los teneis, ¡sed malditos! Os envío mi maldicion como sacerdote y como padre: os la envío desde mi lecho mortuario. Cuando leais estas líneas, último esfuerzo de mi desfallecida mano, ya no existirá y habrá comenzado mi venganza; por que los muertos se vengán, Leonor!.. Ya lo experimentaréis. Adios.»

Al concluir esta horrible carta, Leonor sintió que se le turbaba la vista, y estuvo algunos instantes sin distinguir ni oír nada, anonadada y próxima á desmayarse. Sin embargo poco á poco fué recobrando la respiracion, sus lágrimas la aliviaron, y trató de andar. Su mirada fija en la tierra estaba oscurecida por el llanto, y llegó maquinalmente al sitio en donde habia dejado al niño. De repente le vió tendido en el suelo, inmóvil, con sus bracitos estendidos y la boca abierta, de la cual salia el rosario que su madre le habia dejado para jugar. La pobre criatura se le habia llevado á la boca y tragado las primeras cuentas: estaba ahogado. Aquel rosario era el de sor Dorotea, cuidadosamente conservado por Leonor, para que la *hiciera feliz*.

Los gritos y lamentos de la desgraciada madre, atrajeron alguna gente. Todos se apresuraron á socorrer al niño; pero se reconoció que el socorro era ya inútil. En cuanto adquirió aquella horrorosa certidumbre, Leonor cayó sin movimiento en el suelo al lado de su hijo. Si llegando alguno de pronto, se le hubiese preguntado cuál de aquellos dos cuerpos era cadáver, no lo habria podido distinguir. Lleváronse á ambos á su casa. Don Cristóbal que volvia con Sulzer, viendose de lejos que la multitud se dirigia hacia su casa, corrió á ella, y al llegar, creyó que un mismo golpe le habia privado de su esposa y de su hijo.

Leonor solo recobró el sentido para dar á conocer que habia perdido la razon. Durante ocho dias tuvo una calentura ardiente acompañada de un continuo delirio. En aquellos arrebatos pedia á su hijo, y exigia que se lo llevasen: le oia llorar en la pieza inmediata. Le hablaba, procuraba acallarle diciéndole las mayores ternezas, y se enfurecia contra los malvados que la separaban de él. Otras veces, veia á su tío á su lado. Entonces, prestándole fuerzas la enfermedad, se ponía de rodillas sobre su cama, y juntando las manos convulsivamente, suplicaba al arzobispo que la perdonase. «¡Tío mio!... ¡Tío mio!...» gritaba, retirad vuestra mano, volvedme á nuestro Carlos, vos os le habeis llevado, bien lo sé, vos le habeis ocultado en vuestra tumba. Dejádmele huscar: estoy segura que le encontraré. ¡Oh!... ¡mi buen tío!... os amarémos tanto!... ¡Ah!... ¡mirad á mi tío que nos va á bendecir!... ¡Oh cielos!... me hiere, me maldice, me aterra... Tío mio, tío mio... ¡Perdon!... ¡retirad vuestra mano!...»

A estas crisis sucedian horas de abatimiento en que la enferma parecia completamente inerte. Don Cristóbal velaba incesantemente á su cabecera y desplegaba una fortaleza de alma y una presencia de ánimo increíbles. El médico que se habia hecho venir de Constanza, era un práctico hábil y experimentado, pero toda su habilidad y su esperiencia eran ineficaces: no sabia que decir.

Sin embargo, el noveno dia concibió algun vislumbre de esperanza: la calentura disminuyó por sí misma, y por primera vez Leonor reconoció á su marido. Aquel estado se sostuvo dos dias, y se trató de darle algun alimento: se prestó á ello, y la tentativa salió bien. Don Cristóbal, que se hallaba preparado para un segundo sacrificio, sintió una alegría tan viva, como si no hubiese sufrido ninguna pérdida. Ante la idea de conservar á Leonor, desapareció la de la muerte de Carlos. Tal es la pobreza y la estrechez del alma humana, que un solo sentimiento, un solo poder la absorbe enteramente: ¡esto sucede á casi todos con frecuencia!...

La tarde del segundo dia acababa de retirarse Sulzer, seguro, decia, de la convalecencia de Leonor, la que la asistia habia ido á descansar algunos momentos, y solo don Cristóbal velaba al lado de la enferma. Estaba medio incorporada y medio tendida, con la cabeza lánguidamente apoyada en el pecho de su marido, cuya mano estrechaba entre la suya, y como resguardada con el brazo que la ceñia. Hubo un largo silencio lleno de calma y de dulzura, y Leonor le rompió con voz débil y sin mudar de posicion.

—Cristóbal, dijo, veamos si tienes buena memoria, ¿te acuerdas donde nos vimos la primera vez?

—Ciertamente, amiga mia, te ví en la catedral, pero no reparastes en mí, ó si me mirastes no fijastes la atencion. La primera vez que cambiamos una mirada, fué en la corrida de toros de la plaza mayor; estabas con las señoras de la familia de Medina-Sidonia.

—Entonces se decia que estabas tú enamorado de Inés de Medina-Sidonia.

—¿Cómo lo has sabido?

—Me lo dijo la misma Inés: entre mugeres suelen confiarse esas cosas. Aquella confianza me causó sentimiento, aunque solo te conocia algunas horas hacia, y únicamente por haberte visto.

—En efecto, se habia tratado de eso, pero en el momento que te ví, Leonor mia, juré que serias mi esposa cualesquiera que fuesen los obstáculos que se interpusieran entre nosotras.

—Has cumplido tu juramento, ¡pero á costa de qué inmensos sacrificios!...

—Y tú, Leonor, ¿te acuerdas de qué modo conseguí entregarte un billete?



—Si me acuerdo!... fué en el Prado, en donde me pascaba con mi dueña.

—Te seguí durante todo el paseo.

—Indudablemente. ¿Crees tú que yo no lo había observado? Cuando íbamos á subir al coche se acercó á nosotros un pobre con objeto de pedirnos una limosna. Tuve la precaucion de hacer subir á Luisa la primera, y el pícaro del mendigo en vez de recibir una moneda, me puso descaradamente una carta en la mano, despues de lo cual, se alejó colmándose de bendiciones por mi caridad: de manera que Luisa me reprendió y me llamó pródigo.

—Jamás ha habido bendiciones mas justas y sinceras, porque el infeliz mendigo veia colmados todos sus votos: esperaba una negativa manifestada con cólera, y la señorita al tomar el papel se contentó con ruborizarse, y aun una ligera sonrisa se asomó á sus labios.

—Oh! no. Te aseguro que no me sonrei.

—Pues yo estoy cierto de que sí, y puedes creerme.

—Te creo.

—Pero mi esperanza quedó bien pronto desvanecida, cuando supe que el arzobispo acababa de encerrar á su sobrina en el convento de Santa Clara, con el firme propósito de hacerla tomar el velo. Estaba en la mas completa desesperacion; se lo referí todo á Sebastian, y él fué quien me sugirió el plan de que me sirvi con tan buen éxito. Sabia que el jardinero del convento necesitaba un mozo.

—¿Y cómo lo sabia?

—No he llevado tan lejos mi curiosidad. Pero don Sebastian casi siempre tenia abundantes noticias de esa especie; las recogia por todas partes, ya para su propio uso, ya para el de sus amigos. Era un héroe de aventuras comparable á don Galaor.

—¿Qué mal sugeto!... En fin ¡tú seduciste al infeliz José!...

—Al principio no. Me presenté como un verdadero

—A 1.º de setiembre. ¿Por qué?

—¿A 1.º de setiembre!... ¿Y esta fecha no te recuerda nada? En este momento nos encontramos en el aniversario de aquella noche solemne, en que para pertenecerte cometí un crimen. Era una noche como esta; me parece que vuelvo á encontrarme en ella, que vuelvo á ver los mismos objetos y en el mismo orden, iluminados por la misma luz triste y misteriosa. ¡Ah! ¡Cristóbal, era necesario amarte mucho! Pero no creas que siento lo que he hecho.

—¿Y por qué lo habias de sentir?... Hasta aquí, á pesar de nuestros contratiempos, ¿no hemos sido felices? Y lo seremos mas en el porvenir, tengo la confianza y el presentimiento.

—¿Lo crees así, amigo mio?... ¿y la maldicion de mi tío?

—¿Qué importa? ¿piensas que Dios apoya las injusticias de los hombres, sean quienes fueren?...

—Nos ha arrebatado á nuestro Carlos.

—Esa es una prueba mas que nos envia, la mayor, y probablemente la última de todas; pero eso no es una consecuencia de las palabras del arzobispo. En cuanto á lo que pasó en el monasterio la noche de tu fuga, ¡con cuántas lágrimas, oraciones y buenas obras has espiado tu falta! Y sobre todo, ¿qué hemos sacrificado? Un cadáver insensible; el alma que le habitó habia conocido la violencia de la pasión, pues que sucumbió á ella. No dudes, Leonor, que desde la eterna mansion en que Dios la ha colocado, ha visto nuestro amor, nuestros padecimientos, nuestras virtudes, y que nos ha perdonado.

Al llegar aquí, Leonor se estremeció como si se despertase soñando, se apartó bruscamente del pecho de su marido y se puso sentada en la cama. Sus ojos se fijaron en el centro de la habitacion, y su respiracion era breve y cortada. Con una voz baja y llena de terror.

—Cristóbal, dijo, Cristóbal, mira, ¿quién está allí?

penetrante alarido, volvió á caer á plomo sobre su lecho.

La predicción de la gitana se habia cumplido.

## VII.

### Locura.—Despedida.

Don Cristóbal tenia una de esas almas fuertemente templadas que luchan con el dolor y consiguen vencerle, por lo menos en sus efectos ordinarios, es decir, que el triunfo es exterior, sin que por eso el daño causado en lo interior deje de ser menos duradero.

Dos dias permaneció encerrado sin permitir que alma viviente penetrara hasta él; y pasado este tiempo volvió á presentarse pálido, flaco, pero no abatido. Volvió á emprender sus correrías botánicas, pero el P. Sulzer no podia ya acompañarle. Por la noche regresaba cubierto de polvo y cargado de flores silvestres que esparcia sobre el sepulcro de su esposa y de su hijo. Estaba colocándolas mucho tiempo, volvía luego á su casa, y antes de amanecer salia para todo el dia. Tal era su vida.

Como la fatiga del cuerpo no era suficiente para dominar la actividad del pensamiento, ensayó otro sistema que consistia en cansar su imaginacion, dejándola tomar vuelo. Al efecto se entregó á las ideas filosóficas, ciencia que habia cultivado con brillantez en su juventud en la universidad de Salamanca. Dedicóse á ella de nuevo, sin que por esto renunciase á sus lejanas escursiones; llevaba con que escribir, y trasladaba al papel las ideas de que se habia propuesto formar materiales para una grande obra: aquella ideas versaban sobre el tiempo, la muerte, la resurreccion y la otra vida. Todos los que han tratado de profundizar estas terribles cuestiones han pagado bien cara su temeridad. Don Cristóbal sufrió la misma suerte; á fuerza de profundizar sus estrañas ideas, el infeliz perdió la razon.

Una noche, el P. Sulzer, despues de velar hasta muy tarde en su gabinete, acababa de poner en orden sus legajos de la historia de los abades de Reichenau, y se disponia á dirigirse á su alcoba, cuando en el profundo silencio de la noche, le pareció oír acentos interrumpidos á los cuales se unian algunas melodías. Escuchó atentamente y se convenció de que alguno cantaba en la cerca que habia á espaldas de su habitacion. Abrió la ventana: el cielo estaba sereno, pero sin luna, no habia mas claridad que la de las estrellas. El cantor invisible por la posicion del edificio, pulsando apenas las cuerdas de su guitarra, dejó oír las palabras siguientes:

Toda mi dicha fundo  
Solo en quererte  
Y daría mil vidas  
Solo por verte.

No costó mucho trabajo al canónigo adivinar lo que pasaba. Hizo la señal de la cruz, que era su mayor muestra de compasion, y se preparó para bajar. Sin llamar á nadie para que le ayudase volvió á ponerse su balandran, salió apoyado en su baston, atravesó con paso lento y poco seguro las largas y oscuras galerías del convento, y por una escalera de piedra que hacia largo tiempo que no se usaba, suspirando y tropezando en cada escalon, llegó al cercado. La yerba impedía oír el ruido de sus pasos. De este modo llegó sin ser visto hasta el lado de don Cristóbal, y se detuvo para examinarle. El desgraciado estaba de pie delante de la mohosa losa que cubria á su esposa ó hijo, y habia cesado de cantar. Meditaba en un sombrío silencio con los brazos cruzados sobre el pecho, y embozado en su capa, semejante á un genio fúnebre. Su guitarra estaba colocada sobre el sepulcro. Pasaron algunos minutos sin que don Cristóbal hiciese ningun movimiento, y sin que el anciano sacerdote se atreviese á interrumpir el dolor de su jóven amigo. Por fin el canónigo se aventuró á llamarle en voz baja y suave. Al oír aquella voz, don Cristóbal levantó la cabeza y preguntó:

—¿Quién me llama? ¿qué queréis?

—Soy yo, vuestro amigo, el P. Sulzer.

—¡Ah! venis muy á propósito; el cielo os envia; hubiera tenido un grande disgusto en marcharme sin decir os adios y estrecharos la mano.

—¿Os vais? ¿á dónde? ¿qué haceis aquí?

—¿No lo veis? he venido á visitar á Leonor. Me he puesto á propósito para complacerla, el vestido que llevaba la noche que la saqué del convento, y la he cantado el *Marinero del alma* que tanto la gustaba. Pues bien; ¿lo creéis? ¡esta cancion de que una sola nota la hacia en otro tiempo correr hácia mí, ahora la deja insensible! ¡No contesta!... ¡Ah! eso consiste en que no puede venir ya á mí, sino que yo debo ir hácia ella. Tiene á Carlos que la detiene: lo comprendo. Voy á reunirme con los dos: ¿qué queréis que diga á Leonor de parte vuestra?

—¿Y qué camino tomareis para encontrarlos?

Entonces, acercándose don Cristóbal al oído del canónigo como si fuese á confiarle un gran secreto,

—El camino del lago, le dijo: si; voy á arrojarle en el lago. ¿Lo ois bien? P. Sulzer, continuó con aparente tranquilidad, ¿lo ois bien? mi vida ya es inútil: mi existencia ya no tiene objeto: es un efecto sin causa. En donde está Leonor, allí se halla mi vida. Es preciso que yo me ahogue en el lago: es absolutamente necesario. Si teneis que encargarme alguna cosa para ella despachaos.

—Es inútil, dijo el canónigo, asustado de su locura



mozo jardinero, confesándole que quizá no estaria muy adiestrado en el oficio, pero en cambio le ofreci celo y sumision, que aceptó, y durante ocho dias, Sancho trabajó, seria, aunque malamente, en el jardin. Me habia figurado que las religiosas bajarían algunas veces á pasearse en él, pero solo vi una, que ni era la que buscaba, ni podia interesarla en mi favor: era la abadesa. Un dia que estaba ocupado en arreglar unos rosales, la vi entrar con tu tío por el estremo de la calle. Parecían muy embebidos en una conversacion interesante, y se iban aproximando hácia mí. Con la mayor presteza que me fué posible, hice dos ramilletes, y me adelanté á ofrecérselos. Los tomaron riéndose de mi desgarbada figura, y mi aire de torpeza y embarazo, pero su preocupacion me permitió acercarme lo bastante para oír al arzobispo esta frase: «Si, hija mia, arreglaos como creais mas conveniente, arreglad lo mejor, pero es preciso que sea así.»

Esto me decidió; ademas, de que José, viendo mi mala maña, trataba de despedirme, y me descubrí á él. El honrado anciano quedó asombrado y descontento. Pero el enemigo estaba en la plaza, y hubiera sido muy arriesgado hacerle salir sin una estratagemata. José prefirió ceder y servirme. Conspirábamos juntos á un mismo fin, y todos los dias se proponia, discutia y desechaba un nuevo medio. En fin, la muerte de aquella religiosa me pareció una ocasion favorable; era preciso aprovecharla y dar un golpe de mano atrevido. Querida amiga, tú sabes lo demas.

—Si, ya lo sé; y tú, don Cristóbal, ¿sabes á cuantos estamos hoy?

—¿En dónde, amiga mia?

—Allí, allí, detrás de la puerta.

—No hay nadie.

—Si, alguien.... una sombra, una fantasma envuelta en un sudario.... lleva en la mano una hacha encendida.

—Es ilusion de la calentura, Leonor mia, cálmate.

—Mírala á los pies de mi cama; se echa el velo á un lado.... sor Dorotea.... perdon.... tened compasion de mí.... ¡Oh, hermana mia! ¡hermana mia!... Estoy perdida.... mi lecho arde.... yo me abraso... me abraso...

Al oír aquellos gritos terribles acudieron la asistente y el médico. Se miraban y no sabian qué hacer, tan petrificados los habia dejado el espanto. Don Cristóbal desesperado se esforzaba en consolar á la enferma, estrechándola en sus brazos y prodigándola los nombres mas tiernos. Pero el acento de aquella voz, en otro tiempo tan poderoso para ella, parecia que habia llegado á ser desconocido. A pesar de las súplicas y de las caricias de su marido, Leonor continuaba agitándose y gritando: «Agua.... agua.... una gota de agua....» Se la llevaron y apartó el vaso. «Me dais lumbré.... ¡Cielos! nadie tendrá piedad de mis tormentos.... ¡Ah Dorotea, qué venganza! Pero, vosotros, vosotros que me mirais inmóviles, sois tan desapiadados como ella.... ¡Oh!... yo me quemo... yo me ahogo.... Cristóbal ¿no me amas ya? arráncame de esta hoguera.... ¡Cristóbal, socórreme! Y como tratase de tomarla en brazos para ponerla en el suelo, de repente y por una convulsion, por un esfuerzo inaudito, se puso de pie, y exalando el resto de sus fuerzas en un



y su sangre fría, pero ocultando su terror con un tono seco y breve.

—¿Por qué es inútil?

—Por que no ireis.

—¿Y quién me lo impedirá?...?

—Yo: yo os lo prohibo.

Don Cristóbal hasta entonces pacífico en su tristeza comenzó á agitarse, y aquella turbación, que revelaban su gesto y su voz, llegó rápidamente á la exasperación. «¿Cómo!... ¿vos me lo prohibís?... ¡eso es indigno! ¡es espantoso! ¡idos... he sido el juguete de vuestro fingido afecto; pero desde este momento ya no lo soy: os conozco: sois un mal hombre. Dejadme, dejadme!... No, no, Leonor mía, no tengas cuidado que me detenga ni que le escuche. Quiere que me quede... ¡y para qué Dios mío!... ¿Quién me necesita ya?...»

—¿Yo, hijo mío, yo!... gritó el anciano agarrándose á él. Pero su pié tropezó en la piedra sepulcral, perdió el equilibrio, y cayó sobre la tumba de Leonor lanzando un doloroso gemido.

No fué necesario mas para abatir súbitamente la exaltación del pobre demente. Tomó en sus brazos al pobre anciano, y con tono bien diferente, le dijo:

—P. Sulzer ¿os he hecho daño? ¿estais herido?

—No, amigo mío, respondió el canónigo levantándose con trabajo. El daño que habeis hecho á mi cuerpo, no es nada comparado con el que haceis á mi corazón. El primero es involuntario; os le perdono, pero el otro...

—¡Ah! perdonádmelo también, dijo don Cristóbal abrazando á su anciano amigo y deshaciéndose en amargo llanto.

Aquel era el fin de la crisis. El buen eclesiástico no pudo resistir al impulso de aquella desesperación, y olvidando sus proyectos de firmeza, comenzó á llorar también.

El P. Sulzer fué el primero que triunfó de su emoción y consiguió reprimirla...

—Amigo mío, dijo, mi querido amigo, ¿qué hacemos? ¿de qué debilidad nos dejamos poseer?... Bendito sea Dios, por que al fin habeis reconocido mi voz. Escuchad á vuestro anciano padre que os ama y que siente todos vuestros dolores. ¿Creeis que vuestra misión en la tierra se halla cumplida, porque no teneis que desempeñarla con vuestra esposa é hijo?... No, querido Cristóbal, no lo está. Os queda aun otra mas importante; si, si, mas importante: os la haré conocer y no podreis menos de convenir en ello. Decis que vuestra existencia ya no tiene objeto, ¡ah! hijo mío, todavía teneis que esperar lo que ahora no veis, por que las lágrimas que llenan vuestros ojos os oscurecen la vista. ¿Queréis saber lo que es?... No puedo explicároslo aquí. La hora y el sitio no se prestan á ello. Además, sufro un poco, y uno y otro tenemos necesidad de reposo. Venid á verme mañana á las ocho en punto, y os diré el fin con que debéis conservar el resto de vuestros días, y no saldéis de mi casa sin haberos consolado.

Don Cristóbal prometió ser exacto: acompañó al canónigo hasta la puerta de su habitación, y el P. Sulzer no se despidió sin abrazarle y echarle la bendición.

Cuando Sulzer quedó solo, se hincó de rodillas y dirigió al Señor una fervorosa oración, y al levantarse, su rostro expresaba la alegría interior de un hombre lleno de confianza en la bondad del cielo, y seguro de haber conseguido el objeto de su súplica. Aunque era la una de la mañana, el buen religioso, en vez de acostarse, buscó en su biblioteca un volumen de mediano tamaño, y habiéndole encontrado, volvió á sentarse junto á su bufete, y se puso á hojear el libro con atención.

Al día siguiente don Cristóbal fué puntual: al dar las ocho llamaba á la puerta del gabinete de su amigo. Nadie le respondió: abrió suavemente, y ¿qué fué lo que vió? al canónigo sentado delante de una mesa cubierta de papeles, en su gran sillón de baqueta, el cuerpo recto, inmóvil, y profundamente dormido. El sueño le habia sorprendido en medio del estudio, porque tenia puesta la mano derecha sobre un libro abierto, y su dedo índice extendido parecia señalar un pasaje. La debilidad y la cortedad de su vista, habian hecho adquirir al anciano la costumbre de leer señalando con el dedo la línea, para no equivocarse en los renglones. El sol que se introducía en la habitación, por uno de sus lados, iluminaba la blanca y venerable cabeza del P. Sulzer. Enfrente del anciano, é inmediato al volumen, se veía un tiesto de reseda, perfectamente redondeado, merced al cuidadoso esmero con que el canónigo cultivaba aquella planta, cuyo perfume le agradaba sobremanera. Una curruca cantaba en el borde de la ventana entrecabiada por el fresco viento de la mañana.

Don Cristóbal contempló con admiración por algunos instantes aquel cuadro lleno de calma y de solemnidad. No queriendo turbar el reposo de su anciano amigo, se acercó de puntillas para ver qué obra era la que á semejante hora habia cautivado tanto la atención del canónigo, y leyó estas palabras:

«Hijo mío, no os impacientéis por los trabajos que hayais emprendido por mí, ni os dejéis abatir por lo que pueda sobrevenir desagradable; sino que al contrario, en todos los acontecimientos de la vida, os aliene y consuele mi promesa.

«Un día, que solo es conocido del Señor, os traerá la paz, y ese día no será como los de esta vida, porque no estará mezclado con la alternativa de la noche: su luz será perpétua, y la claridad infinita. La paz que gozareis será sólida, y vuestra tranquilidad inmutable.

«¿Hay acaso nada tan penoso que no pueda soportarse por la vida eterna?

«Hijo mío, mi gracia es preciosa, y no consiente mezcla de cosas estrañas ni de los consuelos de la tierra.

«Si quereis recibirla, formaos un lugar de retiro, no busqueis la conversacion de nadie, sino desahogaos delante de Dios por medio de una fervorosa oración.»

Don Cristóbal, cada vez mas sorprendido y enternecido á medida que leía, llegó por fin al versículo en que tenia colocado el dedo el P. Sulzer.

*Es necesario dejar el mundo: es necesario que os separeis de vuestros conocimientos y de vuestros amigos, y tener vuestra alma privada de todos los consuelos humanos (1).*

Cristóbal, estremadamente conmovido, experimentó entonces como una repentina revelación: tocó la mano del P. Sulzer y la encontró helada. Aplicó los labios á su frente, y su contacto le pareció el de una estatua de mármol. El P. Sulzer habitaba ya un mundo mejor; habia recibido el premio de su sufrimiento y de sus virtudes: conocia aquel día del Señor cuya luz es perpétua, y la claridad infinita: habia muerto. Don Cristóbal comprendió que el objeto de que el santo anciano le hablaba la víspera era el conseguir una muerte igual á aquella.

Se prosternó al lado del difunto, y conmovido su corazón con la efusión de un piadoso reconocimiento, tomó la resolución que la boca del último monge de Reichenau, aquella boca ya muda, parecia dictarle por medio del libro mas hermoso que ha salido de las manos de los hombres (2).

El P. Sulzer fué enterrado veinte y cuatro horas despues en el coro de la antigua iglesia de la abadía. El humilde y último representante del monasterio, el simple monge, recibió un honor reservado en otro tiempo á los poderosos abades. Llegó entre ellos como un mensajero encargado de anunciarles la estinción definitiva de su familia: como un soldado fiel que se refugia en medio de sus gefes, para esperar la ruina del edificio cuya caída debe sepultarlos á todos en una misma tumba.

Al siguiente día de aquellos funerales, á que asistieron todos los habitantes de la isla, la casita de don Cristóbal estaba desierta. Sobre una mesa se encontró un papel en el que hacia donación de ella y de todos sus muebles á un pobre labrador, padre de familia, cuya granja se habia incendiado algunos meses antes. La opinión mas generalizada fué la de que don Cristóbal, abrumado por la triple pérdida que acababa de experimentar, no habia podido resistir á su desesperación y se habia arrojado al lago. Un barquero referia que la tarde del entierro, el español alquiló una barca para pasar, segun decia, á Radolsszell. Al rayar el día se habia encontrado la barquilla abandonada junto á la orilla, y se presumia que el viento la habria impelido hacia Reichenau despues de la catástrofe del que iba en ella. Sin embargo, el cadáver de don Cristóbal no subia á la superficie del agua, y los pescadores sondearon en vano todo el lago.

## VIII.

### El camaldulense.

Cuando se va desde Subiaco á Roma, se vé á la izquierda del camino una eminencia cubierta de árboles de toda especie, bojcs, pinos, encinas y alerces. En el centro de aquella verde espesura, se descubre el tejado de un convento con su campanario, y sus blancas paredes cuyas ventanas están simétricamente colocadas á la altura de las copas de los árboles. El edificio, situado en la cima de un grupo de peñascos, es de difícil acceso, porque no hay ninguna senda, y á cada momento obstruyen el paso torrentes de agua cristalina que conserva en aquellos sitios una agradable frondosidad y frescura. A aquella soledad fué á refugiarse San Benito en el siglo sexto, para ponerse á cubierto del mundo y de las tentaciones. Todavía se enseña la cueva en que habitaba, y en donde concibió la famosa regla por medio de la cual su orden no tardó mucho en extenderse por toda Europa.

Era cerca de las cinco de la tarde de uno de los largos días del estío, y dos hombres bajaban juntos del convento, religioso el uno y aldeano el otro como de unos treinta años de edad: el camaldulense podria tener unos diez ó doce mas que su compañero.

—¿Decis, pues, amigo mío, que os envia la señora abadesa de Santa Clara?...?

—Sí, padre mío, para que vayais á confesar á la madre Santa Leonor que se está muriendo.

Al oír aquel nombre el monge no pudo menos de estremecerse, pero se repuso al momento y contestó friamente.

—¿Pues cómo es que se dirige á mí? ¿Está malo el capellan del convento?

—No señor, está muy bueno: yo le he ayudado hoy á misa, por que soy á un mismo tiempo hortelano y sacristan del convento. Pero la madre Santa Leonor os llama.

—¿Me conoce?

—Sin duda... Tened cuidado, padre, porque aqui hay un arroyo mas ancho que los demas. Poned los pies en las piedras en que yo me apoye: dadme la mano y venid detrás de mí: así... bueno.

—Sin embargo, yo no salgo del convento: esta es

la segunda vez que me sucede despues de ocho años que hace entré en él.

—Eso no le hace, padre mío. La fama de vuestra santidad ha hecho célebre vuestro nombre en el país.

—¿Y esa pobre sor Santa Leonor está muy mala?

—Desahuciada, segun dicen los médicos. Pero yo no lo creo, por que ella puede ir todos los días á la huerta á sentarse debajo de los naranjos, es decir, que llevan allí en un sillón: es igual, digo que si se hallase tan próxima á su fin como se supone, no la sacarian de su cama.

—Eso depende del género de enfermedad. ¿Qué le que tiene?

—No me lo preguntéis, padre, porque no lo sé, creo que nadie lo sepa tampoco, comenzando por el doctor. ¡Es cosa singular!... Figuraos que siempre tiene cubierta la cabeza con un gran velo de tela blanca que no levanta jamás como si la luz la hiriese la vista. Casi nunca habla, y si lo hace, es con una voz tan débil... tan débil... En fin, yo, aunque la he hablado muchas veces, no la he visto todavía. Quien dice, que no he visto su rostro; de modo que no podría deciros si es hermosa ó fea, jóven ó vieja, aunque por su voz parece mas bien jóven.

—¿Hace mucho tiempo que se halla entre las monjas de Santa Clara?

—Estaba ya cuando yo me encargué de la huerta, hace... siete años... si, siete años por San Martín. Tened cuidado con ese cenagal, padre: saltad; bien decia que por San Martín: sor Leonor, segun me habia contado, llegó dos dias antes, y la llevó con gran ceremonia el arzobispo cardenal de... de... ¡siempre olvido ese diablo de nombre!... (Perdonad, padre mío, no tengo la costumbre de jurar.) El viejo Gregorio, mi antecesor, suponía por esa circunstancia, que debia ser una señora de importancia; tal vez una dama de la corte que se habria convertido.... Pero ya á verla y lo sabreis mejor que yo pudiera deciroslo: pues ya estamos en el convento.

Hermana, continuó el hortelano, dirigiéndose á la lega: hé aqui al reverendo fray Cristóbal, que la madre Santa Leonor aguarda con impaciencia: condicidle si quereis, á su celda. Yo me vuelvo á tomar la azada y la regadera.

La lega se inclinó con las mayores muestras de respeto, y condujo al religioso con el mas profundo silencio. Le hizo atravesar salas y pasillos, y le introdujo en un jardín que no era el de la comunidad, sino otro particular que se llamaba el jardincito de las abadesas. Era un antiguo patio que se habia trasformado en jardín, y por sus cuatro costados le cerraba un claustro con columnas de mármol blanco. En el claustro, estropeado en muchos parages hasta tal punto que la yedra, los rosales silvestres y otras plantas crecian libremente en él, y hubieran cerrado el paso al que intentase dar la vuelta, hacia resaltar por el abandono, el brillante estado de aquel parterre, conservado con el mayor esmero. Las calles estaban cubiertas de dorada y fina arena, y los bojcs que adornaban las orillas no podian mejorarse: los cuadros de flores y arbustos estaban dispuestos con tanto gusto que á primera vista se conocia el gran arte y profecto trabajo con que se habian arreglado: todo en aquel recinto respiraba la calma y el bienestar religioso: sentíase allí esa vaga y tranquila melancolía, inseparable de los placeres del retiro, y cuyo encanto, cuando ha llegado á gustarse, se echa de menos aun en medio de las turbulentas alegrías del mundo. Parecia que el soplo del viento se detenía para no descomponer nada de la agradable simetría de aquel recinto. El único ruido que se sentia en él, era el murmullo de un saltador de agua que salía de un cascarrón de mármol colocado en el centro del jardín. Al derredor de esta fuente habia unos cajones con naranjos en flor, á cuya sombra divisó fray Cristóbal á la enferma sentada, inmóvil, y cubierta con el velo como habia dicho su guía.

Sentóse á su lado, y despues de algunas palabras la lega los dejó solos, y la madre Santa Leonor pronunció su confesion, pero sin alzarse el velo, que cubria bastante para taparla los brazos y las manos.

Cuando la dió la absolucion, fray Cristóbal preguntó:

—¿Es posible, hermana, que os encontréis tan mala como dicen?

—Padre mío, le contestó, los médicos aseguran que no saldre de esta noche, y lo conozco mejor que ellos.

—¿Y cumplireis sin pesar ese sacrificio?

—Sin ningun sentimiento.

—Os felicito por esas buenas disposiciones, hija mía. La muerte no es en efecto cruel mas que para los que sobreviven.

—No dejaré en la tierra nadie para llorar me.

—¿Pues qué estais absolutamente sin familia, amigos?...?

—Absolutamente; soy indiferente y desconocida por todo el mundo.

—Sin embargo, hermana mía, yo no sé si es ilusión, pero me parece haber oído otras veces vuestra voz.

—¿Creeis reconocerla efectivamente? dijo la hermana.

—Bunda con alguna emoción.

—Por mas que fatigo mi memoria, no puedo recordar en qué tiempo ni circunstancia ha herido mi oído esa voz.

—Sin duda os engañais.

—No... no... no me engaño. Si quisierais darme, tal vez llegaría á fijar ese recuerdo confuso.



## SEMANA JUDICIAL.

## Causa contra Antonio Perez,

MINISTRO DE FELIPE II.

Grande compromiso hemos contraído ofreciendo la causa de Antonio Perez. Hija de grandes y complicados sucesos, por mas que uno solo la provocase, su duracion y accidentes, y sus resultados, dificultan sobremanera tratarla debidamente, por exigir para ello fuerzas y conocimientos superiores á los nuestros. Guiados, empero, por escritos apreciados, procuraremos presentar tales como parece fueron los acontecimientos que prepararon la caída del valido del mas poderoso y temible de los monarcas de España, los personajes que en ellos figuraron, las persecuciones que sufrió, y sus ruidosas consecuencias tan funestas á las libertades de un pueblo. Por brevemente que indiquemos todas las fases de tan importantes hechos, no será posible satisfacer en este número la curiosidad de nuestros lectores, que á trueque de saber lo que no habrán encontrado en historias generales, disimularán ocuparnos su atención con otros artículos, menos en número aun que los procesos instruidos contra el ministro del Despacho universal de Felipe II, y el que secuela de ellos, costó al justicia mayor la cabeza, y á Aragon sus fueros. La causa contra Antonio Perez, produjo una revolucion que, echando á tierra debilitadas y venerandas franquicias, quitó al poder real el recelo, sobre todo, de que pudieran un día amenguarse. Dicho se está con esto si puede darse otra causa de tanta nombradía, de influjo político tan grande.

Describiremos, ante todo, al héroe del drama, que tuvo mas de un punto de contacto con don Alvaro de Luna. Odiado, como este, durante su influencia con el rey, se hizo popular en su desgracia. Para uno y otro no faltaron al pueblo motivos. En su prosperidad, su orgullo heria, y su fausto al lado de la sencillez del señor de dos mundos, provocaba justas murmuraciones. Mal podían estimarse entonces las superiores prendas del secretario y amigo de Felipe, prendas cuyo mérito brilló cuando predispuesto el ánimo no se vió al favorito, sino al oprimido. Llamado en su tiempo *Monstruo de la fortuna*, si la tuvo en su elevación, obra fué tambien de su valer; y su descenso, aunque motivado, siguió la ley constante de la privanza de los soberanos, de que no se pudo eximir el hijo inmortal de Carlos I.

No está demás decir que nació Antonio Perez en Monreal de Ariza (Aragon). Su padre Gonzalo, secretario único de Estado, no le dejó otra herencia que su no tachada probidad despues de 40 años de servicios al emperador, y á su hijo. Sin embargo de haberle respetado en su alto puesto las intrigas palaciegas, mereced á su retraimiento, conocedor de la corte, y de los escollos del favor, trató de dirigir por camino mas seguro, al niño cuya viveza y talento precoz admiró desde sus primeros años. Vióle brillar la universidad de Alcalá, y muy jóven aun, marchó á estudiar la Europa. Instruido, activo, curioso, inquieto, lanzóse con ardor en la senda que á su noble ambicion abria la opuesta mira de su padre. Prometiéndose Gonzalo que la observacion de las peripecias y azares del mundo, harian cauto á su hijo, y calmarian sus deseos. No le habia comprendido: habia nacido para el mundo, y si bien escedió sus esperanzas extendiendo sobremanera el círculo de sus conocimientos, sirvieron, lejos de desviarle de la carrera de su padre, para escitarle mas y mas á emprenderla. Lejos de temblar ante la mudable fortuna, anhelaba lucharla por vencerla. Lejos de arredrar su ánimo audaz agenos peligros, amables propios, creyéndose superior á los cortesanos que trató. Contaba con los recursos de su pronto ingenio, con su memoria prodigiosa, con su aparente franqueza, con su abierta fisonomía, con su sagacidad penetrante, con su rica imaginacion, con su seductor cortesia, con su siempre interesante conversacion. En su trato con todas las clases, pronto llegó á conocer el corazón humano, adaptándose á cada una.

En alas de sus dorados ensueños regresó huérfano el aplicado viajero, trayendo á su patria un tesoro de instruccion con que pagar las deudas de su padre, y alimentar el amor desenfrenado que cobró en Italia á los placeres y esplendor, el mejor descanso, en su concepto, del hombre público. Filósofo de razon fria y corazón apasionado, con tendencias á un maquiavelismo exagerado, necesitaba probarse y se probó. Ruy-Gomez de Silva, page antes de la emperatriz, y entonces príncipe de Eboli, rico, poderoso, y nada vano; díjole al rey que Gonzalo Perez, su antiguo secretario, habia dejado un hijo de talentos singulares, y de notable esperiencia, especialmente educado para el servicio de S. M. tanto por la profundidad de sus conocimientos, como por la peregrinacion que le habia llevado por diversas tierras y naciones, estudiando sus usos y costumbres, envuelto siempre desde la niñez entre lo mejor y mas granado de las cortes y provincias por donde anduvo.

Presentado Perez por el príncipe, de orden de Felipe II, muchas fueron las preguntas que le hizo el rey sobre la política de los estados que recorriera. Sus respuestas tan prontas como exactas, la delicadeza y respeto de sus observaciones, la frialdad de sus juicios hicieron honda impresion en un monarca cuyo saber

en geografía, historia, y ciencias morales, sobresalía tantas veces, y su feliz retentiva, entre los que le rodeaban. No fué necesario mas para ver Antonio Perez satisfecho su propósito. Cautivado el soberano por su juicio y distinguidos modales, vió en el jóven presentado el hombre de estado que secundaria inteligentemente sus designios, el que cumplia enteramente á sus elevados pensamientos.

La mayor edad de Antonio Perez le saludó ya secretario de Estado. Los cargos y multiplicadas mercedes del mas respetado de los monarcas, no remuneraban bastante su ilustrado celo; merecian su amistad, su mesa, su coche, su constante compañía. Prudente fué, sin embargo, el que de improviso gobernaba el mas extenso de los imperios, sin deslumbrarse, á pesar de sus pocos años, por su alta posicion. Solo por esto la merecia.

Anciano ya el príncipe de Eboli, al abrigo su favor de los vaivenes de la suerte, por condescendiente y satisfecho contrastaba su tranquilidad y moderacion con la altivez y ruidosa magnificencia de su jóven esposa. Casada no muy á su gusto, doña Ana de Mendoza y la Cerda, sorprendió por su hermosura, é inspiró al rey una pasion profunda, acaso la única. Su belleza dominante humillaba desdeñosa á los palaciegos. Vehemente, ganosa de placeres como Antonio Perez, se procuraba peligrosas emociones. Todo lo sacrificaba ligera y vengativa. De imaginacion viva y fecunda, de pronto y variado talento, delicada en sus sentimientos, era indiferente al bien ó al mal sin satisfaccion ni remordimientos. Hábil sin embargo, para disimular, cautelosa y previsora á veces, ora imprudente, ora indiscreta, tan pronto dulce y cariñosa como colérica, desprecupada ó sublime, abnegada y generosa, la princesa de Eboli era un enigma para los cortesanos. Tal era la muger á quien todo lo sacrificó Antonio Perez, y causa principal de sus desventuras.

Hermano bastardo de Felipe, don Juan de Austria, destinado por su padre á la iglesia, pretendia á fuerza de victorias ser infante de España. Escusable su ambicion por la gloria que conquistó á su patria, y el esplendor de sus hazañas, le perdonaba Felipe otros proyectos teniendo en cuenta sus proezas, su juventud, y sus buenas inclinaciones.

Era confesor del rey Fr. Diego de Chaves. Morigerado y de corto alcance, se figuraba dominar á su augusto penitente, sin ser mas que instrumento de sus diestras y robustas manos, sin saber de los asuntos del estado mas de lo que á Felipe convenia.

Tales eran los mas influyentes personajes de la corte de las Españas cuando entró Antonio Perez al servicio del rey, de quien la grandeza no alcanzó otra consideracion política que la que por su talento, sus servicios ó su valor se merecia.

Príncipes y magnates extranjeros que traian á Madrid sus pretensiones, refugiados de otros paises, todo bullia en la primer capital del mundo, al pie del trono; y en la primer grada, levantado sobre tantas ambiciones, luchando con poderosos rivales, en medio de experimentados palaciegos, y al lado de príncipes, sentó firme su planta el jóven y novicio ministro fiado en su mérito con el aprecio de un grande soberano.

Pronto penetró Perez los misterios de la corte. Su aplicacion le impuso del carácter de todos, mas fué impotente su sagacidad para descubrir el del rey completamente.

La Europa se movia á voluntad de Felipe II. Su actividad prodigiosa y enérgica, su severidad y reserva le hicieron tan temible como respetable. Nunca abandonó la corona su cabeza. Sus altos pensamientos, sus pasiones, todo era hijo en él, y todo lo subordinaba el interés de sus reinos. Gobernar era su destino. La prosperidad del estado su objeto, la conveniencia publica su objeto. Ante su deber todo era menos.

Sorprendían en las ocasiones mas difíciles su disimulo y entereza. Sereno y melancólico su semblante revelaba rara vez sus sentimientos. Sin manifestar la emocion mas ligera abrigaba, impenetrable para todos, las mas violentas pasiones. Ni cuando la Europa enmudecia á sus mandatos se mostró insolente, ni cuando vió desvanecidas sus gigantescas y fundadas esperanzas, arrugó el dolor su frente. Superior al destino, parecia insensible. Un correo llega volando y cubierto de polvo con la noticia de la memorable batalla de Lepanto; suspende su rezo; y sin inmutarse, leído que hubo el parte; comprime el entusiasmo de los cortesanos y de los menges pronunciando estas palabras con el tono magestuoso y melancólico que solia: «Mucho ha aventurado don Juan», y volvió á sus oraciones. Llegado el aviso de la pérdida de la *Invisible*, de aquella magnífica armada destinada á trastornar la faz del mundo: «Contra los hombres la envíe yo, que no contra los vientos y la mar» dijo despues de oír tranquilo la infausta nueva que daba en tierra con sus colosales proyectos. Pues con este hombre, y hombre rey, habia de luchar un día el ofuscado Perez, y no hemos dicho todo lo que valia Felipe II. Tan justo como indomable, era bienhechor, y con sus buenos servidores generoso, y aun espléndido, circunstancia de mas precio cuanto no lo era, ni lujoso, consiguio mismo. Ni aun á su sincera devocion pospuso los intereses de la monarquía. Poco faltó para que el duque de Alba, marchase de su orden sobre Roma. Perez consultaba á los astrólogos, y Felipe les despreciaba. Disimulaba y condenaba al silencio las ofensas que no queria castigar. Dominados así y á raya sus mas ambiciosos cortesanos, temblaban á su presencia. Era sin embargo afable é indulgente en su vida privada.

La enferma sin decir nada, sacó lentamente su mano derecha por debajo del velo, y la puso sobre sus rodillas, aquella mano estaba cubierta con un guante negro.

—¡Cielos!... exclamó el monge! ¡Raquel!... ¿Sois vos, Raquel ó Amina?

—Yo era Raquel, don Cristóbal. He pedido y recibido en el bautismo el nombre de Leonor, porque vos amabais ese nombre. Ahora soy sor Leonor.

—¡Raquel!... ¡Leonor!... ¡Oh Dios!... dejadme volver á ver esas facciones.

Entonces detuvo el brazo que tocaba su velo.

—No las volveréis á ver; se hallan destruidas. Mi antigua belleza ya no existe mas que en vuestra memoria; no la espulsemos de su último asilo. Habiéis reconocido mi voz; pero no conocierais mi rostro. La lepra le ha invadido!... Don Cristóbal, soy una leprosa. Apartaos un poco; temed respirar el aire que yo respiro, porque mi aliento produce la muerte...

—¡Desgraciada!... con que la sentencia divina que pesaba sobre vuestra familia no os ha escluido!... ¿Mas por qué milagro os encuentro aquí cristiana y religiosa? ¿Cómo salisteis del subterráneo en que yo os herí con mi puñal? ¿Qué se han hecho vuestro padre, vuestro tio, y vuestra hermana?

—Han satisfecho á la justicia de los hombres, y espero que Dios habrá aceptado su suplicio en expiacion de sus crímenes. Los alguaciles enviados á registrar nuestra casa á consecuencia de la denuncia del molinero, me prendieron tambien: pero el tribunal me declaró inocente y me puso en libertad. ¿Qué hubiera hecho yo en España? Me vine á Italia, abjuré en manos del arzobispo de Urbino, y él fué quien me hizo entrar en este convento, en donde he vivido con la esperanza de reunirme con vos en la otra vida, porque os amaba, don Cristóbal, y para qué ocultarlo, pues que este amor es enteramente puro? Os amo todavía y muero amándoos!...

—¡Funesto amor!... él ha causado todas vuestras desgracias.

—¿Qué decis, don Cristóbal! él fué quien me indujo en otro tiempo á libraros: él ha salvado mi vida, la vuestra, y la de vuestra Leonor: por él, he llegado á ser cristiana, y le llamais funesto!... Por el contrario, feliz amor!... Bien lo veis, él es el que todavía me consuela al borde del sepulcro. Pero ya es bastante, ya es demasiado hablar de mí. Hablemos de vos: contadme vuestra historia y la de vuestra encantadora Leonor, cuyo nombre he tomado, ya que no podia tener la felicidad que disfrutaba de agradaros y de unir su suerte á la vuestra.

Don Cristóbal la hizo aquella penosa narracion, durante la cual creyó oír sollozar á la pobre Raquel bajo su velo.

Cuando concluyó:

—Habiéis sido, le dijo, tiernamente amado de dos mugeres, y el cielo os ha permitido entrever la felicidad con aquella de las dos á quien amabais. No os quejéis; estad seguro de que hay destinos mucho mas crueles que el vuestro. En cuanto á mí, tengo el corazón lleno de reconocimiento por el momento de júbilo que Dios me permite gozar antes de dejar la tierra: no esperaba tanto.

—Leonor, Leonor, porque ya no quiero daros mas que este nombre: este momento puede prolongarse mas allá de esta conversacion. Despues de tantas desgracias, el cielo puede tal vez concedernos la dicha de llorarlas juntos. Vuestra enfermedad no es incurable, si lo es, se podrá dilatar la catástrofe que debe terminarla. Ni vuestros lazos ni los míos son indisolubles. Voy á echarme á los pies del santo padre y á pedirle nuestra libertad. Debo tener todavía en España amigos poderosos, y los haré intervenir. Vendreis conmigo; yo seré vuestro hermano, y vos mi hermana: os cuidaré y quizá sanareis.

Al llegar aquí don Cristóbal fué interrumpido por el sonido de una campana. Se volvió y vió marchar por el claustro á un sacerdote con sobrepelliz, que llevaba en la mano una especie de cajita de plata sobredorada. Precedíanle dos acólitos, uno de los cuales tocaba la campanilla por intervalos iguales: el otro llevaba un cirial.

—Adios, dijo sor Leonor, voy á recibir la Extrema Uncion: adios Cristóbal, pero nos volveremos á ver.... ¿queréis apretarme la mano? no hay peligro.

Don Cristóbal asió llorando aquella mano, y hacia esfuerzos para acercarla á sus labios; pero la enferma la retiró bruscamente con un movimiento de terror.

—Gracias, dijo, gracias, amigo mio, ya soy feliz, y bien pronto lo seré mucho mas.

La hermana lega se acercó con dos hombres, uno de los cuales era el jardinero que habia llevado á don Cristóbal. Levantaron con precaucion el sillón de la enferma, y se reunieron con el pequeño acompañamiento que se habia detenido en el claustro aguardándolos. Raquel se volvió como pudo y dijo á don Cristóbal; rogad por mí: este habia caído de rodillas en el mismo sitio que ocupaba la moribunda. Permaneció algunos segundos abismado en su dolor, y cuando volvió en sí y pudo mirar, todo habia desaparecido.

Fray Cristóbal se levantó, y echándose su capucha hasta los ojos, atravesó otra vez el convento de Santa Clara, y volvió á tomar solo el camino de los Camaldulenses.



Estremado, y aun nimio era el cuidado que prestaba á los negocios. Sus instrucciones á los embajadores prueban su reflexion, estudio, y sagacidad política. Gobernaba solo, y despachaba con tanta rapidez como aprovechamiento, distribuyendo con acierto los trabajos. No firmaba sin leer, y devolvía los escritos confusos, ó de incorrecto estilo. Para acordar con él, era preciso aprender los asuntos, por su memoria. Naturalmente reservado, deseaba saber y sabía, cuanto por fuera se decía, por que era el secreto el alma de sus designios. Reservados eran por lo mismo los cortesanos. Jamás disimuló la mentira. No daba gran valor á las palabras, pero atendía mucho á la intencion, al pensamiento. Su esactitud advertía sin acrimonia leves faltas que á sus secretarios se escapaban. Asombra lo que escribía. Incansable, nadie trabajaba como él. Ni aun cuando iba de camino, dejaba los papeles.

Tal era Felipe II, superior en tantas cualidades á los magnates del reino insensible á las lisonjas, era tremendo en su justicia pronta. Este fué el monarca que dispensó su confianza á Perez.

Veamos hasta qué punto la mereció, y cuando y por qué declinó del aprecio de su rey.

Tranquilo y aplicado, su facilidad, prontitud, y habilidad previsor, le identificaron con Felipe. Las mercedes, honores, y regalos que recibió en premio de sus servicios, despertaron en su corazon al cabo de algunos años los recuerdos del lujo que ansió en la corrompida Italia, y de que habian menester su generosidad y sus pasiones. No le bastaron sus altos sueldos y derechos, y recibió dones estrangeros. Todo era poco para su fausto insensato y deslumbrador, al lado de la sencillez de su monarca, y de la de los cortesanos que le imitaban. A poca distancia de Madrid, tenia una casa de campo, construida y alhajada al gusto de las villas de Roma. La suntuosidad y elegancia del adorno de sus envidiables moradas, la riqueza y gusto que á todo presidiera, y su mesa franca siempre para sus numerosos amigos, y estrangeros de distincion que acudían á gestionar sus asuntos, comenzaron á malquistarle. Seditio de placeres, apuraba los que su posicion y su figura le procuraban, enfangándose á veces en inmundas bacanales, sin guardar el decoro necesario entonces por el regio ejemplo, y mas necesario en él por la proteccion de que gozaba. Otras libertades se tomó en el severo ceremonial de la corte austriaca, que disgustaron, y de que nadie daba cuenta por temible y poderoso el ministro, por la estimacion que disfrutaba. Muchas faltas notó el rey, que nunca escudriñaba la conducta particular de sus servidores, y aunque no consentia el mas leve escándalo contra la moral pública, ni le dejaba impune, le dispensó su conducta ligera y licenciosa como hija de su temperamento ardiente é inconstancia. Crecian así los enemigos del orgulloso secretario, y creció á su vez en este el desden con que les tratara, por ilustres que fuesen. Con la condescendencia del monarca, y los pronósticos del astuto Pedro de la Hera, se creyó invulnerable. Embriagado mas y mas cada dia con fiestas y saraos, halagadas sus pasiones, se entregó por fin al juego.

Al lado de su indiscrecion y defectos, unia Perez recomendables circunstancias. Era de todos su bolsillo. Agradaba á primera vista. Pocos pretendientes debían de prendarse de la naturalidad artificiosa con que cautivaba á aquellos cuyo afecto deseaba. Dominándose completamente en momentos difíciles, gracias á su razon serena, sabia inspirar interés y estimacion á sus mas prevenidos enemigos. Supalabra persuasiva y elegante, se insinuaba dulcemente en los que le oían conquistado su conviccion. Así le profesaban muchos un cariño desinteresado.

Mucho disgustaban al rey los desórdenes de su mejor secretario en medio de la austeridad de la etiqueta, pero todo podia perdonarse al que profundizaba en el instante los pensamientos del monarca, al que redactaba tan veloz como hábilmente sus resoluciones, al que atendía con estudio constante á los negocios del estado. Tras largas horas de escandalosos placeres, debilitado el cuerpo con la disolucion, y fatigado el espíritu con la vigilia, se encadenaba al trabajo mas asiduo. Por otra parte Felipe II le profesaba una amistad sincera, y le habia confiado alguno de sus secretos. ¿Cómo mudar de confidente?

Antonio Perez tenia ó afectaba suma veneracion al culto, y contemplaciones al clero, y á la Santa Sede, con quien tenia directa correspondencia. Querido por esto, y por su vasta erudicion en las ciencias religiosas, tenia un fuerte apoyo para con Felipe. Contaba con la amistad del nuncio y del arzobispo de Toledo. Tuvo, sin embargo, la despreocupacion imprudente de juzgar livianamente el movimiento luterano de Europa.

Hasta aquí uno de los motivos á que debió Perez su proceso. Vamos á otro.

Si á sus excesos no hubiese agregado la ofensa personal del mejor pará el de los monarcas, tal vez habria muerto á su lado, ó seguro do quier; pero se olvidó de las pasiones tan profundas como reprimidas de aquella voluntad de hierro; se olvidó de lo que era, de lo que le debía, y pagó cara su temeridad.

Cuando Perez comenzó sus servicios, amaba el rey á la princesa de Eboli, tal vez resentido de su indiferencia. La circunstancia de serle presentado por el príncipe, la version de ser hijo natural del mismo, la entrada franca que tenia en su casa, y su proteccion, su modestia, todo decidió á Felipe II á depositar en su novel ministro la pasion que le devoraba. Agente

de estos amores, sirvió Perez al rey completamente, cobrando de aquí un ascendiente sin igual.

En el trato continuo con la princesa, hablando, aunque en nombre ajeno, de amor, su corazon apasionado y audaz concibió en mal hora el proyecto de rivalizar con su rey y con su amigo. Acostumbrado á la sociedad femenil, y comprendiendo al bello sexo compuestos, con una conversacion fina, galana y delicada, con tantas dotes en fin, y contando con la vanidad y capricho de una muger que tanto se le acercaba en las cualidades del corazon, no tardó en conseguir su objeto.

Unidas en lazo comun aquellas dos almas, confiando ciegamente en la fortuna, y aun desafiándola, no tardaron en ceder á su fuerza irresistible. Por el pronto no dió el rey asenso al rumor público. Amaba á la dama, envidiada por bella: no la amaba su marido, y al lado de la princesa veía en Perez al confidente. Pero muerto el príncipe, engañaron tan á las claras al señor de dos mundos, que ya no cupo ni la duda, ni el disimulo.

Vino á la sazón inesperadamente Juan de Escovedo secretario de don Juan de Austria, gobernador de los Países Bajos. Tamaña audacia disgustó al rey y alarmó á Perez.

Habia nacido don Juan para la guerra, destino que desconoció su padre, y que presintió su hermano abriéndole la carrera de las armas para que conquistase la posicion que correspondia á la sangre de Carlos I, que corría por las venas de entrambos, y de que sin extraordinarios merecimientos de su parte, le alejaba su nacimiento. A este fin le rodeó de sugetos devalia, algunos de los cuales dejándose llevar demasiado de su afecto al vencedor de Tunez, se olvidaron de su mision inflamando su juvenil ardor y haciéndole concebir empresas aventuradas. Tales fueron Juan de Soto, y Juan de Escovedo, sus secretarios, el segundo por destitucion del primero.

Activo, lleno de gloria y reputacion, afortunado y aplaudido ¿qué mucho que pretendiese un trono allanados en su opinion los obstáculos que le separaban? No se ocultaban á su hermano sus aventurados planes. A pretexto de arreglar en Madrid su marcha á Flandes, envió don Juan á Escovedo, cuya verdadera mision fué, de acuerdo con Roma, colocar en sus sienes la corona de Inglaterra. Esquivaba el rey todo compromiso, cuando impaciente don Juan se presentó en Barcelona y á su hermano. Pesoso este de que contra su orden hubiese desembarcado en España recibiendo afable, y oyó atentamente sus pretensiones. Aplazó la de infante, y accedió á la expedicion á Inglaterra si daba feliz cima á la de Flandes, y venían los estados en que saliesen por mar las tropas estrangeras. Animó así su ambicion, y partió con Escovedo.

Era colosal el plan de Felipe. Invadir con sus tercios de Flandes la Inglaterra, y rescatar á la desgraciada Maria Estuardo, con quien estaba en correspondencia. Casada con don Juan, era Felipe señor del mundo, dominaba el catolicismo, espiraba en beneficio de su pueblo y de todos el turbulento poder de los ingleses, y reinaba sin rival en todos los mares la marina española; pero el príncipe de Orange sospecho este pensamiento; y á él se debe tal vez, impidiendo la ruina de Inglaterra, la desdicha consiguiente de las naciones. No consintieron los estados la salida por mar de los soldados estrangeros que habria pacificado las provincias de Flandes, y no se pudo acometer tan hermosa empresa.

Despedido don Juan, reanudó con la corte pontificia sus intrigas. Ya no se trataba de Maria Estuardo, aspirábase á la mano de su hermana Isabel. Creía el papa que unida la reina al valiente que triunfó en Lepanto, abjuraría por su influjo el protestantismo, y volvería á sus súbditos á la antigua comunión del apostolado. Ya habia recibido don Juan breves, bulas, y dinero, y nada sabia el rey de oficio, ni particularmente. Perez aconsejó la separacion de Escovedo creyéndole alma del negocio. Felipe por no romper con su hermano y sin desesperar de sus planes, encargó á su ministro le escribiese como si nada hubiera sabido.

El príncipe de Orange, caudillo de la reforma, echó á volar la noticia del indicado casamiento, conveniente á sus fines, y aun puso en comunicacion á los pretendidos novios. Entonces ya tenia conocimiento el rey de todo por su embajador en Paris, y por las comunicaciones confidenciales de don Juan, y Escovedo á Antonio Perez. En esta ocasion, cuando el enojo del soberano contra Escovedo no conocía límites; cuando autor é instrumento de planes comprometidos, era inminente el mal y urgente el remedio, llegó á Santander, y entró en Madrid el secretario de don Juan de Austria, en compañía de Antonio Perez á quien el rey lo encargó, y la vigilancia de sus pasos.

Nada omitió Escovedo por tener de su parte á Perez, su antiguo amigo, dueño de sus secretos y de los de don Juan. Una intimidad aparente les unia. Esperaba ser despachado, cuando señalados desaires del soberano le hicieron comprender era victima de la doblez del ministro. A su merced, y aislado, trató de salvarse, y se le ocurrió combatir á Perez si eran ciertos sus tratos con la princesa. Fácilmente adquirió la prueba por sí mismo, pues que habiendo servido por largo tiempo al príncipe, le era franca la casa de la viuda. No se recataban por otra parte, los indiscretos amantes, y aun daban algunos escándalos. Creyéndose ya seguro, se precipitó. Amenazóles, y si bien Antonio le ofreció

todo su valimiento con el rey, ni se inmutó la princesa llevando su osadía hasta confesar sus arrebatos por Perez, hasta decir que amaba mas uno de sus cabelleros que toda la persona del rey, hasta escitarle á que dijese así al soberano, hasta recordarle con desprecio la distancia que la separaba de un escudero afortunado.

Multiplicaba en tanto don Juan sus manejos y sus intrigas en Francia, y de continuo encarecia Perez la precision inmediata de deshacerse de quien tan inconsiderada y pérfidamente aconsejaba al envanecido don Juan. Resistíase Felipe á castigar con la muerte al que comprometía á su hermano; pero fueron tales las pruebas de traicion que le presentó Perez, de tal gravedad las exigencias de don Juan, que ya le pareció poco separarle su secretario. Ufano este con el temple del arma que se habia procurado, no se cuidaba mucho de su rey, hablaba mal de la princesa y de Perez y reclamaba se accediese pronto á sus pretensiones. Era una se fortificase la Peña de Mogro, junto á Santander, y se le diese su tenencia. Perez halló en esta pretension la ocasion que anhelaba de perderle, recordando al rey habia dicho Escovedo «que siendo dueños de Inglaterra se podrian alzar con España solo con tener la entrada de Santander y su castillo, con un fuerte en la Peña de Mogro, añadiendo que cuando se perdió la nacion española se recobró desde las montañas.» Este acto unido á sus jactancias, le constituia reo de sedicion manifesta, que era fuerza castigar pronta y secretamente para evitar turbulencias.

Consultó el rey al marqués de los Velez, del consejo de Estado, y mayordomo mayor de la reina. Dijó tan respetable caballero que aun con el sacramento en la boca votaria la muerte, y decretó su ejecucion, que encargó á Perez. Volverle al lado de don Juan era riesgado; no era posible entretenerle; entregarle á los tribunales era lanzar á don Juan en la rebelion, por hacerse superior á los peligros que temeria. No habia otro medio de salir de tal embarazo que el tósigo ó puñal, y á uno y otro se apeló, pero de modo que no pareciese sino hija de una venganza particular la ejecucion.

Siguió Perez paseando familiarmente con la viuda sin apercibirse esta de su terrible destino. Como en su casa con frecuencia, y fué elegido el veneno. De acuerdo con Antonio Enriquez, uno de sus pagados, y su mayordomo Diego Martinez, que fué á Murcia por yerbas emponzoñadas, y que se abandonaron por poco eficaces, en medio de la animacion de las pláticas mas delicadas, sin perder el apetito ni turbarse cuidaba Perez desde su asiento que mezclasen con el vino porcion de un agua sin sabor. Tampoco esta hizo efecto el veneno, y se echó mano de otro, que hizo retirar enfermo, y sin sospecha. Poco despues, mejorado Escovedo, Juan Rubio, galopin de la cocina del rey, que hizo amistad con el cocinero del enfermo, echó al descuido unos polvos en la olla para Escovedo, que solo probó extrañando su gusto, y anabazada, dió el tósigo. Una pobre esclava que asistia á la cocina, y de quien se sospechó, fué ahorcada á pocos sin formalidades y sin pruebas.

Cansado Perez de este medio infructuoso, acudió al otro. Fué á Barcelona Enriquez por un pariente que le ayudase, y el aragonés Juan de Mesa trajo Insuati. Arreglado el asunto, partió Perez á Alcalá pasar la Semana Santa.

Al cabo de algunos dias apercibieron á Escovedo descuidado los seis dispuestos á matarle, y á las siete de la noche del 31 de marzo de 1578 le traspasó Insuati de una estocada. Este, Enriquez y Juan Rubio fueron á poco agraciados con varios destinos al extranjero, cuyas cédulas firmó el rey, y se extendieron secretamente.

Sin cuidado ya por Escovedo, volvió Perez á su pasion con la princesa, que habia interrumpido últimamente, como si otros enemigos no le acechasen.

En aquella época no era un crimen la muerte de un hombre, decretada por el monarca, en quien se consideraba la fuente de la justicia: los tribunales eran meros delegados que espresaban su voluntad, y las formas judiciales servian únicamente para ilustrar al juez, mas no para encadenar al monarca. Así los reyes tenían el derecho de juzgar á su arbitrio siempre que quisiesen administrar la justicia por juicio propio. Así dijo Antonio Perez que la muerte de su enemigo era una accion de que le hacia un deber de código absoluto de la obediencia al rey. Así Felipe creyó siempre que habia usado de su derecho real á ordenar la muerte secreta de Escovedo, que precipitando alejar por lo menos, la estrepitosa caída de Antonio Perez.

(Se continuará.)

## SEMANA MOSAICO.

### EL AGRADECIMIENTO.

A la caída de una lluviosa tarde del mes de diciembre, algunos marineros ingleses estaban hablando juntos sobre la costa. La mayor parte de ellos pertenecían al equipaje de unos pontones que, para la custodia de los prisioneros, se habian establecido á corta distancia, y la conversacion giraba sobre la tentativa de evasión que habian hecho la víspera algunos de ellos.



—Tres han conseguido escaparse, decían, pero hemos cogido al más furioso de todos, un joven francés que nadando con una mano y defendiéndose con la otra con un remo, no quería absolutamente rendirse gritando que mejor quería irse a fondo que ceder.

—¿Cómo se llama? preguntó uno.

—Se llama José Maillard, demonio de hombre, ya es esta la cuarta vez que ha intentado escaparse. Le han disparado más de treinta fusilazos, pero, ¡bah!, está hechizado sin duda.

La conversacion se prolongó durante algun tiempo, hasta que los marineros se despidieron, unos para entrar en los pontones y otros para recogerse a sus habitaciones del puerto, porque la noche se acercaba. Cuanto habian dicho los marineros de los pontones habia hecho profunda impresion en el ánimo de uno de los oyentes por lo menos, y aun debia ejercer grande influencia en su porvenir.

Era un marinero llamado Hawkins; para saber por que se interesa tanto en la tentativa de evasion de los prisioneros franceses, vamos a usar del privilegio de los compositores de novelas y entrar con él en su casa donde abraza a su madre y su hermana. Desde que habia muerto su padre estas dos mugeres componian todo su familia.

—Alegraos, dijo él, creo que al fin vamos a pagar la deuda del agradecimiento que mi padre ha contraído con aquel francés que le salvó la vida en la guerra de América. John y Tony me han asegurado esta noche que habia en los pontones un prisionero que se llama José Maillard. Este es ciertamente el nombre que mi pobre padre nos ha repetido tantas veces en los trasportes de su agradecimiento, encargándonos que le ofreciésemos una mano amiga, si le llegáramos a encontrar en posision que le hiciesen falta nuestros auxilios.

—¡Oh! tanto mejor, dijo la joven, es preciso salvarle, hermano mío.

La madre no tenia igual entusiasmo en favor del marinero francés, porque para salvarle a él era preciso que su hijo espusiese su vida, y esta reflexion helaba todo su valor. Procurando disuadirle de su proyecto, le decia:

—¿Qué sabes tú si ese prisionero es el mismo que se espuso tan generosamente por tu padre?

—En efecto, contestó el marino como detenido con una idea súbita, me han dicho que el tal prisionero era un joven, y continuó riendo, y si hubiera estado en la guerra de América ya no se podría tener de viejo. Tal vez será el hijo del bienhechor de mi padre. Yo me informaré, y si lo fuese, algo he de hacer por él en memoria de su padre y el mío.

La madre no contestó nada mas, pero en secreto deseaba que su hijo descubriese se habia engañado en sus sospechas. No se lograron sus deseos, puesto que los presentimientos de Hawkins eran fundados, segun resultó de los informes que se tomaron. José Maillard se encontraba sin saber nada con un protector que todo lo puso por obra para proporcionarle medios de escapar. Empresa era esta tan peligrosa como difícil.

No hay con que comparar la infelicidad de los pobres prisioneros de los pontones, y al mismo tiempo la imposibilidad en que están de escaparse. Durante toda la noche barcas llenas de gente armada, cruzan al rededor de estos navios y los soldados llevan orden de disparar a todos los que intenten escaparse. Así se comprenderán las dificultades que Hawkins tenía que superar, pero tenia de su parte algunos marineros de los pontones que le habian prometido dejarle pasar con su protegido el día que les tocase de guardia. Ya tranquilo sobre este particular el valiente joven hizo avisar a José Maillard que un amigo desconocido velaba en favor suyo y que estuviese dispuesto para escaparse en la primer noche sombría y tempestuosa y venir a nado hasta llegar a un barquichuelo en que podría escaparse. Que sin embargo de esto, se le daría un aviso mas positivo el mismo día en que debiera verificarse la tentativa de evasion.

José Maillard no podia comprender, cómo habia merecido que un inglés se interesase en su favor sin conocerle. Esperaba con impaciencia la noche en que pudiera abrazar a su protector y tal vez recobrar libertad. En fin, al cabo de un mes recibió un aviso que estuviese dispuesto para aquella noche indicándole al mismo tiempo el momento en que debia arrojarle al agua y el punto en que encontraría el barco libertador.

Debe ser una emocion llena a la vez de terror y atractivo irresistible, la que experimenta un prisionero en el acto de escaparse. Una pequeña circunstancia, el menor contratiempo y ya está perdido, un poco de felicidad y ya está salvo. José Maillard y su libertador pasaron ambos a dos por esta cruel prueba; mas al fin despues de muchos terrores y angustias estuvieron fuera del alcance de los cañones de la embarcacion.

Las dejaremos bogar en alta mar, para volver a la madre y a la hermana de Hawkins. Triste habia sido la despedida entre los tres, y mas tristes los peligros que su imaginacion les representaba, considerando una a su hijo y otra a su hermano, en alta mar en una embarcacion tan frágil, y sujeto a la terrible posibilidad que las leyes inglesas harian pesar sobre él, si cuando volviese se llegaba a traslucir el motivo de su ausencia.

Desde el día siguiente a la partida de Hawkins, iban las dos juntas a la orilla de la mar. El que esperaban no podia volver tan pronto; pero ellas experimentaban una especie de placer en fijar la vista en el lejano horizonte de aquel inmenso océano. Volvieron al otro día, y a los siguientes tambien, mas no vieron la pequeña barca, cuyas velas reconocian ellas a mas de dos leguas de distancia, ni tuvieron noticia alguna de Hawkins.

Entre tanto se las podia ver todos los días a la orilla del

mar, sin cansarse de esperar, y diciendo todas las noches al retirarse: «tal vez será mañana»; la pobre anciana madre, que estaba muy débil para andar, se sentaba en un pedazo de roca. Su hija no se hartaba de fijar sus miradas en la inmensa estension del mar, y de concebir esperanza a cada punto negro que divisaba a lo lejos. Su constancia no se hubiera acabado, y esta costumbre de pasar su vida en la playa, se habia hecho el único consuelo de las dos mugeres; pero las enfermedades de la madre de Hawkins no la dejaban ya salir de su casa. Un día que habia padecido mas que nunca, su hija, en un acceso de desesperacion, decia para sí misma, pero en un tono tan bajo, que no lo pudiera oír su madre enferma:

—Si yo pierdo a mi pobre madre, ¿quién me protegerá en este mundo?

—Dios, que nunca deja un beneficio sin recompensa, respondió una voz a su espalda. Volvió la cabeza, y se halló en brazos de su hermano. Yo no intentaré pintar la felicidad de los tres. Hawkins, despues de haberse escapado de la guarda de los pontones, habia tenido la dicha de hallar asilo en alta mar a bordo de un navio francés; de otro modo le hubiera sumergido la borrasca. Aquel navio iba a las Indias, y esta circunstancia feliz, puesto que le salvaba la vida, fué tambien la causa de alejarle por tanto tiempo de Inglaterra.

Su madre vivió todavía algun tiempo, para gozar de la felicidad de haber recobrado su hijo, y Hawkins repitió muchas veces a sus hijos:

«Si queréis ser felices, no seáis ingratos.»

Dice el parte médico. Grandes son los estragos que ha hecho el cólera en Orán: han muerto 4 hermanas de la caridad, 5.700 paisanos, 700 militares; de los indígenas moros y judíos casi la sexta parte de la poblacion: en fin, la ciudad estaba consternada: por todas partes se encendian hogueras, se disparaban cañonazos, habia procesiones, las tiendas cerradas, los negocios suspendidos; han perecido familias enteras: 50 rematados estaban diariamente ocupados en abrir sepulturas; por fortuna, segun noticias posteriores, parece que habia disminuido mucho la intensidad de tan cruel azote. En Marsella en pocos días han muerto del cólera de 500 a 600 niños; en donde, y así como en los demás puntos de Francia, ya se da como terminado.

Se dice que la Junta superior de Sanidad ha recibido noticia de que el cólera, se habia declarado en Padua, Novara, Civita-Vechia, Ancona, y en algunos otros puntos del Mediterráneo y del Adriático. Dios quiera que al regresar nuestra expedicion de Italia no nos traiga cuanto antes esa plaga de que estamos amenazados!

EL CAFÉ Y EL CHOCOLATE. La primera taza de café, que vió la Europa, la hizo y presentó a Luis XIV, en su magnífico palacio de Versailles, el embajador de la corte otomana, en el año de 1554, época en que el noble potentado, cuyo paladar era tan delicado como el grande, declaró que la bebida era excelente, y luego conoció la inmensa ventaja que produciria introduciéndola como alimento en Francia; lo que sucedió poco despues, y fué recibida con aprobacion universal.

Igualmente el chocolate, que se hace de cacao, se presentó al cardenal Mazarino, el cual remuneró con una generosa recompensa a su inventor.

Última es, que tan interesantes como útiles objetos no hayan llamado todavía la atencion de nuestros famosos pintores, en vez de dibujarnos continuamente en innumerables lienzos, bien los horrores de la guerra, bien una flota devorada por las llamas ó víctima de un naufragio; ora la peste, ora una tempestad; ya un terremoto, ó ya una ciudad derruida por una inundacion ó otra cosa equivalente. ¡Ahora bien! si no podemos pasar sin esos históricos y tristes recuerdos, ¿por que no se ha de añadir a esas dolorosas y melancólicas colecciones un grupo de Luis XIV con su corte en Versailles, donde, lujosamente vestido, recibiese de manos del mencionado bajá, no una taza de café, sino una rama de aquella planta, cubierta con sus preciosas bayas; y por qué no, tambien, pintar a Mazarino, rodeado de sus satélites, en el acto de tomar la primera taza de chocolate que se hiciera; ó bien el característico Voltaire, vaciando una taza de chocolate a Federico el Grande, en su tienda de campaña de Potsdam? La inmortalizacion sobre el lienzo de dichos objetos, parece haberse desquidado enteramente, y ¿por que? porque nunca han hecho mal ó detrimento a nadie, sino, por el contrario, han sido, son, y serán unos de los mejores beneficios que se ha podido dispensar al género humano.

(Traducido del alemán.)

#### RASGOS, AGUDEZAS, Y ESTRAVAGANCIAS HISTÓRICAS.

Se pretende que Annibal y Escipion, despues de la derrota del primero, tuvieron una conferencia en Efeso. Escipion preguntó al general cartaginés:

—¿Quién es el capitán mas grande en tu concepto?

—Alejandro, respondió Annibal, que con poca gente derrotó ejércitos numerosos.

—¿Y despues? añadió Escipion.

—Pirro, que enseñó primero que nadie el arte de los campamentos.

—¿Y el tercero?

—Yo, dijo Annibal.

—¿Qué dirías, repuso Escipion algo picado, si me hubieras vencido?

—Me hubiera colocado antes que Alejandro.

Tambien cuentan de Escipion, que indignado con la injusticia del pueblo respecto a su conducta, se desterró voluntariamente a Linterna, donde falleció, y mandó que se inscribiese sobre su tumba estas palabras: «Ingrata patria, no poseerás mis huesos.»

Cuando Antioco perdió la vida con sus soldados, Froato, haciendo alusion a su estremosa tenacidad, exclamó a la vista de su cadáver:

—¡Oh Antioco, el vino y una ciega confianza han acelerado tu muerte! ¡Insensato! Creiste echar el reino de Arsacio en una de tus grandes copas y sorberle de un trago.

En tiempo de la tercera Guerra Púnica, y cuando se discutía en Roma si se debía ó no atacar a Cartago, Caton se presentó ante el senado, y sacando de debajo de su toga unos cuantos higos frescos, exclamó:

—Hace tres días que estos higos colgaban de sus ramas en los jardines de Cartago: ¿consentireis que semejante ciudad subsista tan cerca de nosotros?

Tentoboco, rey de los teutones, desafió al cónsul Mario a singular combate, mas este le respondió:

—Si estás cansado de vivir, ahórcate.

#### MAXIMAS.

Solo es dulce el reposo para el que trabaja, y delicioso el placer para quien de él no abusa.

Un hombre que no ha cultivado su espíritu, no tiene otros medios de distinguirse en el mundo que su hijo; no sabe como emplear el tiempo; siempre cargado de sí mismo, se hace molesto y pesado a lo demas; su fastidiosa conversacion recae siempre sobre pequeneces indignas de ocupar a un racional.

De la esclavitud a la desesperacion, apenas hay un paso.

Un tirano no necesita para reinar talentos ni virtudes, sino soldados, cadenas, y calabozos.

Cualquier hombre de bien tiene lo que necesita para gobernar un estado.

En los países tiranizados no cabe el amor a la patria. Exigirle, fuera pretender que un preso amase su prision y sus cadenas.

Los gobiernos injustos temen la moral.

#### Modas de invierno.

Aunque el invierno de 1849 no ha llegado todavía para los que vivimos bajo el hermoso cielo de Madrid, las modas han hecho ya la revolucion periódica que corresponde a la época del año en que nos hallamos actualmente. Y es que las modas no aguardan jamás al movimiento de las estaciones para verificar su revolucion inalterable, porque la causa que impulsa este movimiento constante, es por lo general de un interés mas positivo que el que tienen las nubes del invierno para robarnos los benéficos rayos del sol ó el que anima a la canícula de julio para privarnos de la consoladora brisa de mayo.

Por eso en Madrid como en París, a pesar de lo templado y benigno del mes de noviembre, se han visto lucir por todas partes los terciopelos y las gruesas sederías, en rica variedad de clases y condiciones. En París sobre todo se han llevado con profusion los vistosos *moirés* con dibujo nuevo y original, y las telas brochadas en relieve de todos colores, que producen el efecto de un riquísimo bordado. Se llevan tambien damascos de grandes dibujos, de un color solo, ó con fondo negro lustroso, que hace viso de color marcado, como el violeta, el azul turquí y el color de castaña.

En las primeras representaciones teatrales que han señalado el advenimiento de las nuevas modas se han estilado por lo general los vestidos altos. Hay una hechura particular de cuerpo, que por lo rara y estraña está llamada a hacer fortuna: es un cuerpo en forma de chaleco, cuyas dos puntas se prolongan bajando muchos dedos de la cintura, y que debe quedar abierto y flotante sin marcar el talle. Estos cuerpos dejan ver el camisolín, que debe ser ajustado como canesú.

Los adornos ofrecen ademas infinitos recursos para las faldas y los cuerpos, de cualquier hechura que sean. Tales son las cintas de terciopelo, los galones, los terciopelos estampados, los bordados de cordoncillo redondo, los encages de lana, las felpillas, los festones y los bordados al pasado: sin contar con los adornos de pasamanería, cuyos dibujos se renuevan y embellecen cada año.

La felpilla se ha utilizado mucho para el adorno de los sombreros; pero comienza ya a decaer entre las personas de buen tono. El feston es siempre de moda, ya sea para los volantes y vueltas, ya para las delanteras de los vestidos lisos.

El adorno de los sombreros es tan variado como el de los vestidos. Las plumas, las blondas, las flores de terciopelos los encages de Chantilly, los encages de lana, los terciopelos estampados, las puntillas espesas y tupidas, y las cintas bordadas a la inglesa. Las alas de los sombreros, tanto lisos como rizados, son grandes y abiertas, aunque sin descubrir el rostro. En el teatro están en mayoría las papalinas, que



son además el adorno adoptado con preferencia para las comidas y las tertulias de confianza. Las papalinas de encaje adornadas con flores pueden llevarse con un vestido no muy alto, y aun se toleran con los trages enteramente cerrados. Casi todas las papalinas son muy pequeñas y llevan muchos adornos. La hechura á la *Maria Estuarda* es la dominante. Las señoras que llevan el cabello ceñido á la cara gas-

tan con preferencia los adornos de cabeza que caen á uno y otro lado del rostro, mientras que las que llevan bucles ó cocas, prefieren los adornos que solo cubren la parte posterior de la cabeza, añadiéndoles algunas cintas y flores que descansan sobre el cuello.

Los peinados han variado muy poco desde la última estación: continúa llevándose el cabello retorcido muy bajo como

á la griega, y se le sujeta por un peine de escama con adornos de vistosos calados ó relieves, han aumentado algo tanto de volumen.

Como una muestra de las *toilettes* del día haremos una breve descripción de las que representan nuestros figurines. Estas *toilettes* se componen de una capota rizada de raso blanco enteramente cubierta con un ligero velo de encaje; y



ORTEGA.

vestido liso de cachemira de Escocia, color gris muy marcado; un abrigo de la misma tela color azul, bordado de pasamanería, y un cuello y manguitos ricamente bordados. Llévase también un abrigo color de vainilla, con una multitud de órdenes de encaje de lana; un vestido liso de damasco verde y negro con manguitos ahuecados y un sombrero de terciopelo color de vainilla, con flores de la misma tela.

Las modas de hombres permanecen aun estacionadas; pero aunque nada se haya establecido hasta el presente acerca de ellas, puede presumirse fácilmente lo que se adoptará mas adelante. Respecto al trage masculino, mas todavía que respecto al trage de las damas, la moda reside enteramente en los detalles; el conjunto se conserva siempre el mismo con corta diferencia.

La gran cuestion del momento consiste, en determinar si los *paletots* se continuarán llevando en lo sucesivo: se piensa en adoptar la capota cerrada para los frios escocivos, y las levitas entreteladas, para el tiempo mas benigno. Preciso será esperar á los nebulosos dias de diciembre y enero para ver si se han realizado estos proyectos.

Los chalecos han experimentado algunas modificaciones; son un poco mas redondos por abajo y el cuello mas pronunciado: además son mas derechos y muy abiertos para que puedan lucirse bien las camisas. Esto se entiende para los chalecos de vestir; los de mañana se hacen generalmente cruzados. En las piezas grandes se han alargado extraordinariamente los faldones, que caen rectos y apenas redondeados. Aun en las levitas, que por su hechura deben ser cortas, se han alargado un tanto los faldones. Algunos elegantes llevan sobre estas levitas una especie de pequeñas pelerinas, á que se dá el nombre de *balandras*.

Los pantalones se hacen de una mediana anchura; la mayor parte con tiras al costado y descansando sobre el pie. Se gastan con preferencia las telas cruzadas, rayadas ó á cuadros, de colores oscuros.

Los sombreros se estilan mas altos con alas anchas y vueltas hacia la copa por los costados, y ribeteados con galon de un dibujo muy granado.

Tales son las novedades de mas bulto que en esta ocasion nos ha ofrecido la moda, esa reina caprichosa del gusto y de la belleza.



## Calendario de la Semana.

### SANTOS NACIONALES Y ESTRANGEROS.

**Lunes 3.** San Francisco Javier, apóstol de las Indias, san Audencio, arzobispo de Toledo, santos Claudia é Hilario, mártires, san Lucio, rey de Inglaterra y primer cristiano de ella, san Birino, primer obispo de Dorchester.

**Martes 4.** Santa Bárbara, virgen y mártir, san Reparato y compañeros mártires.

**Miércoles 5.** San Sabas, abad, san Anastasio mártir, san Giraldo, arzobispo de Braga, santa Crispina, noble matrona y mártir, y la beata Isabel de Bona.

**Jueves 6.** San Nicolás de Bari, arzobispo de Mira, santa Assela, virgen, santos mártires Dionisio, Dativa, Leoncia y otros compañeros.

**Viernes 7.** San Ambrosio, obispo y doctor, san Serbo, mártir. Abstinencia en Madrid.

**Sábado 8.** La fiesta de la Purísima Concepcion de Nuestra Señora, patrona de España é Indias. Bendicion papal á la misa mayor en san Juan de Dios, y en san Agustín.

**Domingo 9.º de Adviento.** Santa Leocadia, virgen y mártir, santa Gorgonia, mártir, santa Wilfida, virgen y abadesa de Wineschester, en Inglaterra.

### Gacetilla devota de la capital.

**Día 3.** En la iglesia de san Fermin, sita en el Prado, y en la de san Ignacio, calle del Principe, se celebra al glorioso san Francisco Javier; en esta todo el día, y en aquella solo por la mañana. En la parroquia de san Andrés, Loreto, Colegio de niñas de Leganes y en la Buena Dicha, se recuerda que siguen celebrándose las novenas que anunciamos en el número anterior. Además, en las Calatravas, id. á Maria Santísima de la Concepcion. En la real iglesia de san Isidro, continúan las horas canónicas, por mañana y tarde. En la bóveda de san Ginés id. los ejercicios de instituto por la noche.

**Día 4.** En la parroquia de san José, solemne y anual fiesta á santa Bárbara, como patrona del cuerpo nacional de artillería, el que la festeja, habiendo mañana honras por los difuntos. En dicha iglesia de san Ignacio, estará el Señor de manifiesto todo el día, por la mañana misa cantada y por la tarde rosario y reserva. Además, en san Antonio de los Portugueses, el culto acostumbrado en honor de su glorioso titular, solamente por la mañana.

**Día 5.** En la parroquia del Salvador y san Nicolás, exposición del Santísimo desde las 8 de la mañana, á su segundo santo titular. A las 10 misa mayor y por la tarde solemnes visperas. En el colegio de la Presentacion concluye la novena al mismo santo, solo por la tarde. En la capilla de la Escuela de Maria, por la tarde, y bóveda de san Ginés, por la noche, ejercicios como miércoles. En san Juan de Dios y oratorio del Caballero de Gracia, da principio la novena á santa Lucia, en aquella por la tarde y en este por la noche.

**Día 6.** En la iglesia del colegio ya citado, se solemnizará á san Nicolás de Bari por su congregacion, por mañana y tarde, oficiando las señoritas colegialas. Idem la parroquia de su advocacion, con fiesta de primera clase, todo el día. En san Isidro el Real, y san Ginés, renovación de sagradas formas, como todos los jueves.

**Día 7.** En la capilla Real de palacio, celebra la real y distinguida orden de Carlos III el anual capitulo general ó la

funcion titulada de los Mantos, á cuya solemnidad asisten SS. MM. á la cortina. En la iglesia de religiosas del Caballero de Gracia, sita en Jesus Nazareno, se celebra el obsequio semanal de costumbre á su divino titular (por mañana y tarde). En san Isidro el Real, conventos, parroquias y en la Capilla de Palacio, visperas á la festividad de mañana, y solemnes maitines por la noche en esta última. En el monasterio de Salesas Reales, al sagrado corazon de Jesus, ejercicios como todos los meses. Idem por ser viernes, en las Trinitarias. Idem por la noche, en el oratorio de Cañizares y en la santa bóveda de san Ginés. En la iglesia de Arrepentidas y en la de Servitas, el piadoso ejercicio del Viacrucis por la tarde. En san Pedro el Real al anochecer, gran salva precedida de gozos y letanía á Nuestra Señora de la Concepcion. En la iglesia de madres Capuchinas funcion á la misma señora (todo el día).

**Día 8.** En las iglesias de Salesas Nuevas y Viejas, monjas Capuchinas, san Francisco el Grande, san Luis obispo, santa Cruz, san Antonio de los Portugueses, Descalzas Reales, Concepcion Francisca, idem Gerónima, Góngora, Oratorio del Olivar, san Antonio del Prado, Servitas, san Juan de Dios, don Juan de Alarcon, y en otras varias que omitimos, se festejará solememente á la Santísima Virgen en el misterio de su inmaculada Concepcion, siendo por la mañana en algunas, y tambien por la tarde en otras.—En la parroquial iglesia de san Andrés, terminará la novena consagrada en obsequio de Nuestra Señora, y principiará la misma novena en la de san Pedro el Real, y seguirá en las Calatravas. En todas las demas iglesias en que no haya funcion, solo se cantará una misa solemne en celebridad del día. En la capilla Real, misa de pontifical con asistencia de la música de la real casa, y de SS. MM. á la cortina. En san Millan, Servitas, Escuela Pia de Lavapiés, é Italianos, ejercicios extraordinarios como día clásico; siendo por la noche y con manifiesto en esta última parte. Jubileo plenísimo visitando cualquiera iglesia de Nuestra Señora.

**Día 9. Domingo segundo de Adviento.** En la iglesia parroquial de san Andrés, solemne fiesta á Maria Santísima de la Concepcion, por su archicofradia sacramental, y asiste música. En la capilla del Cristo de San Ginés, idem por su real congregacion; y por la noche, en la bóveda, comenzarán los ejercicios preparatorios al Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. En las Calatravas, finalizará la novena de Nuestra Señora (por mañana y tarde). En la Encarnacion, Palacio, Buen Suceso, san Isidro, santo Tomás, Carmen, y en las parroquias, misa mayor y en las últimas con sermon de la presente Dominica. En el Carmen calzado, san Antonio del Prado, Escuela Pia de Lavapiés, y Casa-Galera, ejercicios por la tarde como segundo domingo de mes. Idem los acostumbrados como todos los dias festivos, en los oratorios del Espiritu Santo, Olivar, Caballero de Gracia, Arrepentidas, Servitas, san Millan. En santo Tomás y en el Rosario, procesion con el Niño Jesus, por la tarde. Además, en la capilla provisional de Chamberí y en la de la V. O. T. de san Francisco, igualmente habrá devotos ejercicios, segun se acostumbra los domingos.

### DISTRIBUCION DE CUARENTA HORAS

Se gana la indulgencia plenaria de este santo jubileo, en las iglesias siguientes. En san Ignacio, los dias 3 y 4. En san Nicolás, 5, 6. En el convento de Capuchinas, 7, 8, y en el de la Latina, el 9.

### Funciones de iglesia fuera de la corte.

**Día 4.** Se celebrará á la gloriosa santa Bárbara en Mallorca y Maenza, como á su patrona. Tambien en Esquivias y Griñon.

**Día 6.** A san Nicolás de Bari; en Alicante, Bari y Palermo en Napoles, como á patron de dichas ciudades.

**Día 8.** A la Virgen de la Concepcion; en Trujillo, Gacena, Valdegrudas, Chapineria, Huesca, Camarenilla. Nuestra Señora de Sales, en Sueca; y á la de la Roca en Monroy, cuya imagen fue hallada sobre una peña en 1630 en la villa de san Miguel de la misma ciudad.

**Día 9.** A santa Leocadia en Toledo, de donde era natural y se venera su sagrado cuerpo. Y en Aldeanueva, Oropeza, Cerindote y en Canillas.

### LOGOGRIFO.



La solucion en el número inmediato.

SOLUCION DEL INSERTO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

ROMA EN OTRO TIEMPO ESTENDIO SUS VASTOS CONOCIMIENTOS EN DERREDOR DEL MUNDO.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, núm. 8.